

Selecta

SABRINA MERCADO

*Como el
arcoíris
después de la
tormenta*

SERIE DOS AMIGAS

Como el arcoíris después de la tormenta

Bilología Dos amigas 2

Sabrina Mercado

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Argentina, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la lengua española* siempre está disponible para consultas.

A mi familia, los amo con todo mi corazón.

Prólogo

Estaba oscuro, pero le agradaba.
La suavidad de las sábanas envolvía su desnudez.
Escuchaba una música que le gustaba.
Él le decía al oído que esa era su canción.
Y que su voz le cantaba a ella. Solo a ella.
Sus manos la recorrían y ella disfrutaba.
Cada parte que tocaban la hacían estremecer.
Había besos. Fogosos, calientes.
Sus lenguas entrelazadas la encendían más y más.
Temblaba. Vibraba. Enardecía.
Ella deseaba todo, necesitaba todo.
Se ahogaba en un éxtasis infinito.
Quería mirarlo a los ojos, pero no podía.
¿Por qué no podía?
Quería ver su rostro, pero desaparecía...
Finalmente todo desaparecía...

PRIMERA PARTE

La tormenta

Lo que mucha gente llama amar consiste en elegir a una mujer y casarse con ella. La eligen, te lo juro, los he visto. Como si se pudiese elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en la mitad del patio.

Julio Cortázar

Amo tus pies porque anduvieron sobre la tierra y sobre el viento y sobre el agua, hasta que me encontraron.

Pablo Neruda

Había comenzado el invierno. Gris. Frío, muy frío. Tan frío como el que sentía en su corazón. «Qué estación de mierda», pensaba, mientras se ajustaba las medias negras de seda.

Era tarde. Otra vez.

¿Cuántas veces se había quedado dormida en el último mes? Ya no importaba. En la oficina lo sabían.

Apuró los zapatos de taco y el *sweater* gris.

Qué ironía. Se vestía con los colores del clima. Su estado de ánimo podía verse a través de su ropa.

La ventana de su cuarto dejaba entrever un plomizo y oscuro cielo de amanecer tardío. La misma ventana que alguna vez le había mostrado los colores del mundo, en ese momento solo revelaba grises.

Otra gran ironía.

El ruidito de su celular la sacó de sus cavilaciones. Pero no había tiempo para revisar los mensajes.

Tomó la cartera, la llaves... ¿se olvidaba algo? No importaba. ¡Era tarde!

Y salió al mundo gris. No quedaba otra.

En los quince minutos que llevaba en el auto, la calefacción empezaba a surtir efecto.

Afuera comenzaba a garuar.

Menos mal que se había quedado con el auto. Total él no lo usaría y para ella era fundamental.

Y ahí estaba... Él otra vez.

¿Cuánto le había llevado esa mañana traer su recuerdo?

Menos de una hora. Teniendo en cuenta que se había quedado dormida, era todo un récord.

Por lo general pensaba en él apenas abría los ojos y miraba el lado vacío de la cama. Porque ella seguía durmiendo en *su* mitad.

Amanda le decía, con razón, que se le iba a gastar solo una parte de las sábanas, y que durmiera una noche de cada lado. ¿Cómo se le ocurrían esas cosas?

Es que Amanda era así. Todo lo que respectaba a Amanda era divertido, alegre, ameno.

¿Cómo podría? Todavía no hacía un año que se había separado (definitivamente, porque había

tenido varias rupturas y reconciliaciones), y su mundo era feliz.

No le molestaba cargar de aquí para allá con el pequeño Joaquín, su hijito de cuatro años.

Al menos ella no tenía hijos. O tal vez eso era lo malo... Si tuviera un hijo no se sentiría tan sola, tan vacía, tan... tan fuera de su eje.

Estacionó el auto en el *parking* del edificio central. Su oficina era un anexo y quedaba en la otra cuadra.

Mejor así. Más tranquilo y acogedor.

Amanda la alentaba a que pidiera el pase a una oficina de otro edificio. ¡Estaba lleno de tipos! Solteros, casados, divorciados.

Pero ella no quería un tipo. Ella solo quería a su gran amor para toda la vida. Así lo había llamado siempre.

Se puso el abrigo, se enrolló la bufanda roja (regalo de Amanda, que siempre quería ponerle un poco de color) y salió al frío matinal.

Una cuadra se hacía rápido. Y ella no quería tipos.

El olorcito a café recién hecho le despertó los sentidos.

Ni siquiera pasó por su escritorio. Fue directo a la cocina.

Ahí se encontró con Karen, de Legales.

—¿Otra vez te quedaste dormida? —preguntó entre intrigada y preocupada.

—Sí. —Fue todo lo que recibió por respuesta.

—Tranquila, ya lo vas a superar. Es difícil. Lleva tiempo.

Le acarició el brazo derecho y salió de allí con su taza de té de menta.

¿Qué cuernos podía saber ella? Estaba casada hacía dos meses. Su vida navegaba en un mar de pétalos de rosa.

Karen, la joven y atractiva Karen. Había conocido a su esposo en la oficina de conferencias del edificio central. Era uno de *los tipos*. ¡Se había casado con uno de los tipos de Amanda! Bueno, no de Amanda. No creía que Amanda hubiera salido con Pedro (¿o era Pablo?). Daba igual. Era uno de los tipos de los que hablaba Amanda, y Karen se lo había apartado.

Tal vez, después de todo, no fuera tan mala idea mudarse al gran edificio. Su trabajo era independiente, estaba sola en su despacho, y salvo por las reuniones semanales con su jefe, no tenía necesidad de permanecer ahí, en las antiguas oficinas. Pero se sentía a gusto en medio de los viejos anaqueles y las repisas atestadas de libros. Entre esas paredes había iniciado sus actividades la pequeña empresa familiar treinta años atrás, y se había convertido en una gran compañía. Ella había sido parte de ese crecimiento. No, definitivamente no se mudaría.

Y mientras pensaba en ello, se quemaba la lengua con el café.

Salir a almorzar con su amiga era una de las pocas cosas que la animaban en el último tiempo.

Pero había llegado tarde, y si se tomaba esa hora sagrada, iba a tener que quedarse después de hora en la oficina. Encima tenía trabajo atrasado.

Qué más daba. Nadie la esperaba en casa. Bueno, estaba Pipo. Su gato anaranjado rescatado de la calle. Él sí que tenía devoción por ella. Era un gatito especial. Pero no iba a morir de hambre. Había pasado cosas peores antes de conocerla.

Se encontraron a la una en punto en el barcito de la esquina.

Amanda podía tener muchos defectos, pero la impuntualidad no era uno de ellos. Siempre llegaba a horario a todos lados, ya fuera a una reunión de trabajo, a una fiesta o a la cita con el dentista. Tendría que hacerle confesar el secreto. Ella, por más que se lo propusiera, nunca lograba llegar a la hora convenida.

Por eso, cuando se encontraron en el horario establecido, Amanda la besó y la abrazó como si fuera su cumpleaños.

—¡Epa! No exageremos —contestó Lola al efusivo saludo.

—Algo te pasa. Definitivamente tenés alguna enfermedad, de esas bien raras.

—Dejá de decir pavadas, querés. Tenía que salir de la oficina. No aguantaba más.

—Otra vez lo mismo —aseveró Amanda arqueando las cejas.

—Sí. ¿Qué puedo hacer? No lo controlo.

Desde que había sucedido *la circunstancia*, como solía llamarla, los episodios se repetían. Falta de aire, sofocación, jaqueca. Todas juntas y de repente. No lo podía manejar.

—Ataque de pánico. Eso es lo que tenés. Lo busqué en Internet —dijo Amanda categóricamente.

—Callate. Ataque de pánico es otra cosa. Son nervios, nada más. Estando acá con vos se me pasa.

—¡Ya sé! ¿Por qué no nos vamos de viaje? Dale, dale, no me pongas esa cara. Y no me digas que es por la plata. Yo te financio. Estoy por cobrar la comisión de esa superventa que me cociné yo solita... Bueno, nadie sabe que el gerente de la firma con quien manejé las negociaciones es mi vecinito de la infancia... con el que me di el primer beso... y las primeras tocaditas.

Amanda era así. Espontánea. Y así fluían también sus palabras. Toda ella irradiaba optimismo.

Ojalá pronto se contagiara. Si no iba a tener que recurrir a la medicina. Y realmente no quería llegar a eso.

—Contame de tu vecinito. ¿Qué onda? —aventuró Lola.

—Nada. Si lo ves a Marcelo te morís. ¡Con decirte que ni lo reconocí! Totalmente pelado, unos veinte kilos de más... qué se yo... ¡y va por el cuarto hijo! La mujer está embarazada. Qué loco...

—¿Le contaste que tenés un nene?

—Obvio. Le mostré la foto que tengo en mi billetera. ¿Sabés qué me dijo el desgraciado? «Pensar que podría haber sido nuestro»... ¿Podés creerlo? Tipos... —dijo moviendo la cabeza negativamente.

—Es que ¿cuántas veces fuiste y volviste con él? Toda la secundaria... y más o menos hasta la

mitad de la facultad...

—Hasta que se puso de novio en serio. Lo nuestro nunca hubiera llegado lejos...

—Bueno, pero la cosa es que le vendiste el oro y el moro.

—Así es... y gracias a eso vos y yo nos vamos a mandar unas tremendas vacaciones. Como mínimo el Caribe... y no voy a aceptar un «no» de tu parte. Así que andá avisándole a tu jefe que te vas a tomar una de las mil semanas que tenés pendientes.

—Sabés por qué no me las tomé... Además, estoy un poco complicada con las cuentas. Haberme quedado con el departamento me va a llevar a la ruina. Apenas llego a pagar los gastos.

—Tendrías que venirte conmigo a Ventas. Te enseñaría todos mis truquitos para conseguir clientes y ganar buena guita.

—¿Son legales?

—*Of course*, señora abogada.

Y así, entre risas, se pasó el almuerzo.

El lugar era paradisíaco. La decisión de viajar a Samaná, en la República Dominicana, había sido más que acertada.

Palmeras por acá y por allá. La playa, de arena blanca y mar azul hasta el infinito, invitaba al ocio.

Amanda había llevado a su mamá de niñera. Así podría compartir las vacaciones con su hijo y con Lola por igual.

Ser madre soltera era tarea complicada. Y más si el padre de la criatura se desentendía de todo.

Pero ella tenía un buen empleo. Podía con la casa, con el hijo y con su vida. No necesitaba a un hombre a su lado. Así estaba bien. O eso creía.

En cambio Lola, pobre Lola. Cómo sufría por culpa del hijo de puta de Lorenzo. Si lo tuviera enfrente le cantarían las cuarenta.

Lola no. Lola lloraba por los rincones.

Ojalá esos días en ese lugar de ensueño le levantaran el ánimo.

* * *

Lola caminaba por la orilla, mojándose apenas los pies con el agua casi tibia del mar Caribe.

Pero sus pensamientos estaban a miles de kilómetros de allí.

Repasaba una y otra vez cada minuto de los meses previos a que todo se convirtiera en pesadilla. Ese ejercicio ya lo había hecho cientos de veces.

¿Cómo no había sospechado nada? ¿Tan ciega estaba? ¿Y cómo iba a sospechar? Ella jamás podría haber hecho algo así. No estaba en su esencia.

¡Maldito! Se le había venido el mundo abajo. Todo lo que había logrado con tanto sacrificio dejaba de tener importancia. Su carrera profesional, que tanto orgullo le había generado hasta entonces, pasaba a segundo (incluso tercer) plano. Ni siquiera estaba segura de que su trabajo le trajera algún tipo de satisfacción.

Debía estar bastante estropeada emocionalmente para pensar esas cosas en un lugar idílico como aquel.

Qué mina buena era Amanda. La había invitado sin mediar ningún interés, porque sabía que ella

no podría pagar un viaje así, no por el momento.

Ya vería de qué manera le devolvería el gesto.

El sol caía. Amanda y su madre habían llevado a Joaquín a la habitación porque se estaba quedando dormido.

Ella se quedaría un rato más disfrutando de la quietud y la paz que a esa hora del atardecer reinaban en la playa. Los turistas europeos iban a cenar muy temprano y quedaba todo casi desierto.

Se recostó en una reposera a mirar los últimos rayitos dorados reflejarse en el agua cristalina.

Y comenzó a recordar, otra vez...

Estaba apurada. Llegaba tarde al juzgado.

Era el último día hábil del año y de inmediato comenzaría la feria judicial.

Nunca hacía aquellos trámites, pero el joven abogado que se encargaba de esos asuntos estaba de vacaciones.

Detestaba ir al centro. Buenos Aires era hermosa, pero para ser turista o para pasear los fines de semana.

Dobló en la esquina de Tribunales y los vio en el bar. Sentados en una mesita contra la ventana.

Iba a entrar a saludar, cuando le pareció que Lorenzo la tomaba de la mano.

Y así como si nada, un instante después le daba un beso. Un beso en la boca. Bastante largo.

Lola sintió que la golpeaban con un bate de béisbol en la cabeza.

En un acto de proeza, se repuso de la visión. No sabía cuánto tiempo se había quedado ahí parada. Podía haber sido un minuto o una hora. Pero como si nada, fue y golpeó el vidrio.

Ellos la miraron. ¿Los habría visto tomados de la mano?

Lorenzo salió a saludarla distraídamente. Intentó explicarle con quién estaba, pero Lola no lo dejó. Llegaba tarde al juzgado, así que se verían luego.

Él suspiró satisfecho. Pero le duró poco. Esa noche, dos valijas y un bolso lo esperaban en la puerta de su casa, que ya tenía la cerradura cambiada.

* * *

La mañana se presentaba ideal para una caminata.

El sol todavía no golpeaba tan fuerte las arenas blancas de la playa.

Los demás dormían. Cerró silenciosamente la puerta de la habitación y se encaminó al bar junto al mar.

Tomaría un desayuno liviano, solo algunas frutas, y se iría a caminar. Así, solo con su bikini a rayitas. Despojada de todo elemento le daría libertad para sumergirse cada tanto en las transparentes aguas, refrescarse un poco, y luego retomar la caminata. Extrañaría sus lentes de sol,

pero se acostumbraría a la luz matinal.

Había caminado aproximadamente una hora.

Atravesó playas desiertas y otras muy concurridas. Las primeras, privadas y tranquilas; las segundas, colmadas de lugareños.

Se había introducido tres veces en el mar, dos de ellas solo para atemperarse y una para nadar en una pequeña bahía sin olas que a su vista se había tornado irresistible.

Llegó a lo que parecía una feria sobre la playa. Vio puestos de todo tipo: de comidas típicas, de bebidas y jugos, de artesanías y hasta de túnicas y pareos.

Los vendedores ofrecían sus productos a los gritos y hacían rebajas espontáneas de la mercadería que intentaban comerciar.

Lola, con paciencia, les indicaba que no tenía dinero y continuaba el recorrido, observando divertida.

De pronto se le acercó un hermoso jovencito de piel oscura, con un coco verde en la mano, de esos que son para beber directamente el agua del interior. Le ofreció la fruta extendiéndosela con ambas manos.

Lola se negó respetuosamente, pero el joven insistía explicando que era un obsequio del dueño de la tienda. Y señalaba en diagonal un puesto donde se leía: «La mejor fruta de la isla».

El joven moreno tomó la mano de Lola y depositó allí el coco.

A Lola no le quedó más remedio que aceptarlo y se dirigió hacia el puesto para devolver el producto.

Cuando se acercó, vio a un chico más o menos de su edad, rubio y muy bronceado, acomodando unas frutas en el mostrador.

Él levantó la vista y sus ojos azules la encandilaron. La miró con una extraña sorpresa en el rostro.

—¿Lolín? ¿Sos vos? ¿Puede ser posible?

Lola lo miraba y no terminaba de caer. Solo una persona en el mundo la llamaba de esa manera.

—Soy yo, Martín. ¿No te acordás de mí?

Martín, su primer amor, su primer novio, su primer todo.

Pero ¿qué hacía ahí, en ese lugar perdido del mundo?

—¡Hola! Perdoname, es que estoy sorprendida. —Realmente lo estaba, al punto que casi no le salían las palabras—. Cómo no me voy a acordar de vos. —Esbozó una sonrisa tímida—. Vine porque un chico me regaló esto. —Y levantó el coco que sostenía entre sus manos.

—¡Milo! Es terrible. Tiene la costumbre de regalarles cocos a las mujeres que considera hermosas. Dice que así logrará conseguirme novia. Pero en este caso, me trajo a una del pasado.

Y diciendo esto, salió rápido de atrás de la tienda para abrazarla y darle un beso sonoro. Un beso que Lola sintió detenerse más de lo usual en su mejilla.

—¿Qué fue de tu vida todos estos años?

—Fui a la Facultad de Abogacía. Pero eso ya lo sabés. Me recibí, me casé, me separé. No hay mucho más que contar.

—¿No tuviste hijos? Siempre te pensé con una familia y rodeada de nenes.

—Como ves, no sucedió así —contestó a la defensiva—. ¿Y vos?

—Yo nunca me casé. Viví unos años con una chica. Ella era de acá, pero no se bancaba la vida de la isla. Así que un día armó sus valijas y se marchó. Nunca más supe de ella.

—Ohhh...

—¡Pero qué poco caballero! Vení, sentate acá a la sombra de la sombrilla.

Lola iba a reclinar la invitación, pero realmente hacía mucho calor, así que terminó aceptando.

Él le sacó el coco que aún sostenía con ambas manos.

Lola agradeció el gesto en silencio.

—Te voy a preparar algo mucho mejor. Tenemos que celebrar este encuentro.

—Sin alcohol, por favor.

—Por supuesto, sin alcohol, no lo olvidaría.

Volvió al rato con dos vasos altos. El de Lola traslucía un color rosado. El de Martín era blanco lechoso.

—*Bananamama*, la estrella de la isla —dijo, extendiéndole el vaso a Lola.

Se trataba de una combinación de banana, frutilla y coco.

—El mío es una piña colada sin alcohol. Es horario laboral. —Rio.

Martín era el dueño del minibar, así que podía hacer lo que quisiera.

—Contame, ¿estás de vacaciones... acompañada? Como verás, yo estoy trabajando. —Y le guiñó el ojo.

—Vine con una amiga.

—¿Las dos solas? —insistió.

—No. También vinieron su mamá y su hijito de cuatro años.

—Ah, un viaje más bien familiar. —Se le oyó decir algo desanimado.

—Es que Amanda, mi amiga, me invitó, pero no quería dejar al nene. Así que trajo a su mamá de niñera. Aunque a decir verdad, todavía no utilizamos *sus servicios* —bromeó.

—Tu amiga es muy inteligente... ¡Tenemos una cita entonces! Le aviso a un amigo y salimos los cuatro.

—¿En serio? Dejame ver...

—Nada. Es un hecho. ¿En qué hotel están? Hoy a las nueve las pasamos a buscar.

—En el Bahía Príncipe.

—Lo conozco. Es sobre esta misma playa. ¿Te viniste caminando desde ahí? Es bastante lejos.

—No me lo digas. Estoy extenuada, y todavía tengo que volver.

—Ni lo sueñes. Te alcanzo. Dame un minuto que busco a Milo. ¡Milo! ¡Milo! —se alejó gritando.

Se subieron al *jeep* de color amarillo y partieron.

Con el auto, en apenas diez minutos estacionaban en la explanada del ingreso al hotel.

Lola estaba en traje de baño y descalza. Le daba vergüenza ingresar así al *lobby*.

—Acá la gente no es prejuiciosa. Cada uno hace la suya y todos felices —dijo Martín tratando de relajarla.

—No sé si encajaría en un lugar así.

—Te acostumbrarías. La libertad que se vive es increíble. Te sacás todas las ataduras que traés de la ciudad. Allá se transita en un mundo muy hipócrita.

—No me cabe duda... —respondió Lola, casi pensando en voz alta.

—Nos vemos a las nueve. Y... ¿me dejás que te diga algo? Te ves mejor que a los veinte.

Lola se sonrojó. Le gustó el piropo. Empezaba a sentirse vieja, y el comentario de Martín le elevó la autoestima de cero a cien en dos segundos.

Le dio un tímido beso en la mejilla y se bajó del *jeep*.

Martín se la quedó mirando.

Ese culo era lo más hermoso que había visto en su vida. Seguía impecable.

Y alguna vez había sido suyo.

Lola y Amanda conversaban acostadas panza abajo en una de las camas grandes de la habitación, mientras la abuela bañaba al pequeño Joaquín. Parecían dos adolescentes.

—¡Tenemos una cita! ¡Qué divertido! Lolita, esto es lo que estabas necesitando.

—¿Yo? ¿O vos? ¿No te importa no saber cómo es el amigo?

—Para nada. ¡Ojalá nos lleven a bailar! ¿Qué es lo que se baila acá? ¿Salsa?

—Bachata. Y no tengo ganas de ir a bailar, en serio.

—No seas amargada...

—Todo bien con el reencuentro, pero no da. ¿Vos sabías cómo terminó todo entre nosotros, no? Te lo conté.

—Sí, sí. Que era un inmaduro, que no sabía lo que quería. Y vos estabas enfocada en la facultad, con una carrera, planificando tu futuro.

—Tal cual. Y él no pensaba en el futuro. No compatibilizábamos en la vida.

—Pero pasaron muchos años. Quizás ahora...

—¿Qué? ¿Me vas a decir que quizás maduró? ¡Está vendiendo juguitos en la playa!

—Pero tal vez sea feliz. ¿Vos sos feliz?

Era inútil. Siempre ganaba Amanda. En todas las conversaciones, ella era la de la última palabra.

Bueno, después de todo, por algo era vendedora. Era capaz de venderle un televisor 3D a un ciego.

Se hizo la hora, y las dos salieron de la habitación hacia el *hall* del hotel.

Lola se había puesto un vestido celeste de algodón, sin espalda. Muy fresco y femenino. Completó el atuendo con sus sandalias blancas de plataforma. ¡Martín era altísimo!

Amanda, más informal, con un *short* de jean y una musculosa de gasa de colores, bastante transparente, lo que le confería un toque sensual a la vestimenta.

Divisaron el *jeep* y fueron al encuentro.

Mientras se acercaban, las dos pusieron atención en el amigo de Martín.

Era un chico negro, alto y musculoso. Parecía un modelo salido de una publicidad de Ives Saint Laurent.

—Loli, abanicame porque me estoy por desmayar.

—Disimulá un poco, te lo pido por favor —le dijo en voz baja, justo cuando escuchaban a Martín saludarlas.

—¡Hola, chicas! —Y de un salto bajó del *jeep*—. Les presento a Xavi. Xavi, ella es Lola, y ella es...

—Amanda.

—Hola, Amanda —pronunció Xavi con una voz grave.

«La acabo de perder», pensó Lola.

Fueron a cenar y se divirtieron.

Xavi era todo un personaje, y Martín parecía mucho más risueño de lo que Lola recordaba del último tiempo que habían pasado juntos.

Los hombres pagaron la cuenta, y llegó el pedido de Amanda. Contra todas las súplicas de Lola horas antes en el hotel para que no sacara el tema, ahí estaba su amiga reclamando que la llevaran a bailar.

—Mandí, por favor, yo no...

—No es necesario que vayamos todos. Xavi puede llevarme. Y ustedes hagan lo que tengan ganas.

Xavi sonrió satisfecho. Le gustaba la pelirroja.

Martín miró a Lola pidiendo aprobación.

—Sí, bueno. Yo no tengo problema.

Se despidieron. Amanda y Xavi se subieron a un taxi y desaparecieron en la noche dominicana.

—Creo que tu amiga no quería seguir compartiendo a Xavi con nosotros.

—Así parece...

«La voy a matar», pensó.

—Bueno. ¿Qué hacemos? ¿Querés ir a tomar algo? Conozco un lugar hermoso, sobre la playa. Y antes de que digas algo... No suelo llevar a las chicas ahí. Hace unos años ayudaba en el bar y sé que sirven buenos tragos.

—No iba a decir nada —se defendió Lola.

Y allí fueron. El lugar era mágico.

Las mesitas sobre la arena, con velas encendidas. Se escuchaba el sonido del mar acompañado de una música suave.

Si Martín quería impresionarla, lo había logrado.

Se sentaron en un silloncito doble, algo alejado del resto. Martín no quería tener que andar saludando a medio mundo.

Lola se había sacado los zapatos porque le costaba caminar en la arena. Martín miró sus pies y pensó que nunca había reparado en lo pequeños que eran.

Pidieron sus bebidas. Piña colada (esta vez con alcohol) para él, y Coca *light* para ella.

Hablaron de todo un poco. Era lo que más había extrañado Lola de su ruptura. Ellos siempre habían tenido buena conexión para hablar, algo que con Lorenzo nunca había ocurrido.

—Lola, lamento tanto lo que te hice sufrir...

—Éramos chicos.

—Y yo muy inmaduro. Te veía a vos tan seria, responsable, decidida. No estaba a tu altura.

—Ya pasó, Martín. La vida siguió adelante.

—Al principio te extrañé mucho... ¿Sabés? Hoy cuando te dejé en el hotel, me vinieron muchos recuerdos. Todos felices. No tengo recuerdos feos de lo nuestro.

—Yo tampoco.

Estaba diciendo eso cuando Martín la tomó de la barbilla y le dio un beso. Suave. Casi cariñoso más que sexy.

Lola sintió el sabor del alcohol y no le gustó. Corrió levemente la cara. Lo miró.

—Perdoname, no pude evitarlo —dijo él.

Sin saber bien por qué, Lola decidió darle una segunda oportunidad. Después de todo, cuando era chica desfallecía con los besos de Martín.

Le sonrió, y colocó la boca junto a la de él.

Martín lo interpretó como un visto bueno y arremetió con un beso profundo.

Lola se dejó llevar por un momento. Trataba de que la memoria emotiva surtiera efecto.

Él la tomó de la cintura y le pasó la otra mano por la nuca. Sentir a Lola tan cerca le generaba todo tipo de sensaciones agradables, hasta que su masculinidad saltó a flor de piel y el beso se tornó más intenso.

Lola se corrió de repente.

—Lo siento, es que, no sé si estoy preparada. Sos el primer hombre que beso desde mi separación. Es tonto, lo sé, pero me resulta raro y difícil. En verdad yo...

—Shhhh... no digas nada. Soy una bestia. Me dejé llevar. Es que tenés algo Lolín, no sé cómo explicarlo. Me acerco a vos y me pierdo.

—Ah, entonces el frasquito que me dio mi amiga ¿era para eso?

Y los dos rieron de la ocurrencia de Lola.

Había salvado el mal momento.

Al día siguiente, las dos amigas desayunaban en el bar de la playa mientras Joaquín jugaba con unos camioncitos que trasportaban arena.

—¿Y, nena? Contame, por favor. Anoche llegaste después que yo —dijo Amanda con tono cómplice.

—Solo fuimos a tomar algo.

—¿Nada más? ¿Acaso todos en esta isla son eunucos?

—¿Por qué? ¿Qué pasó? —preguntó Lola con intriga.

—Fuimos a bailar. Estuvimos como dos horas, que pierna para allá, que mano por acá. Nos bailamos la vida. ¡Me decía «hermosa» todo el tiempo! Hasta que de repente, como si él fuera Cenicienta, me dijo que se tenía que ir, que mañana se levantaba temprano para ir a trabajar.

—Y probablemente sea cierto. Nosotras estamos de vacaciones, ellos no.

—Ni un besito, chiquitito, ¡nada! Debe ser gay.

—Martín no hubiera traído a un amigo gay a una cita.

—¿Qué sé yo! Tal vez le fallaron los heterosexuales.

—No seas tonta. Para mí es todo un caballero, nada más. Yo vi cómo te miraba.

—¿En serio? ¿Podemos repetir la salida entonces? Porfi, una vez, antes de irnos.

—No sé, Mandi.

—Pero qué, ¿la pasaste mal?

—No, para nada. Todo lo contrario. Hablamos durante horas, como cuando éramos chicos, hasta que...

—Hasta que...

—Me besó.

—¡Bravo! Al menos una de las dos ligó.

—No me pasó nada.

—¿Cómo que no te pasó nada?

—¿Vas a dejar de repetir todo lo que digo?

—Ufa... pero es que no sé a lo que te referís...

—A eso. No sentí nada. Y mirá que él estaba totalmente encendido... Hasta me pidió disculpas por haberse pasado un poco de la raya.

—¿Así que la señora abogada puso *on fire* a Martincito?

El comentario la hizo ponerse colorada. Pero siguió relatando.

—Sí. Lo noté cuando me estaba besando y se acercó un poco más. Se apoyó sobre mi pierna y lo sentí.

—¿Y eso no te calentó ni un poco?

—Nada. Hasta creo que me impresioné porque me corrí de golpe. Y no creas que no estoy preocupada de mí misma... Porque de chica Martín lograba volverme loca. Está bien que a cierta edad las hormonas están más convulsionadas... Recuerdo que me tocaba y se me ponía la piel de gallina. Teníamos ciento por ciento de compatibilidad sexual. Fue algo que siempre extrañé cuando estaba con Lorenzo. Esa especie de *atracción fatal*. Encima anoche, mientras me pedía disculpas, me confesó que le sigue pasando eso conmigo. No, definitivamente no lo voy a ver.

—Ay, Lola querida, espero que no estés desarrollando ninguna fobia o algo por el estilo.

—Toco madera.

* * *

Los días siguientes Martín le dejó varios mensajes a los que Lola no contestó. Hasta que el último día, él fue a buscarla a la playa.

La encontró ensimismada leyendo un libro.

—Si Mahoma no va a la montaña...

—¡Hola, Martín! —Estaba sorprendida—. ¿Qué hacés acá?

—Vine a corroborar que te hayan llegado los mensajes y que me dijeras, mirándome a los ojos, por qué no me los respondiste.

Lola no sabía qué decir.

—Estuve mal. Ya sé. Perdoname. Es que estoy rara. Es una de esas situaciones en las que querés que pasen ciertas cosas, y a la vez no salen como desearías.

—No debí abalanzarme sobre vos con ese beso. Es que creí...

—No. El beso estuvo bien. Es solo que no me siento a la altura de las circunstancias.

—No digas eso, por favor. Hoy es tu última noche, ¿no? Dejame que te invite a cenar. Los dos solos. Por favor.

—Está bien.

Esa noche Lola se descomponía y no podría salir.

A Amanda le dio mucha lástima cuando salió al encuentro de Martín y lo vio ahí parado, arreglado y bello, esperando a Lola, que nunca aparecería.

A él le resultó sospechoso, pero terminó creyéndole a Amanda, su elocuencia era infalible.

Como compensación, recibió a través de la amiga los datos de Lola. Dirección, teléfono, *mail*.

Todo. Y por las dudas, los de Amanda también.

Él viajaría pronto a Buenos Aires y quería verla de nuevo.

Tenía que verla de nuevo.

Sonó el teléfono de su oficina. ¿Otra vez los de Legales? ¡Qué pesadilla!

En la mañana de su regreso después de las pequeñas vacaciones en el Caribe, el teléfono no había parado de sonar. Estaban todos alterados por la cláusula de un contrato y requerían que la experta en jurisprudencia analizara un montón de papeles.

Pero no eran ellos esta vez. Al otro lado de la línea escuchó a su querida Amanda.

—¡Amiga! ¿Cómo vas en tu primer día? Yo estoy molida. Cómo me volvería a esa playita...

—Sí. Esto está fatal.

—Tengo una noticia... ¿A que no sabés?

—No, no sé.

—Me vas a amar. Bueno, ya me amás, pero me vas a amar más.

—Estoy ocupada, Mandi. ¿Es muy importante? Lo charlamos en el almuerzo.

—¡No! Es megaimportante. ¿Viste mi cliente vip? —Y bajó la voz hasta hacerla un susurro—. Bueno, mi vecinito de la infancia. Me va a mandar *tickets* para el concierto de ese grupito pop que le gusta a tu sobrina.

—Los Simple Boys.

—Sí, sí. ¡Esos! Bueno, como Marcelo es gerente de *marketing* de la sucursal argentina de la discográfica, escuchá esto, me consigue unos pases para el *backstage*, ¿cómo me dijo que se llama eso?

—¿*Meet & greet*?

—¡Eso mismo!

—¡Es genial, Amanda! Mica se va a desmayar.

—¿Viste? Te dije que era importante. El único problema es que, como es menor de edad, tiene que ir acompañada de un adulto. No me odies, yo la llevaría, pero con Joaqui se me complica.

—¡Olvidate! Yo la llevo, obvio. Si hasta me gustan un par de canciones de la banda.

—Bandita, querrás decir.

—¡Cómo sea!

No quería admitirlo, pero realmente le gustaban los chicos.

Siempre jugaba con su sobrina a ver cuál cantaba mejor, cuál era más lindo, o cuál el rompecorazones del grupo. Nunca coincidían. ¡Mica y ella eran tan distintas!

Su sobrina era el calco de su hermano Danilo. Lo que no entendía era por qué se llevaba tan bien con Micaela si con su hermano la relación era un desastre.

Pero el tema en cuestión eran los *popstars*... Tenía que ver cómo le daba la sorpresa a Mica.

Podría invitarla a su casa, como tantas veces, se pondrían a ver el programa que protagonizaban en el canal juvenil y, distraídamente, le deslizaría la novedad.

A veces, estando sola, también veía el programa. ¡Sola! ¡En su casa! En lugar de hacerse un baño de inmersión o ponerse a ordenar de una vez por todas el ropero... no, se quedaba embobada mirando el programa... y por qué no, también a Larson, el mayor del grupo, a su criterio el más atractivo. Porque para ser sincera, el bonito de la banda era Brian, pero para Lola nada le ganaba a los ojos negros y la sonrisa fácil de Larson. Era un muñequito en verdad. «Para la mesita de luz», hubiera dicho Amanda.

Tantas tardes, sin que nadie lo supiera y en la soledad de su *living*, disfrutaba de verlo en la pantalla y oírlo cantar. ¡Y estaba a punto de conocerlo en persona!

De pronto, se le hizo un nudo en el estómago como si fuera una jovencita inexperta.

* * *

Lola y su amiga almorzaban en una parrillita a dos cuadras de la oficina.

—Y entonces, ¿cuándo es el concierto?

—Dentro de dos meses. Mañana tengo que mandar tus datos y los de Micaela. Así que pasame un *mail* con todo y yo se lo reenvío a Marcelo. Me dijo que los *tickets* son para el segundo concierto, creo que es domingo.

—Sí, el primero es el sábado. Lo sé porque, obviamente, Mica tiene las entradas hace mil años.

—¿No le contaste, no?

—Quedate tranquila, vamos a hacer que sea una buena sorpresa. Te guardé la primicia. La invité a almorzar este sábado. Así que te podés venir para casa a la tardecita. Si está lindo, vamos a estar tomando sol en la terraza.

—¿Con este frío? Paso...

—No quiero que se me vaya tan pronto el bronceado que traje... Si puedo hacer que dure aunque sea unos días más... Además, las chicas jóvenes somos así, ¡tomamos sol todo el año!

—Bueh...

—¡Ja, ja, ja!

—Tu sobri se va a morir, ¡la quisiera filmar!

—No seas boba, ¿cómo la vas a filmar?

—Estaba bromeando.

—Bueno, quedamos así. El sábado te venís a casa y le damos el sorpresón. ¿Ya tendrás los *tickets* para ese día?

—Hum... no estoy segura. Pero eso es lo de menos. ¡Lo que cuenta es la noticia! No veo la hora

de decirle... Yo voy a verlas, pero eso sí, ¡no tomo sol ni loca!

—Hecho.

Amanda era una mina de esas que se dice son *copadas*.

Ateorarla como amiga era una suerte.

A pesar de tener un hijo pequeño, siempre estaba ahí para lo que Lola necesitara.

Eso sí, su mala suerte con los hombres era innegable.

Se había enamorado perdidamente de Juan, el padre de Joaquín. Pero no era un tipo preparado para las relaciones estables. Mientras salían todo iba perfecto, hasta que Amanda quedó embarazada.

Él no pudo hacerle frente a la situación, así que ella cortó por lo sano y lo liberó de toda atadura.

Y aunque a veces para nombrarlo le decía *el zoquete*, la verdad era que mal no se llevaban y compartían la crianza de Joaco. Bueno, compartir es una palabra muy amplia. Podría decirse que cuando Juan podía, pasaba a buscarlo y lo llevaba a la plaza o a tomar un helado.

Amanda se conformaba con que su hijo tuviera un padre y lo viera de vez en cuando. Y no le reprochaba nada.

Su madre la ayudaba bastante. Vivían en un PH, ella, adelante; y la mamá, atrás. Eso le facilitaba las cosas, sobre todo en cuanto a los horarios de su trabajo.

A veces llegaba muy tarde de algún evento de la empresa y encontraba a Joaquín bañado y cenado, durmiendo en la cama de su abuela.

De esa forma, todo marchaba sobre rieles.

Incluso le daba ciertas libertades para salir con otros hombres. Era joven y su madre la alentaba para que pudiera rehacer su vida. Disfrutaba del sexo y de coquetear. Lo diametralmente opuesto a Lola.

Por eso cuando veía sufrir tanto a su amiga quería hacer algo, ayudarla de alguna manera.

Si tan solo Lola saliera con alguien... si probara aunque fuera mantener una conversación café mediante con un tipo... No pedía que se encamara en la primera cita. Ni siquiera que intentara un beso. Solo salir con un hombre, para ver lo que era compartir una situación de a dos con alguien que no fuera Lorenzo.

Pero bueno, habían sido muchos años. Y ese pelotudo, como solía llamarlo, los había tirado a la basura.

En las vacaciones Lola tuvo su oportunidad, pero se paralizó. Porque haberse encontrado con el bombón de dulce de leche de Martín, allá, en el medio del Caribe... ¡Eso sí que era buena suerte! Y nada, la piba no hizo nada. ¡Ni se le movió un pelo! ¿Acaso no decía que cuando era chica moría por Martín? El tipo, soltero (o eso dijo). Lola, también. Ella hubiera agarrado viaje en el momento.

Las cavilaciones de Amanda sobre su amiga eran sinceras. Pero Lola no era Amanda.
O solo era cuestión de que apareciera la persona indicada.

Martín llegó a Buenos Aires un jueves a la tarde. Se instaló en un hotelito barato del barrio de Once.

En su mente solo giraba una idea. ¿Cómo haría para reconquistar a Lola?

En el paraíso caribeño no había tenido suerte. ¿Acaso la tendría en esta ciudad fría y abrumadora?

Si no había logrado vulnerar a Lola estando de vacaciones... ¿Cómo lo haría en ese entorno, con los problemas laborales asediándola y el recuerdo de su ex revoloteando a su alrededor?

Ya vería. Tenía que encontrar la forma de acercarse a ella. Algo había pasado dentro de él durante aquel breve encuentro, y necesitaba averiguar qué era.

Ojalá Lola lo permitiera.

El viaje había sido planificado con antelación al reencuentro. Era el cumpleaños número sesenta de su madre. Una situación en la cual Lola no podría ponerse a la defensiva. Además, ella y su madre siempre se habían llevado de maravilla.

Habían pasado casi dos meses desde las vacaciones de Lola en Samaná. Tal vez ya estuviera más tranquila y asumiendo su separación con mayor naturalidad.

Por último, llevaba la ventaja de tener a la mejor amiga de su parte.

Para el reencuentro con Lola, había tramado algo con Amanda. La iría a buscar el viernes al trabajo. El factor sorpresa era fundamental.

Amanda fingiría que ella y su amiga saldrían juntas. Eso le daba a Lola la chance de estar arreglada y bien predispuesta. Iría a divertirse después de todo.

* * *

Llegó quince minutos antes.

Estaba nervioso como cuando iba a la escuela secundaria, aquel día que esperaba a Lola en la esquina de su casa, y habían decidido que iban a hacerlo por primera vez...

¡Qué situación aquella! Por un lado la emoción de saberla suya, y por el otro la angustia de pensar que algo podía salir mal. También iba a ser su primera vez y no estaba seguro de cómo debía proceder. Finalmente fueron al departamento de su abuela. Habían tenido que internarla en

un geriátrico hacía un tiempo, y la casa estaba vacía. Su madre la mantenía limpia y ordenada. Nunca había entendido por qué. Incluso la llave siempre estaba a la vista, en una repisa del *living* de su casa.

Años más tarde se enteraría de que su madre propiciaba la relación con Lola, la alentaba desde su corazón. Y todo aquello que contribuyera para que su hijo tuviera un lugar tranquilo para compartir sus horas con esa chica, lo haría sin dudarle. Eso le evitaría a su hijo tener que recurrir a un hotel de mala muerte.

Se había hecho la hora, y decidió quedarse en la vereda de enfrente.

Amanda le había dicho a Lola que la esperaba en la puerta de la oficina. Pero seguramente Lola se retrasaría unos minutos, estaba en su esencia.

Y así fue, pasaron otros quince minutos, hasta que la vio. Estaba hermosa. Con un trajecito gris perla y camisa rosa. Se la devoraba con los ojos.

Cruzó la calle y salió a su encuentro. Ella estaba distraída.

—Hola, Lolín.

—¡Martín! ¿Qué hacés acá? Estaba esperando a Amanda, íbamos a salir...

—En realidad no.

Lola lo miró extrañada, y comprendió.

—¡Esta Amanda! ¡La voy a matar!

Hizo un gestito con la cara que le causó gracia a Martín.

—Perdonanos. Era la única manera de asegurar que nos viéramos. Además, no sé si te acordás que me debés una cena...

—Sí, es cierto. Y además te debo una disculpa. No sabés cómo me descompuse esa noche. El viaje de regreso fue un infierno.

—Espero no haber sido yo el culpable de eso.

—¡No! Creo que fue el síndrome *regreso al mundo del trabajo*.

—Es temprano para cenar, ¿vamos a tomar algo?

—Tengo el auto en el estacionamiento de la empresa. Es en la otra cuadra.

—Vas a tener que proponer vos, porque llevo tanto tiempo afuera, que perdí el timón del barco de Buenos Aires.

—No te preocupes. Yo sé a dónde ir.

Lola lo llevó a un bar en la Costanera.

Le gustaba ahí porque el sol del atardecer se reflejaba en el Río de la Plata.

Además, era tranquilo y se podía hablar.

A Martín le gustó la elección. Sintió que Lola le estaba dando importancia a la forzada cita.

—Y decime, ¿qué hacés acá? Amanda me había comentado que tenías que venir a Buenos Aires.

—Mi vieja cumple sesenta años, y hace una megafiesta. A pesar de que detesto ese tipo de reuniones, no le podía fallar.

—Qué lindo gesto, venirte desde allá... ¿Ella sabe o es sorpresa?

—Noooo, con lo organizada que es, si no le contaba que pensaba venir, era capaz de postergar el evento para hacerlo en una fecha que yo pudiera viajar. Estaba acorralado —bromeó.

Lola rio.

—Tenés razón. Me acuerdo perfectamente de Sofía. ¡Qué bien me llevaba con ella! La extrañé mucho cuando nos separamos.

—Y no te imaginás lo que sufrió ella. Te quería un montón.

—Lo sé.

—¿No querés venir conmigo?

—¿A dónde? ¿A la fiesta? ¡Estás loco!

—Dale... Se va a poner contenta, y no lo va a poder creer.

—No me parece buena idea...

—Sí, dale. Es mañana. En un salón en Palermo.

—¡Yo vivo en Palermo!

—¿Viste? Está todo coordinado. Yo te pasaría a buscar, obvio que no irías sola. Eso sí. Tendríamos que estar temprano, porque quiere que su hijo varón favorito esté en el salón antes de que ella llegue.

—¡Pero si sos su único hijo varón!

—Por eso, soy su hijo varón favorito. Que no haya otro es una circunstancia. —Y rio con esa sonrisa traviesa que solía tener.

Martín siempre había llamado la atención. No tenía una belleza deslumbrante, pero su pelo rubio y sus ojos azules resaltaban por entre los demás. Y lo que realmente sumaba era su simpatía.

A Lola la había conquistado con su sentido del humor, porque la belleza física no era algo relevante para ella.

Aunque el último año que estuvieron juntos había estado bastante apático. Su cambio de carácter era notorio para todos.

A ella eso la había afectado, porque sentía que ya no era el mismo. Hasta que sucedió lo inevitable, y se dijeron adiós.

Pero este Martín era el mismo de antaño. Incluso una versión mejorada de sí mismo.

El bronceado y esas pequeñas arruguitas en la cara, producto del sol permanente, le conferían un aire por demás interesante.

La charla se extendió hasta la hora de la cena.

—¿Qué hacemos? ¿Vamos a comer a otro lado?

—La verdad es que estoy cansada. La semana fue extenuante. Si hubiera salido con Amanda, a esta hora ya estaría cada una en su casa. Comamos algo sencillo acá y listo.

—Pidamos la carta, entonces.

Algo desilusionado por el cambio de ánimo operado en Lola, llamó al camarero.

Mientras ambos miraban el menú, Martín le deslizó sin apartar los ojos de la carta.

—¿Y? ¿Me vas a acompañar mañana?

Lola estaba a punto de negar cuando lo miró a los ojos, y simplemente no pudo decir no.

—¿Vos decís?

—¿Eso es un sí? ¡Bravo! —Y se estiró para darle un beso en la mejilla.

La cara iluminada de Martín enterneció a Lola.

—¿Y es muy formal?

—Sea o no formal, te imaginarás que traje no me voy a poner.

—Sí, lo supuse. Trataré de no desentonar ni con la fiesta ni con vos.

—Punto medio. —Sonrió.

Estaba feliz. Todo iba saliendo bien.

Lola lo dejó en una parada de taxi. Antes de bajar del auto, Martín le hizo un comentario que la iba a dejar pensando.

—Qué vueltas tiene la vida, ¿no? La pasé genial hoy.

—Yo también.

Martín se acercó, le dio un beso cerca de la comisura del labio y se bajó. Ya desde la vereda le recordó la cita.

—Mañana diez menos cuarto paso por tu casa. Lamento no tener auto...

—El *jeep* amarillo sería lo más acá. —Le sonrió—. No te preocupes. Nos vemos.

Y arrancó.

Algo le había pasado con ese medio beso de Martín.

Al día siguiente se daría la última oportunidad de averiguarlo.

Se había puesto un vestido negro a la rodilla. Sobrio. Elegante pero no sofisticado. El detalle de la espalda con muchas tiritas entrecruzadas le daba un toque sexy. La disyuntiva eran los pies. ¿Sandalias o zapatos de taco aguja?

Estaba tratando de decidir, un pie con cada calzado, cuando sonó el timbre.

Se miró una vez más al espejo: tenía las uñas de los pies pintadas de rojo, y resaltaban con el negro. Decidido: llevaría las sandalias.

Se sacó el zapato y se abrochó la sandalia. Eligió el *blazer* negro de pana y la carterita también negra con cadenita dorada, y salió por fin al encuentro con Martín.

—Estás preciosa —piropeó él.

—Y vos mucho más elegante de lo que esperaba.

Tenía puesto un pantalón color manteca, camisa blanca (que le remarcaba el bronceado) y saco azul. Impecable.

—Enseñanzas de Xavi —admitió.

—Felicitaciones a Xavi, entonces. —Rio.

Y partieron hacia la fiesta.

El salón era realmente magnífico.

Una amplia recepción, con mesitas altas salpicadas por aquí y por allá que ofrecían bocadillos y delicatessen. Al fondo, la gran mesa principal presentaba una pirámide construida con todo tipo de quesos y fiambres de alta gama.

Los camareros iban y venían con copas y vasos altos conteniendo líquidos de los más variados colores.

Lola estaba nerviosa. Habían pasado quince años desde la última vez que vio a Sofía.

Martín le contó que hacía ocho años estaba en pareja con un hombre de su misma edad, viudo también, y que a él le caía genial. Aunque no habían pasado por el registro civil, para todo el mundo eran un matrimonio.

«Ocho años», pensó, igual que ella y... Lorenzo. ¡No! Lorenzo y ella ya no tenían nada.

Lola se sirvió un bocadillo que no le gustó, era de salmón y detestaba el pescado. ¡Necesitaba tomar algo!

Martín le ofreció su trago.

—Probalo, te va a gustar. Es daiquiri.

No lo iba a aceptar, pero el sabor desagradable era peor, así que accedió. No estaba tan mal después de todo. Dulce, frutado. Lo podía llegar a adoptar.

Se quedó con el vaso en la mano mientras Martín fue en busca de otro.

En ese instante ingresó Sofía al salón y una ovación de aplausos inundó el lugar.

Lola no divisaba a Martín y le sobrevinieron unos nervios tremendos, que hicieron que se tomara de golpe todo el daiquiri.

Solo un minuto tardó en hacerle efecto. El alcohol trepó rápidamente a su cabeza.

Las luces del salón comenzaron a darle vueltas, y a punto estuvo de caerse de espaldas cuando llegó Martín a tiempo para sostenerla.

—¿Qué te pasa, Lola? ¿Estás bien?

—Ssssi... es que... sin que... sin querer... —No le salía lo que quería explicar.

—Sin querer... —Y vio el vaso vacío que aún sostenía—. ¡Lolín! ¡Te tomaste el trago todo de golpe! Normalmente no le haría nada a nadie. Pero vos, que jamás tomás alcohol... ¿Estás mareada?

—Mucho.

—Deberías comer algo. Eso te va ayudar.

—Tenés que ir a saludar a Sofía... es decir, a tu mamá.

—No te preocupes. Hay otras cien personas para saludarla.

—Bueno.

Despacio, se dirigieron a la mesa más grande.

Martín le alcanzó un rectángulito de queso gouda y un rollito de jamón crudo.

De a poco iba retomando la estabilidad. Por las dudas, Martín no dejaba de aferrarla de la cintura. Y realmente no era ningún esfuerzo, pensó.

La acompañó a la terraza. El aire fresco le sentaría bien.

Se quedaron unos minutos, y Lola le pidió por favor que no se perdiera de saludar a su mamá en su ingreso, ella estaría bien.

A regañadientes, Martín la dejó allí, sentada bajo el techo de la pérgola, y regresó al salón a saludar a su madre.

Volvió un rato más tarde.

—Listo. Cumplí.

—No seas malo.

—No, para nada. Pero ahora te puedo dedicar tiempo a vos.

—Debería ir a saludarla también, ¿no te parece?

—¿Ya te sentís bien? Mirá que sos flojita, eh —le dijo, bromeando.

—Estoy mejor, y la culpa fue tuya por darme el daiquiri.

—Bueno, no peleemos. Vamos si querés. La gente ya se está sentando en las mesas. Se va a

poner contenta de verte.

Sofía era una mujer bella e inteligente. Pero, por sobre todo, amorosa. Tenía el pelo rubio, que siempre usaba muy muy corto, y unos ojos celestes brillantes. Cuando Lola se acercó, su expresión de asombro divirtió a Martín, que reía detrás.

—Lola, ¿sos vos?

—Sí, Sofía, ¡feliz cumpleaños!

Ambas se abrazaron con cariño sincero.

—No puedo creerlo... verte acá.

—Yo tampoco. —Rio Lola.

—Después me cuentan detalles, por favor.

—Claro, Sofía, que pases una hermosa noche.

—¡Gracias, querida! Ustedes también. —Y le guiñó el ojo.

Ya sentados en una de las mesas, Lola le hizo un comentario a Martín al oído.

—Tu mamá sigue tan divina como siempre.

—Sí —contestó satisfecho con la apreciación.

La noche transcurría tranquila. Habían cenado rico y era la hora de poner el cuerpo en movimiento.

—Sé que nunca fui un gran bailarín, pero tengo ganas de que bailemos.

—Quién lo diría...

—El ambiente del Caribe cambió muchas cosas en mí.

—Bueno, vamos —le dijo resignada.

La música atrapaba a todos los asistentes, era alegre y contagiaba. Pero ya había circulado mucha bebida entre los invitados, y algunos amigos del marido de Sofía tuvieron la mala idea de levantarlo en el aire como se acostumbraba hacerle al novio en las fiestas de casamiento. Sofía miraba horrorizada cómo su esposo volaba por los aires al compás de los ¡hurra!

Hasta que sucedió la desgracia. Uno de los involucrados no calculó bien la fuerza con que debía sostenerlo, y el pobre hombre fue a parar al piso.

Consecuencia: vino una ambulancia y se lo llevó, con Sofía de acompañante.

—Debo ir con ellos.

—Sí, por supuesto. Quedate tranquilo. Ojalá no sea nada.

—Mañana te llamo.

Se saludaron rápido y Martín salió tras su madre.

La fiesta había terminado.

Al día siguiente, Lola recibió un llamado de Martín. Debía quedarse a acompañar a Sofía. El golpe había sido fuerte, y tenían que operar al marido de una fractura doble.

Qué mala suerte, pobre hombre.

Al parecer, se quedaría sin ver de nuevo a Martín.

El día había llegado.

Ambas estaban entusiasmadas y ansiosas por igual. Micaela caminaba de aquí para allá ante la mirada impávida del gato Pipo.

Mientras, Lola terminaba de arreglarse.

Se había vestido de manera bastante informal. Jeans, zapatillas Converse, remera negra con inscripciones. Puso mucho esmero en la aplicación del maquillaje *invisible*, truco que le había enseñado Amanda.

Un poco de perfume y estaba lista. Se miró al espejo.

Sí. Definitivamente no desentonaría en el ambiente juvenil con el que se encontraría.

Llegaron diez minutos antes.

No hacía calor, pero igual Micaela se ponía desodorante por tercera vez.

—No exageres, no te van a oler —le dijo Lola a su sobrina.

—Una nunca sabe —bromeó Mica, sin imaginar qué tan cierta podía llegar a ser esa respuesta.

Había un grupito de chicas al costado. Al parecer no serían las únicas en el *meet & greet*.

Por fin la puerta metálica se abrió y entraron.

Era una especie de *hall*, con piso de madera recubierto de una goma negra acanalada.

Pasaron por un pasillo largo iluminado apenas con un tubo fluorescente cada tanto.

Luego, llegaron a otro salón parecido al primero. Allí estuvieron una media hora.

Ya se oía el sonido de la gente en el estadio.

Las hicieron pasar a través de unos cortinados gruesos a un gran cuarto con sillones de felpa negra y sillas plegables de metal oscuro.

Apareció un hombre joven, de remera negra y pantalones amplios del mismo color, que hablaba un perfecto español.

Les indicó que aguardaran unos minutos y las invitó con bebidas frescas que colocó sobre una mesa a un costado. Pero nadie se movió. En el ambiente reinaban los nervios.

Al cabo de un rato se oyeron unos pasos, risas, voces, y más risas.

Y de pronto, allí estaban los cuatro. Distendidos, joviales, divertidos.

La mirada de Lola se posó en Larson.

Vestía jeans ajustados, remera roja y camisa negra arremangada. De su cuello colgaba una cadenita plateada que sostenía una chapita rectangular. Estaba muy bronceado y se notaban sus bíceps marcados por el borde de la manga de la camisa. Su corte de pelo *muy a lo Larson*, como decía su sobrina, enmarcaba un rostro bello y armonioso.

«Es un ángel», pensó Lola mientras las jovencitas, aún tímidas, se acercaban de a poco a saludarlos.

«Parece más grande», se dijo, tratando de achicar la gran diferencia de edad entre ellos.

De repente, los hermosos ojos negros de Larson la vieron. Sí. A ella. Él la miró y Lola simplemente se derritió.

Se abrió paso entre los demás y se acercó.

—*Hi*[1] —le dijo con tono sensual.

—Hola, eh... *Sorry... Hello, my name... my name is Lola*[2] —pronunció nerviosa.

«Por favor qué ojazos, esas pestañas me van a matar».

—*Nice to meet you*, Lola[3].

«Dijo mi nombre, me voy a caer redonda».

Había repetido su nombre. Él, el hermoso Larson había dicho L-O-L-A.

Y sonrió. Sonrió por fuera y por dentro.

Flashes y más *flashes*. Las últimas fotos aquí y allá. El concierto estaba por iniciar de un momento a otro, y era hora de dirigirse a la ubicación que les habían asignado para ver el *show*.

De a poco salieron del salón las afortunadas acreedoras del *meet & greet*. Ellas ya habían tenido el premio, era momento de disfrutar del espectáculo.

Se fueron todas, menos Lola. Algo, no sabía muy bien qué, le impedía salir de allí. ¡Y nadie le decía que se retirara! Parecía haberse vuelto invisible.

Los muchachos bromeaban, las asistentes corrían, algún que otro técnico gritaba a lo lejos, un hombre de anteojos daba órdenes y más órdenes, que al parecer nadie atendía.

Lola disfrutaba de ver todo ese alboroto previo a la función.

De pronto Larson se volvió hacia ella. No era transparente después de todo. Creyó que el corazón dejaba de latirle. La habían descubierto.

Trató de articular alguna frase coherente.

—¿A qué hora comienza el *show*? —dijo, en un inglés titubeante.

—En unos minutos. Tendrás una vista increíble del concierto, ya verás.

Había hablado pausado, para que ella pudiera comprender. Pero ella sabía inglés a la perfección, aunque en ese momento no lo demostrara. No comprendería lo que le decía ni aunque hubiera hablado en español. Estaba en estado de shock.

«¡Vamos, Lola! ¡Decí algo! ¡Por el amor de Dios, decile algo!».

—Seguramente será un concierto increíble. Son realmente buenos.

—¿Te gusta cómo canto?

«Me gusta todo de vos», pensó Lola.

—Por supuesto, eres mi favorito.

«¿Pero qué estás diciendo, Lola?».

—Entonces me voy a esmerar especialmente. —Y le guiñó un ojo.

«Estoy a punto de desmayarme».

—Si estoy aquí es porque espero lo mejor. —Y sonrió.

Sentía como si hablara en neutro en una película doblada al español. No, en realidad era su cerebro que traducía de esa manera la conversación. Estaba aturdida. Entre la charla en inglés y la situación de estar hablando con el bomboncito que solía mirar por TV, sentía que le latía la corteza cerebral y las neuronas se le agolpaban en un sector de la cabeza.

—Te puedo asegurar que será un concierto que no vas a olvidar. —Y con el dedo índice tocó la punta de la pequeña nariz de Lola.

¿Acaso estaba coqueteando con ella?

¿El jovencito que volvía locas a las adolescentes lisonjeaba con esa mujer mucho más grande que él?

Un juego. Sin dudas era un tonto juego en el que ella había caído como una niña sin experiencia. Un juego peligroso, que por alguna razón la atraía, y mucho.

Lola saludó con la mano y dijo «bye»[4] con un movimiento de labios pero sin pronunciar la palabra.

Se dirigía hacia el sitio señalado por los organizadores. Caminaba lento, como si algo le impidiera moverse con facilidad.

Sintió pasos detrás de ella y se puso nerviosa, pero siguió avanzando.

Los pasos se acercaron un poco más. La tomaron por atrás con ambos brazos y la deslizaron a través de una puerta lateral, que se cerró a sus espaldas.

Las mismas manos fuertes la voltearon y entonces vio la perfecta sonrisa de Larson al tiempo que le hablaba.

—Te atrapé.

«Más bien me raptaste».

Sin soltarla en ningún momento la hizo girar y la acorraló contra la puerta cerrada.

«Ah, bueno», se dijo Lola entre sorprendida y conmovida.

Le costaba respirar. Hacía mucho que no se sentía así. Con Lorenzo las cosas siempre habían sido muy tranquilas.

Pero entonces... ¿Por qué ese *déjà vu*? Eso que la estaba consumiendo de deseo era algo que hacía demasiado tiempo tenía guardado. Y entonces recordó sus años de adolescencia con Martín. Cuando todo era urgencia y desesperación, nudos en el estómago y falta de aire.

Algo que nunca volvió a sentir, ni con Lorenzo, ni con el mismo Martín en su reencuentro. Eran sensaciones que creía perdidas, adjudicadas a las hormonas de la primera juventud.

Pero ahí estaba eso de nuevo, esa emoción que no podía describir pero que le recorría cada milímetro del cuerpo haciéndola vibrar de manera desesperante.

Larson la tomó del rostro con ambas manos y se detuvo apenas a un centímetro de su boca.

Murmuró algo que no le entendió (aunque más tarde lo recordaría). En ese momento no importaba demasiado. Solo quería sus labios sobre los de ella. Lo deseaba.

Casi le gritó «*Kiss me*»[5] cuando él le atrapó los labios con ímpetu. Sin miramientos, penetró la lengua húmeda en su boca, y entonces todo explotó en mil pedazos a su alrededor.

Metió las manos en los bolsillos traseros del pantalón de Larson y lo arrimó a su cuerpo. Su masculinidad a pleno se pegó a su vientre.

«Por Dios, este es mi fin», pensó extasiada.

Unos quejidos salieron de la garganta del joven Larson y ella sintió que se consumía de deseo.

Las manos dejaron el rostro de Lola y bajaron entre ansiosas y tímidas hacia los hombros, recorrieron los costados y se posaron en su cintura.

Entonces ella lo abrazó con fuerza y fue como si hubiera levantado la barrera.

Sus manos se introducían por debajo de la remera, avanzando por encima del sostén y friccionando con energía.

Todavía no habían separado sus bocas ni un segundo, cuando detrás de la puerta se oyó un grito.

—*Two minutes!*[6]

Fue como cuando suena el despertador el día lunes. De golpe volvieron a la realidad, con sus respiraciones entrecortadas y mirándose cómplices.

No se sacaban los ojos de encima. Y sonreían como tontos.

Como si de repente saliera de un trance, Larson suplicó.

—Por favor no te vayas. No te muevas. Quédate aquí, te lo suplico.

Y desapareció del cuarto, que Lola más tarde descubriría era el camarín de Larson.

Algo atontada, se sentó en la silla de director que había a un costado.

En ese momento explotaba la música y el estadio estallaba en gritos y aplausos.

¿Qué hacer? ¿Se iba? Era lo correcto, pero no quería. ¿Se quedaba? ¿Y si alguien la encontraba ahí? Se estaba dando cuenta de que había extraviado su credencial que la habilitaba para estar allí (aunque no exactamente en ese habitáculo). La sacarían a patadas, con o sin credencial, no había dudas.

Mientras mantenía esas cavilaciones, la puerta se abrió y un enorme hombre de color la miró con extrema seriedad.

—*Who are you? What are you doing here?*[7]

No había nada más que hacer. ¿Acaso le iba a decir que Larson le pidió que se quedara ahí? Si hasta a ella le sonaba extraño, como extraído de una novela barata.

La tomó del brazo y la hizo salir de la habitación. Luego la condujo amablemente a la salida.

Una vez afuera, como despertando a la realidad, recordó que su sobrina de catorce años estaba adentro. ¡La había abandonado!

Tomó su teléfono celular y marcó el número de Micaela. Sin señal. Siempre pasaba lo mismo en los recitales. Así estuvo un largo rato, hasta que se dio por vencida. No podría utilizar el teléfono.

Sin más tiempo para pensar en la consecución de sucesos que la llevaron a esa situación, enfiló hacia la puerta lateral, la misma por la que había sido expulsada minutos antes, y por la que también habían ingresado más temprano con su sobrina.

Por suerte no estaba el grandote, sino un gentil muchacho de anteojos que, mejor aún, hablaba español.

Trató de explicarle lo sucedido. No le contó los detalles pero algo tuvo que decirle. Le habló de la credencial perdida y de su sobrina, menor de edad, que estaba sola allí adentro.

Se explayó acerca del problema que le ocasionaría no encontrarla y de lo bueno que lo consideraría si la dejaba entrar.

Obtuvo una corta y simple respuesta.

—¿Usted pretende que me despidan?

¿Es que no había comprendido ni una palabra? Ya empezaba a caerle mal. Y para peor, estaba a punto de cometer un ilícito, dinero mediante, cuando el *pseudoguardia*, así como al pasar, le mostró la credencial extraviada, y atinó a decir algo.

—Entonces la señorita de la foto es usted. La verdad es que no salió favorecida en absoluto.

Lola lo hubiera acribillado. Pero el muchacho le devolvió la credencial y le abrió el acceso.

En ese momento no sabía si partirle la cara de una bofetada o de un beso.

No hizo ni una cosa ni la otra.

Mientras Lola ingresaba le gritó a sus espaldas.

—Cuide mejor la credencial, la próxima no va a tener tanta suerte.

Lola levantó el brazo en señal de saludo sin darse vuelta.

Entraba nuevamente al recinto donde habían estado todos más temprano. Y allí esperaría lamentando perderse el *show*.

Por fin se escucharon unos grititos excitados y un grupo de jóvenes alborotadas que se acercaba.

Entre ellas venía su sobrina, exaltada y eufórica.

—¡Tía! ¿Dónde te habías metido? ¡Te perdiste el concierto! Estábamos ahí, tan cerca... ¡Increíble! Tuvimos que salir antes de que cantaran el bis, por un tema de seguridad, o algo así. ¡Ay! Esto es lo mejor que me pasó en la vida...

—Perdoname, Mica, es que no me sentía muy bien, creo que me bajó la presión —mintió.

—¡Qué lástima! Tendrías que haberlo visto a Larson, te morías. Igual, sabés que yo me quedo con Brian. Mirá, mirá, ¡me saqué una foto con él! Estuvo todo tan espectacular... Recién nos dijeron que nos iban a dar unos *souvenirs* de recuerdo. Voy para allá con las otras chicas. ¡Son

divinas! Ya intercambiamos nuestros números.

Y sin darle tiempo a decir nada, salió como una flecha hacia la otra punta de la sala.

En ese instante sintió que la agarraban del brazo.

«¿Y ahora qué?».

Levantó la vista, y ahí estaba de nuevo, el enorme hombre de color, mirándola.

Como por acto reflejo levantó la credencial, pero él, sin siquiera mirarla, la llevó de prisa por un pasillo hasta lo que sería la parte trasera y baja del escenario.

El *show* aún no terminaba. Sucedería de un momento a otro.

Y de repente ahí estaba él. Hermoso. Sudado. Agitado.

Se le acercó, se corrió el micrófono inalámbrico hacia el costado y la besó apasionadamente.

Lola se perdió en ese beso.

Ella ya no supo quién era ni por qué estaba allí.

Solo vivía para ese beso. Ese beso dulce que duró un segundo y una eternidad. Ese beso que jamás borraría de su boca.

La música sonó estridente. Era el final. Y su joven Adonis desapareció. Otra vez.

Llegó una asistente al encuentro con Lola. Era una mujer algo mayor que ella, no mucho. De impecable sastre negro y tacones.

La miró, la estudió por unos segundos y le sonrió de manera condescendiente. A Lola no le gustó.

Tomó su teléfono y fotografió la credencial que le colgaba del cuello. Esa credencial con la foto que no la favorecía.

De nuevo apareció el grandote seguido por el grupo de jovencitas enloquecidas. En un *spanglish* forzado las invitaba a todas a retirarse, a la vez que repartía fotos autografiadas del grupo. Era hora de irse de allí.

Pero ¿y Larson? ¿Y ella? ¿Eso sería todo? ¿Así?

¿Sin despedidas? ¿Sin promesas? ¿Solo así?

* * *

Las dos de la madrugada.

No podía dormir. ¿Qué había sido todo aquello? ¿Qué había sucedido realmente? ¿Había sido real?

Fantaseaba con la idea de haberse quedado dormida y haberlo soñado todo. Porque la verdad es que parecía el recuerdo de un dulce sueño adolescente.

Pero ese beso lo tenía grabado a fuego. No podía haber sido irreal.

Tomó su *tablet*. Buscó Simple Boys en el iTunes. Eso se lo había enseñado su sobrina.

Ahí estaban. Se bajó el último CD. Y el anterior también, ¿por qué no?

Los escuchó completos. Dos veces cada uno, acostada en su cama, con los auriculares puestos.

En cada canción reconocía la voz de Larson. Cada estrofa que él entonaba penetraba por todos sus poros. Esa voz melodiosa y dulce que quería que le cantara a ella.

Cerró los ojos, pero no se podía dormir. Él estaba ahí. Larson la invadía por todos los sentidos.

Lo escuchaba, lo veía. Lo sentía junto a ella. Sentía ese beso en su boca. Sentía sus manos tocar su piel desnuda. Lo sentía ahí, a su lado, queriendo amarla.

Creía haberlo vivido antes. Estaba totalmente abrumada.

Y probablemente se quedaría dormida por la mañana, como solía sucederle un tiempo atrás.

Pero esta vez por motivos muy diferentes.

«¡Me quedé dormida!». Sí. Ya lo había predicho. Otra vez correr, otra vez maquillarse en el coche, cuando frenara en los semáforos.

Las imágenes del día anterior se le agolpaban en la cabeza.

¡Tenía que hablar con Amanda! ¡Ya!

Hizo el recorrido con el auto en tiempo récord. En verdad ni siquiera sabía cómo había llegado al trabajo.

Lanzó su cartera a un costado del escritorio y llamó al interno 706.

Ring... Ring... Nada. ¿Dónde se había metido Amanda? Le mandó un mensaje al celular.

Cinco, diez, quince minutos y nada. ¡Ella siempre tenía el teléfono encima!

Trató de calmarse. No podía. Se haría un té de tilo. Eso debía funcionar.

Sacó del cajón del escritorio la latita de *blends* que le había obsequiado su madre. Tomó el sobrecito verde claro y se fue a la cocina. Por suerte no había nadie.

Se preparó el té en la taza que decía «Te amo» y que alguna vez acompañó uno de los espectaculares desayunos que Lorenzo solía enviarle en fechas especiales.

Qué lejos había quedado todo aquello...

Se tranquilizó un poco recién cuando vio la respuesta de Amanda en su celular. Estaba haciéndose unos estudios de rutina. Llegaría en una hora a la oficina.

Ese día había un evento del lanzamiento de un nuevo producto. Hacia el mediodía la mayoría dejaría la oficina. Todos querían ir a esas reuniones, no se reparaba en gastos. Y ella se quedaría prácticamente sola. Aprovecharía para verse con Amanda.

¡Mierda! Amanda tenía que ir al maldito evento.

Una hora más tarde, hablaban cada una desde su oficina, en voz baja.

—No importa, invento algo. Que estoy descompuesta, qué se yo, cualquier cosa. Justo fui al médico hoy. Me queda como anillo al dedo la excusa.

—Pero si vos amás ir a esos eventos...

—Hoy no. Hoy vos sos más importante. Además la intriga no puede conmigo.

—Te cuento mi plan. Como todos se iban, pedí trabajar a la tarde en casa. Tengo que revisar unos documentos. Así que a la una me estoy yendo.

—Dale, yo maquino algo. Nos vemos a las dos en tu casa.
—¡Genial! Y prepárate, ¡eh! —dijo, intrigándola.
—Me voy a estar comiendo las uñas hasta esa hora.

Dos menos cinco tocaban el timbre de su departamento.

—¡Bajo a abrirte!

Estaba nerviosa por lo que diría su amiga.

No porque podría juzgarla después de que le contara la historia. Amanda era la persona menos prejuiciosa que conocía. Además, siempre la apoyaba aunque muchas veces no estuviera de acuerdo con ella.

Pero esto... ¡esto era otra cosa! Se iba a caer de espaldas. Literal. Y más aún conociéndola a ella como la conocía.

Subieron al tercer piso. La tarde estaba linda y el sol se colaba por los ventanales del *living*.

Lola había preparado algo para picar. Pancitos, queso cortado en cuadraditos, aceitunas verdes y maní. Pero estaba segura de que ninguna de las dos iba a probar bocado.

—¿Qué mentira dijiste? —preguntó Lola.

—Mirame la cara. Habla por sí misma. Con cero maquillaje parezco salida de la serie *The Walking Dead*.

—¡No seas tonta!

—Es verdad, yo le debo todo a mi cajita Pupa.

No era cierto. Amanda tenía una belleza singular. Con o sin maquillaje. Solo que ella hacía un arte de la exageración.

—¿Qué te dijo Fernández?

—El nabo de mi jefe se comió lo de mi descompostura y me mandó a casa.

—Sos una genia.

—Me la voy a cobrar, no te creas que te va a salir gratis. Pero de eso hablamos después. ¡Contame ya eso tan importante que hizo perderme el acontecimiento del año de la empresa!

—Vení. Tenés que sentarte.

Acomodadas en los silloncitos de *rattan* del balcón, bajo la tibieza del sol invernal que ese día parecía calentar un poquito más, empezó el relato.

—Es algo que me ocurrió ayer.

—Ayer. Ah, sí. Fuiste con Mica al concierto de los Simple Boys.

—Exacto. Y no sabés lo que me pasó.

—Te enganchaste al *mánager* del grupo, que es millonario y te va a llevar a vivir a Los Ángeles.

—¡No! Callate y escuchá. Porque todavía estoy medio abombada y hasta por momentos creo que realmente no aconteció —hizo una pausa, y continuó—. Como estaba organizado, fuimos con mi sobri. Llegamos temprano, y estábamos muy nerviosas las dos.

—¿Vos nerviosa? No te creo. Si sos de piedra. ¿O tenías miedo de que Micaela se desmaye ahí nomás y terminaran llamando a Emergencias?

—No, no. No era eso. Primero tengo que confesarte algo que nadie sabe. Bueno, Mica lo sabe, pero piensa que todo es en broma. O a lo mejor no, pero no le parece ni malo ni raro.

—¡¿Qué cosa?!

—Siempre que Micaela viene a casa, miramos en la tele una serie de la banda que fuimos a ver. Es algo vieja, tendrá tres o cuatro años. O sea, los chicos ahí están un poco más chicos que en la actualidad. —Lola abría el paraguas por si a Amanda se le ocurría mirar un capítulo.

—¿Y? ¿Qué tiene que ver todo eso?

—Bueno, si bien todos los del grupo son bonitos (imaginate que salieron de un *casting* entre cien mil), hay uno en particular que me encanta —lo dijo haciendo una mueca.

—¡No jodas! Si son nenitos...

—¿Me vas a dejar hablar?

—Perdón. Seguí.

—Empezó todo como un juego. Micaela me preguntó un día: «¿Y a vos cuál te gusta más, tía? Yo muero por Brian». «A mí me gusta Larson», le contesté. «Buena elección, a pesar de que se hace el payaso, es el más adulto de todos», me dijo ella. Y nos reímos un rato del tema. Así, cada vez que venía a casa y coincidía la hora con la serie, la mirábamos y hacíamos comentarios acerca de *su* Brian y *mi* Larson. Incluso alguna vez Lorenzo nos escuchó y dijo que éramos unas babosas. —Y rio inquieta.

—Lola, tu sobrina tiene catorce años...

—Sí. Todo era en broma para mí.

—Y...

—Bueno. Hasta que ayer me di cuenta de que estaba nerviosa. Y era porque iba a verlo a él en persona.

—Entonces descubriste que las bromitas con Mica tenían algo oculto detrás.

—Más o menos. Solo era el tema de los nervios. Pero lo que pasó después...

—¡Por Dios! ¡Estoy a punto de matarte! ¡Contame!

Lola le relató cómo fue la presentación. Le habló de las fotos y del alboroto de la previa. Le contó de las primeras miradas, y del pequeño diálogo que mantuvo con Larson hasta que llegó el momento de pasar tras bambalinas para disfrutar del *show* desde el mismo escenario.

—Empecé a caminar para ir a tomar mi lugar en el lateral del escenario cuando sentí que me tomaban de atrás, agarrándome de los brazos.

—¿Quién? ¿Quién te agarró?

—¡Él!

—Nooooooo... —La cara de Amanda fue para sacarle una foto.

—Me metió en un cuarto. Era su camarín, pero yo en ese momento no me había dado cuenta. Y me dijo: «Te atrapé». Yo estaba por morir ahí mismo.

—¿Cómo podías entenderle en esa situación? Yo no le hubiera entendido aunque solo repitiera: «*Yes, yes, yes*»... bueno eso sí porque es lo que dicen en la películas cuando...

—¡Amanda!

—Era una broma... Igual, entre tu cerebritito mágico y tu *perfect english* no podías fallar. ¿Y qué pensaba hacer él? ¿Por qué te encerró?

Después de hacer una pausa, Lola largó la novedad.

—Me besó. Ahí nomás.

—*What???*

—Me agarró la cara con las manos y me dio un besazo. Pará, no. Primero, antes del beso, se quedó a un centímetro de mi boca y me dijo algo como que lo había vuelto loco, no sé muy bien, era una expresión idiomática y yo no pensaba con claridad.

—Me lo contás, así, y no lo creo.

—Imaginate yo. Todavía hoy me parece recordarlo todo como un sueño.

—Contame detalles íntimos. ¿Oía bien?

—Sí, muy rico. Usaba perfume, pero no sabría decirte cuál. Ah, y tenía chicle de menta.

—Había ido preparado.

—¿Qué?

—Sí. Si no, ¿por qué iba a tener chicle si estaba a punto de salir a cantar?

—Mirá las cosas que pensás, no había reparado en eso. Tal vez sea su costumbre. Yo también tenía chicle y no pensaba besar a nadie.

—El inconsciente te empuja a hacer cosas que ni te das cuenta. Pero, bueno. No importa, si tenían chicle mejor para ambos. Más rico. Sigamos. Te besó. ¿Cómo? Corto, largo, apasionado...

—Largo y apasionado. *Demasiado* apasionado. Te juro, Mandi, que hacía mucho que no sentía algo así.

—Calentura pura. ¿Cuánto tiempo llevás sin...?

—Qué directa sos. No. De verdad. Eso fue otra cosa. Y es lo que me preocupa. ¡Porque te juro que se me puso el mundo patas para arriba! ¡Estoy casi sin dormir!

—¿Y después qué pasó?

—Detrás de la puerta gritaron que ya tenía que salir a cantar. Fue como si nos cayera un balde de agua helada. Nos había sonado la campana. Me pidió que me quedara ahí, que por favor no me fuera. Y salió a dar el concierto.

—¿Y? ¿Lo esperaste?

—Iba a intentarlo, pero me echaron.

—¿Cómo que te echaron?

Y Lola le relató las peripecias de la siguiente hora y media.

—No puedo creer que el grandote finalmente te llevara detrás del escenario para que lograras tu segundo beso.

—Creí que me derretía... Vos viste que yo soy un poco quisquillosa con la limpieza, y detesto la

transpiración...

—Sí, por eso te pregunté hace un rato si olía rico. Recuerdo una vez que mandaste a mudar al tipo más lindo que vi en mi vida solo porque le caían unas gotitas de la frente. El pobre venía de caminar diez cuadras bajo el sol de enero. Y lo despachaste sin más.

—No fue tan así. La verdad es que empezaba a salir con Lorenzo, y estaba un poco selectiva. Me pintás como una insensible.

—¿Y acaso no lo sos?

—No siempre. Pero bueno, no nos desviemos. La cosa es que después de una hora y media de *show*, imagínate cómo estaba. Empapado. Y hermoso. Creo que me gustó más así, todo transpirado y con la camiseta pegada al cuerpo. Estoy preocupada.

—¡Ay, amiga! Te han flechado. Cupido acaba de hacer la aparición más espectacular que vi en mi vida.

—Pero... ¿No te parece terrible? ¡Soy una vieja! ¡Una corruptora de menores!

—¿Cuántos años tiene? ¿Sabés?

—Sí. Lo *googleé*. Tiene veinticuatro.

—Ah, bien. Es un hombrecito hecho y derecho.

—¡Pero le llevo diez años!

—No es gran cosa. O sí, pero no tanto. Sonia, la de Contabilidad, es once años mayor que su marido. Y llevan unos cuantos años juntos, con un hijo y todo.

—No sé, estoy asustada. No puedo entender lo que siento. Te juro que mientras estaba ahí era feliz. No me acordaba de la diferencia de edad. Pero ¿sabés una cosa? Después, sola en casa, no podía dejar de pensar. Es una locura. Todo.

—Eso es lo que logra nuestro querido Cupido. ¿Y ahora qué va a pasar?

Pero no le dio tiempo a Lola para decir que no sabía, que tenía miedo de no volverlo a ver, que eso era lo que más la asustaba y la hacía sentir mal. Porque sonó el timbre de su departamento.

—¿Esperabas a alguien más?

—No, si a esta hora debería estar en el trabajo.

Se dirigió a atender. Apretó el botón del intercomunicador.

—¿Quién es?

—Correo privado.

—¿A nombre de quién?

—Lola Montiel.

—Un momento, por favor.

Al cabo de cinco minutos estaba de regreso con un sobre de papel madera, pequeño pero grueso.

Lo abrió cuidadosamente, y ante sus ojos apareció una credencial de acceso. Igual a la que había usado el día anterior. Pero con una nueva fecha.

Amanda se la quitó de las manos. Lola se había quedado petrificada, sin poder articular palabra

alguna.

—¿Te invitó al último *show*! ¿Pero cómo pudo mandártela acá?

—La foto.

—¿Cuál foto?

—Una asistente tomó una foto de mi credencial con su teléfono. Recuerdo que tuve que darte todos mis datos personales para que tu vecinito gestionara la acreditación. Ahora deben tener hasta mi grupo sanguíneo.

—Estos se las tienen todas pensadas.

—Por Dios, ¿qué voy a hacer?

—Por lo pronto nos vamos de compras. Mañana tenés que estar espectacular.

Lola guardó la credencial en el sobre, cuando vio que adentro había algo más. Era un papel blanco, pequeño, prolijamente doblado por la mitad.

Lo abrió. Estaba escrito a mano, con tinta azul.

See you there two hours before the concert. L.[8]

—¡Ay, amiga! Morí de amor. Te escribió una nota para confirmar la cita. Nos vamos ya de compras, y también a la peluquería.

Pasaron dos horas en el *shopping*. Luego fueron a la peluquería, con servicio completo de *manicure*, belleza de pies y depilación.

Lola se retocó el corte de pelo. Lo llevaba corto, por arriba de los hombros, con su castaño natural. Y esta vez se decidió a hacerse algunos reflejos dorados.

Toda su vida había tenido el cabello largo y lacio. Así le gustaba a Lorenzo. Luego de que sucediera la *circunstancia*, fue a la peluquería y se lo cortó. Desde entonces se dijo que haría cambios de vez en cuando. Nunca más sería la chica previsible que había sido con Lorenzo.

—¿No será demasiado? —dijo, mientras miraba las bolsas con zapatos y prendas varias. ¡Hasta se había comprado un bolso nuevo!

Luego se miró en el espejo.

—Quedé muy rubia.

—Callate, estás preciosa. Y nunca es mucho cuando de compras se trata.

—Podría haberme puesto el pantalón negro y la camisa con lunares chiquitos.

—Sí, la misma que te vi puesta al menos veinte veces.

—Y qué, es linda.

—No digo lo contrario, pero esta es una ocasión especial.

Y sí que lo era.

Decidió llamar a su jefe para pedirse el día. No iba a poder hacer nada estando en la oficina.

Él la dejaba tomarse esas pequeñas licencias. Lo hacía tres o cuatro veces al año. Se las

merecía. Cuando la necesitaban, Lola siempre estaba al pie del cañón. Esta vez era ella la que pedía un favor. Y no se lo negarían.

Pensaba levantarse tarde, comer liviano y darse un buen baño de inmersión. Se probaría los conjuntos para decidir con cuál se vestiría finalmente. Seguía pensando que la camisa de lunarcitos hubiera sido una buena opción. Pero Amanda la mataría.

Así que estrenaría ropa después de todo.

Abrió los ojos. Miró el reloj: once y media. Increíble. ¿Cuánto hacía que no dormía tanto? Decidió quedarse un rato más en la cama.

Accionó el control remoto de las persianas, y el sol se coló en su habitación. En ese momento agradeció que a Lorenzo le gustara tener las últimas innovaciones hogareñas. Ese pequeño lujo de las cortinas automáticas era genial.

Se apreciaba un día radiante de fin de invierno. Primero de septiembre. Ese mes le gustaba a Lola. Comenzaban los días soleados, y la gente parecía más contenta. Ella se sentía más contenta.

Pensó que la estaba pasando bien ahí, remoloneando entre las sábanas, y que le gustaría poder hacer eso un poco más seguido. No depender de horarios ni de jefes. Manejar los tiempos y no vivir a mil.

Martín le había propuesto esa vida, y ella lo había dejado en suspenso. Pero de pronto supo que no iba a aceptarlo. Porque no quería un Martín en su vida. Por fin se daba cuenta de que necesitaba a alguien que le moviera las estanterías. Quería un poco de lujuria, un poco de dulzura, un poco de todo. En ese momento quería un Larson en su vida, aunque todavía no sabía cómo. Ni siquiera sabía si podría manejarlo.

Pero se sentía bien. Tan bien como hacía mucho tiempo no le ocurría.

Después de comer una ensalada verde y una mandarina, desempacó la ropa que había comprado el día anterior.

Por un lado, pantalón negro y jeans desgastados. Blusa roja, remera negra ajustada y *sweater* de angora por el otro. De un tercer paquete sacó una campera de cuero. ¡Se había comprado una campera de cuero! Le quedaba estupenda, cosa que le causaba un gran asombro. Y finalmente, sacó de sus cajas unos tacones y esas botas negras con las que había alucinado.

Ya estaba todo a la vista sobre su cama tamaño *king*. «Demasiado *king*», pensó.

Mientras, Pipo se entretenía entrando y saliendo de las bolsas y cajas esparcidas por el suelo. Se sentía en un parque de diversiones.

Después de probar varias combinaciones, lo decidió: jean, botas, remera negra ajustada y campera de cuero. ¿Demasiado *rockera*? No, estaba bien. El toque distinguido se lo daría el *sweater* de angora. El cuello alto quedaba estupendo con su pelo corto. Sí, sin dudas también

llevaría el *sweater*. Además aún hacía bastante frío.

Más tranquila por saber lo que vestiría, se puso a llenar la tina. Abriría el frasco de sales que le habían regalado la Navidad pasada.

Vació la mitad del contenido, y un suave aroma a jazmines y azahar inundó el ambiente. ¿Pondría velas? No, era demasiado.

La sorprendió el sonido del celular.

—Hola, amiguita. ¿Ya tenés elegido el *outfit* de hoy?

—Lo tengo.

—No me digas. Dejame adivinar. Pantalón negro y blusa roja.

—¡No!

—Entonces te jugaste por el jean ajustado y la remerita negra.

—Y la chaqueta de cuero.

—Sos mi ídola. Bien guerrera. A partir de hoy la nueva Lola sale al mundo.

—No exageres, querés. Para algo tenían que servirme las clases de Pilates y las horas en *rollers* los fines de semana. El jean es ajustado, pero lo luzco bien.

—Y con el tremendo trasero que tenés, querida... sos la envidia de media comunidad de *vedettes*.

—No sigas que vas a hacer que me arrepienta.

—¡Ja! Cómo te quiero. Vas a quedar preciosa. Sacate una *selfie* y me la mandás, así veo cómo quedaste.

—¿Estás loca? Además no sé sacar *selfies*.

—Ufa. Bueno, te dejo que tengo reunión con Fernández. Quiere contarme toooodo lo que me perdí del evento de ayer. Llamame a la noche. Sea la hora que sea.

—Hecho, amiga. ¿Aunque sean las dos de la madrugada?

—Aunque sean las cinco. Besote.

La bañera ya estaba lista. Estaba apoyando el teléfono en la mesita de luz cuando empezó a sonar de nuevo.

Atendió sin mirar creyendo que Amanda se había olvidado de decirle algo.

—¿Qué pasa, Mandi?

—Hola, ¿Loli? Soy yo, Lorenzo.

«¿Qué? ¿Lorenzo? ¿Justo ahora, Lorenzo?».

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien, Loli, ¿y vos?

—B... Bien.

¿Qué quería? ¿Para qué la llamaba?

—¿Estás en la oficina? ¿Qué tenés que hacer cuando salís?

—Eh... Sí... No... Quiero decir, no puedo.

¿Cómo explicarle que se había pedido el día en el trabajo? Se le hizo un nudo en la garganta.

Lorenzo aún ejercía poder sobre ella.

—¿Y más tarde? ¿Si vamos a cenar? Necesito verte. Tenemos que hablar.

—Hoy no puedo, Lorenzo. Tengo un día complicado. Termino tarde. ¿Cuándo volviste?

—Llegué hace dos horas. Me estoy quedando en el Hotel Panamericano. Iba a ir a lo de Carlos, pero acá me siento más cómodo.

Claro, Carlos estaba en una nueva relación, e invadir su privacidad no hubiera sido adecuado.

Carlos, el mejor amigo de Lorenzo. Se conocían desde la escuela primaria. Le habían llegado noticias de que Carlos tenía nueva novia. Habría que ver cuánto le duraba.

Lola siempre había pensado que Carlos no era buena influencia para Lorenzo. Era un mujeriego como pocos. Incluso sospechaba que algo había tenido que ver con *la circunstancia*.

Como fuera, el asunto era que Lorenzo había regresado de Uruguay y quería verla.

Salvo por un par de *mails* relativos a temas administrativos, cambiar la titularidad de la línea telefónica y cosas por el estilo, no había sabido nada de él en los últimos cuatro meses.

Y, de repente, tenía urgencia por hablar con ella.

—Mirá, voy a quedarme hasta el fin de semana. Pero me gustaría verte cuanto antes. ¿Mañana estás libre?

—Mmm... No sé. Dejame algún teléfono y te llamo.

—Te dejo mi número nuevo. Es de allá así que los números son un poco diferentes. ¿Tenés para anotar?

—Decime.

Un saludo corto y se despidieron hasta el día siguiente.

¿Qué había sido eso? ¿Habría sucedido alguna desgracia? ¿Qué le pasaba a Lorenzo?

Mientras se introducía en la tina, mil preguntas se le venían a la cabeza.

Pero no. Ese día no debía enroscarse con eso. Tenía un día especial. Raro, también. Pero especial por sobre todas las cosas.

Ojalá no fuera a desperdiciarse con la aparición de Lorenzo.

* * *

Lorenzo era un tipo serio. Abogado. Siempre de traje y corbata.

Cuando Lola lo conoció en la facultad quedó fascinada.

Aunque era algo arrogante, con Lola siempre bajaba de su pedestal. Parecía como si Lola ejerciera una fuerza oculta sobre él.

A ella le gustaba porque era lo opuesto de Martín, que no sabía lo que quería ni a dónde quería llegar.

Desde que la cosa había empezado a ser seria, Lorenzo lo había planificado todo. Luego de recibirse, se casarían y harían un largo viaje por Europa.

Por el tema de la vivienda no debían preocuparse. Los padres de Lorenzo eran gente adinerada.

De lo más encumbrado de la sociedad uruguaya. Vivían en Montevideo.

Y a decir verdad, la situación ideal. Suegros lejos, pero siempre dispuestos a todo por su hijo.

A veces Lola sentía que ella era una especie de trofeo, algo que Lorenzo pretendía como propio. Porque él quería que se vistiera bien cuando salían con sus amigos, o le encantaba alardear de lo bien que le iba a Lola en los estudios cuando visitaban a sus padres.

Siempre le decía que era la mujer más hermosa que había conocido, y que por eso sería su esposa.

Adoraba el largo y lacio pelo de Lola. ¡Hasta le tenía prohibido que se lo cortara!

Todo eso por un lado le gustaba, porque la hacía sentirse bella (que lo era, pero nunca lo había creído así). Aunque por otra parte no se sentía valorada.

Ella también sería abogada, y a pesar de esos superfluos comentarios frente a sus padres, lo cierto era que la trataba con condescendencia en temas de la profesión. Nunca como su par. Y eso le dolía.

Solía hacerle regalos costosísimos. Presentes que ella jamás podía corresponder.

Si ella le cocinaba una torta con todo su amor, él le decía: «Qué linda, pero para qué te tomaste el trabajo. Le hubieras dicho a Juana que la hiciera». Juana era la empleada que ayudaba en la casa. Lorenzo no quería que Lola hiciera las cosas del hogar, aunque a ella no le molestara hacerlo.

Para agasajarla el Día de los Enamorados, siempre le hacía enviar un fabuloso desayuno. Ella hubiera preferido que le preparara un café con leche y tostadas con sus propias manos.

Pero se sentía segura a su lado. Experimentaba esa especie de protección que había perdido cuando su padre murió.

Y eso la hacía pensarse a salvo del mundo. Lorenzo había sido su mundo.

Su amor para toda la vida.

La tibieza del agua y el aroma de las sales hicieron efecto.

Después de todo logró relajarse. Se dispondría a disfrutar y dejar de preguntarse qué le depararía el destino ese día.

Eligió un conjunto de encaje rosa. Lo había comprado un año atrás para una ocasión especial. Una ocasión *especial* con Lorenzo que nunca sucedió.

Esta, sin duda alguna, era esa ocasión y, quién sabe, tenía que estar preparada. Eso decía siempre Amanda. ¡Y hasta estaba actuando como ella!

Se vistió, se secó el pelo con el secador, y se maquilló, poco. Había aprendido que a veces menos es más.

Se puso su perfume favorito. Un poco aquí y un poco más allá.

Miró su imagen al espejo. Le gustó lo que veía. La chaqueta de cuero con los jeans la hacían parecer más joven. Eso era bueno.

Salió con el tiempo justo. Para colmo la autopista tenía complicaciones de tránsito.

Se puso un chicle de menta en la boca y decidió relajarse. Encendió el audio de su auto y comenzó a sonar *Just in Time*, de los Simple Boys. Qué apropiado. Mica se lo había olvidado el domingo cuando fueron al *meet & greet*.

Uno a uno fueron pasando todos los temas del CD.

Sonaba la última canción y ella aún no llegaba.

Los nervios empezaban a traicionarla. Ya casi era la hora señalada y aún quedaban unas cuantas cuadras. Para peor, muchas calles tenían el acceso cerrado debido al concierto.

Decidió dejar el auto en un estacionamiento que divisó a cincuenta metros.

Tomaría un taxi esperando que la dejara lo más próxima posible al estadio. Luego tendría que caminar.

Llegó veinte minutos tarde. Podría haber sido peor.

Se acercó al primer guardia y presentó la credencial. Este habló por *walkie-talkie* y luego de un intercambio breve la dejó pasar. Eso mismo sucedió tres veces más hasta que arribó, mediante las indicaciones adecuadas, a la puerta final. Ahí no fue necesario mostrar nada, la hicieron pasar como si la estuvieran esperando.

Un muchacho de gorra con visera y camiseta varios talles más grande la acompañó hasta un tráiler ubicado en la playa de estacionamiento del estadio.

Se despidió amablemente y desapareció.

Y allí se encontraba ella, en medio de un aparcamiento desierto, frente a un enorme tráiler de color negro.

Se sintió como en una cámara oculta. Y experimentó un pánico atroz.

Golpeó a la puerta y esperó.

Unos segundos después esta se abrió. Ahí estaba él.

Hermoso. Con una camiseta blanca ajustada y jeans negros.

De su cuello colgaba la chapita que ya le había visto antes. Era como las que usan los soldados, con cadena de bolitas plateadas.

Larson la miró y sonrió.

—Llegas tarde —le dijo mientras la hacía pasar.

A Lola le causó mucha ternura que se preocupara por la hora de llegada.

—Tuve inconvenientes con el tránsito —contestó.

Subió los dos escalones y le dio a Larson un beso en la mejilla. Él pareció sorprenderse.

Se le venía por delante una fluida conversación en inglés. Después de tanto tiempo podría aplicar sus años de estudio en el Cambridge Institute.

—Estás muy linda.

—Gracias. Tú también. Te ves tan relajado... ¿No te pones nervioso antes de los *shows*?

—No, la verdad que no. Pero hace cinco minutos me consumía de nervios, solo de pensar que tal vez no vendrías. Ahora ya estoy tranquilo. —Le sonrió con esa sonrisa franca de la serie de TV. Esa sonrisa que en su casa la hacía suspirar, y allí, en persona, simplemente la hacía desfallecer.

—Me siento rara.

—¿Por qué?

—Yo no soy así, no es normal que haga estas cosas. Ni siquiera nos conocemos...

—Ya me darás el tiempo para que te conozca mejor, y que tú sepas como soy yo, ¿verdad?

Y sin esperar a que Lola respondiera, la tomó entre sus brazos y la besó. Estaba claro que no quería perder el tiempo. Pero a Lola mucho no le importó. Se sentía totalmente entregada.

Fue un beso dulce, lento y sensual.

Sus manos recorrían la espalda de Lola, los brazos, la cintura.

Ella se dejaba guiar, como si fuera inexperta en el arte de besar.

Larson separó sus labios de ella y la miró a los ojos.

—Necesitaba continuar lo que dejamos inconcluso el otro día.

—Yo...

Y la volvió a besar. Lola estaba totalmente abrumada.

—Eres realmente hermosa —le susurró.

—Tú también —contestó Lola casi sin pensarlo.

A Larson le causó gracia su respuesta. Le gustaba que ella fuera tan directa. Sin rodeos.

Se sentía electrizado a su lado, como si lo hubiera cubierto con un manto invisible que lo recubría por completo.

La aprisionó entre sus brazos y Lola respondió sin miramientos. Se entrelazaron en un beso profundo y la bomba de la pasión explotó sobre ellos.

Cayeron sobre un amplio sillón de cuero oscuro.

Le quitó la chaqueta y el *sweater* casi al mismo tiempo. La ajustada remera negra se pegó a la blanca de él.

Y fue un mar de manos entremezcladas, que iban y venían como olas sobre la playa.

—Te deseo, quiero hacerte mía —le dijo Larson al oído.

—Hacé lo que quieras —le contestó Lola en español.

Como si le hubiera entendido, la levantó entre sus brazos y la llevó hasta la parte trasera del tráiler, que estaba ocupada en su totalidad por una enorme cama llena de almohadones.

La apoyó sobre esta y comenzó a desprenderse los botones del pantalón.

Ella lo ayudó a quitarse la camiseta.

Por Dios, qué bello era dentro de ese bóxer ajustado. Creyó dejar de respirar por un momento.

Él quiso ayudar con el jean de ella, pero al bajarlo quedó atorado con sus botas.

En un rápido movimiento, Lola se deshizo de todo: botas, medias y pantalón.

Quedó al descubierto con su *bombachita* de color rosa, aunque todavía tenía la remera puesta.

Él no se la sacó, sino que se la levantó, dejándola enrollada por encima del sostén de puntilla rosada.

Recorrió sus pechos con pequeños besos mientras sus manos acariciaban el cuerpo tembloroso de Lola.

Comenzó a descender, besándole las costillas, el ombligo, y recorriendo con la lengua el borde de la bikini.

Unos leves quejidos salían de la garganta de Lola, algo que enloquecía a Larson.

Levantó el sostén y comenzó a lamer, besar, succionar.

Un placer incontenible se apoderó de ella. Una sensación desesperante que solo pedía más y más.

Tomó los glúteos de Larson y los apretó contra la ingle.

Él también pareció desesperar. Subió hasta la boca y entrelazó su lengua con la de Lola, quien con manos apuradas le bajó el bóxer.

Sentirlo desnudo sobre ella le produjo un goce indescriptible, y mientras él lograba manotear un condón de la mesita, ella se quitaba la bikini rosa.

—¿Puedo ayudarte? —le dijo con una voz casi imperceptible.

—Ya está —le contestó con voz ronca, y se colocó sobre ella.

Lola colaboró con su mano para que ambos se encontraran. Tocarle la conmocionó. Fue solo un

segundo. Y ahí estaba él. Dentro de ella.

Se movían acompasadamente. Viéndose y disfrutándose. Acariciando y vibrando.

Hasta que ella sintió que el mundo desaparecía y todo estallaba en mil pedacitos.

Cerró los ojos y tiró la cabeza hacia atrás.

Él pareció enloquecer con ese movimiento y de inmediato dio rienda suelta a su propio estallido.

Unos instantes más de gozo y la calma se apoderó de sus cuerpos.

Con cuidado, Larson se hizo a un lado y luego de deshacerse del molesto adminículo, la rodeó con su brazo por la cintura.

No hablaban. Solo se sentían, mientras sus respiraciones iban retornando a la normalidad.

Se miraron profundo. Algo en verdad increíble había pasado entre ellos.

Porque ambos, en su interior, habían descubierto que allí había sucedido algo más que sexo. Pero no podían explicar qué.

Un grito desde el exterior los volvió a la realidad. No, no otra vez...

—¡En veinte minutos a los camarines!

—Oh, no... No quiero irme de aquí —susurró Larson y acarició el cabello de Lola.

—Ven, vamos —respondió y lo instó a levantarse.

Se vistieron en silencio. Cada tanto se miraban y sonreían cómplices.

—Estar contigo me hace sentir maravillosamente —dijo él.

—¿No es el nombre de una canción? —le contestó graciosa.

—¡Eres cruel conmigo!

Lola lo besó tomando su rostro entre sus manos.

—Qué hermosa chica tengo —dijo Larson.

«¿Tengo?», se inquietó Lola, pero no dijo nada.

Salieron del tráiler. La tomó de la mano, y ella disfrutó el gesto.

Mientras caminaban, Lola calculaba cuánto mediría Larson. Podía preguntárselo, pero así era más divertido. Ella, con las botas puestas, quedaba a su misma altura, y si su estatura era de un metro setenta, la de Larson debía ser de un metro setenta y cinco más o menos. Era definitivo, no podría usar tacos muy altos con él... Pero ¿por qué cuernos estaba pensando esas cosas?

Larson la guió por la parte trasera del estacionamiento, y entraron en una serie de pasillos laberínticos.

¿Habría cámaras de seguridad? ¿Los estarían filmando? ¿Alguien estaría viéndolos?

Realmente no le importaba.

Doblaron a la derecha, luego a la izquierda. Atravesaron una puerta gris. Luego otro pasillo, y otra puerta. A esa altura estaba completamente perdida.

—¿Estás seguro de que es el camino correcto?

—Sí, porque aquí puedo besarte mucho sin que nos vean.

Y arrinconándola contra la pared, comenzó a besarla con pasión desatada.

Lola se dejaba llevar. Ese chico iba a acabar con ella, y se rio para sus adentros, porque el juego de palabras daba para otro significado también.

Las manos de Larson recorrían su cuerpo, que aunque cubierto por la ropa, temblaba con cada caricia que recibía.

Las respiraciones agitadas se mezclaban con la saliva de los besos.

Las lenguas exigían y daban.

Lola deseaba haberse puesto pollera. ¿Pero qué estaba pensando? No se reconocía a sí misma. Y sí. Quería que le hiciera el amor ahí mismo, contra la pared.

Cada centímetro de su ser lo deseaba, aunque acabaran de hacer el amor apenas un rato antes. ¡Qué insensatez! ¿Qué le ocurría?

A Larson pareció no preocuparle la dificultad del jean de Lola, porque en un movimiento veloz ya le había desabrochado y bajado el pantalón, y hacía otro tanto con el suyo.

La tomó de las caderas y la levantó levemente presionándola aún más contra la pared. Lola acertó a correrse la ropa interior en el instante en el que Larson, con un pequeño empujón, estuvo dentro de su cuerpo.

Soltó un gemido sutil que otra vez enloqueció a Larson, y empezaron un movimiento acompasado y febril.

En menos de un minuto ambos liberaban exhalaciones de placer en un gozo sincronizado.

Haber terminado juntos fue un premio inesperado para ambos.

Él aún la sostenía de las caderas. La soltó suavemente, y así, ambos con los pantalones en los tobillos, se abrazaron fuerte por un rato.

La besó en la frente, le acarició el pelo y la miró a los ojos.

«Por Dios, qué tierno es este chico, y a la vez qué excitante».

—Me quedaría así, aquí, para siempre.

—Yo pediría un poquitito más de comodidad, solo un poquito —dijo risueña.

—Sí, podría ser —contestó festejando la ocurrencia.

—Pero tienes un concierto que dar, y no debo retenerte más.

—No me retienes, soy yo el que no quiere irse —y mientras decía esto, ambos se acomodaban la ropa.

Volvió a tomarla de la mano.

—Vamos.

Lola todavía no podía creer lo que acaba de hacer. Lo que habían hecho ambos. Una completa (y deliciosa) locura.

Caminaron unos metros más, doblaron a la izquierda, y de pronto ¡ahí estaba todo el mundo! ¿Los habrían escuchado?

A nadie parecía importarle demasiado, hasta que apareció la misma mujer del otro día, preguntándole dónde se había metido y diciéndole que estaba retrasado. Y así, sin más, se lo llevó.

Él giró sobre su espalda mientras caminaba y le guiñó el ojo.

Lola sonrió y se acomodó la credencial, no fuera cosa que la echaran como antes.

En esta ocasión parecía ser la única invitada, ya que no veía a nadie más por ahí.

Estaba por dirigirse al sector que tenía asignado en su visita anterior (y que no había tenido posibilidad de usar), cuando apareció en escena el negro grandote.

—Hola —dijo Lola con una sonrisa.

—Hola, mi nombre es Mike. Estoy encargado de la seguridad de Larson.

—Ohhhh...

—Ven. Larson me pidió que te lleve a ver el *show* desde un lugar especial. Él vendrá pronto a verte. Me encomendó que te lo dijera.

—Muchas gracias, Mike.

—A tus órdenes.

Había un confortable sillón doble que se hallaba tan solo a unos metros del escenario, con vista directa a él. Eso sí que era un VIP, pensó Lola.

Se apagaron las luces. El *show* iba a comenzar con algo de retraso. Rio al evocar el motivo, pero se entristeció porque el grandote Mike le había dicho que Larson vendría pronto. Y nunca había llegado.

El concierto ya empezaba. Las máquinas de humo rugieron y la totalidad del escenario se cubrió de niebla.

Se oyeron gritos en todo el estadio.

Sonaron los primeros acordes y una voz melodiosa comenzó a cantar. Los gritos fueron más y más fuertes.

Se le erizó la piel. Era la voz de Larson. No la confundiría entre miles. También había reconocido la canción. La había escuchado cientos de veces.

Todavía seguía parada, por lo que se estremeció cuando sintió que la tomaban de atrás.

Se ladeó y... ¡ahí estaba! ¡Cantándole a ella!

Era un *show* para cincuenta mil personas, y él estaba ahí, a su lado, cantando para ella. Vocalizaba en el micrófono, pero Lola sentía que lo hacía susurrando en su oído.

Finalizó esa primera estrofa, dulce y suave, y la besó con ternura. Pero de pronto, dio un salto y ya estaba junto a los demás en el escenario.

Las luces se encendieron y los iluminaron. Comenzó la música a todo volumen, y los cuatro se lanzaron a cantar el estribillo, enérgico y alegre, provocando la euforia del público.

Lola viajaba en una nube. Vólabo alto y no había nadie que pudiera bajarla de esa leve flotación. Nadie.

O al menos así lo creía en ese instante.

El *show* pasó como una exhalación. Lola había perdido la noción del tiempo.

Al finalizar, todo fue confusión y corridas. Aparentemente, los chicos debían subirse a la camioneta que los conducía al hotel de inmediato, así como estaban. Era para evitar un desmán de las fans a la salida.

En contra de la voluntad del resto, Larson corrió a ver a Lola.

—Ven conmigo, por favor. —Sus ojos suplicaban.

Lola se enterneció, y al mismo tiempo el estómago se le hizo de piedra. No era posible. No se subiría con él a esa camioneta.

—Mañana viajo a Los Ángeles, y en unos días a Melbourne, Australia —le dijo con la intención de que se apiadara.

—¡A Australia! —respondió, mientras pensaba que todo se complicaba.

—Esta es mi última noche aquí, quédate conmigo —rogó.

Por detrás se escuchó un grito severo instándolo a salir de allí.

La miró nuevamente a los ojos, y al no encontrar respuesta, se quitó la cadenita que colgaba de su cuello y se la colocó muy despacio, como queriendo alargar el instante.

—¡Vamos, Larson, salimos ya! —Se volvió a escuchar.

La tomó entre sus brazos, acariciándole el rostro.

—Me hubiera gustado que vinieras conmigo.

Y la besó. Un beso corto pero extremadamente tierno.

Salió corriendo, y mientras se alejaba le gritó:

—Nos vemos pronto. ¡Lo juro!

Lola estaba en shock. Todo había terminado.

Se sentó en una butaca para tratar de recomponerse. Se había paralizado y no le había dicho nada. Ni una palabra.

Parecía estar sumergida en un sueño. Lo único que le demostraba que aquello había sido real era esa cadenita que ya colgaba de su cuello.

La tomó entre sus manos y la observó con detenimiento. Tenía grabadas una «L» y una «M», y del otro lado, más chiquito, las siglas «ILY».

«LM, ¡pero si son mis iniciales!». ¿Serían sus iniciales también?

ILY era la abreviatura de *I love you*[9], lo había escuchado antes. ¿Quién se la habría dado? En un instante los celos se apoderaron de su ser. Pero no importaba. La tenía ella. Ella era la nueva dueña de ese *I love you*.

Tomó el teléfono para buscar el apellido en Internet. Al encenderlo, vio que tenía cinco llamadas perdidas de Lorenzo.

¡Lorenzo! Lo había olvidado por completo. Debía haberlo llamado para encontrarse con él.

En ese momento se alegró. Se puso contenta por haberse olvidado de Lorenzo. Amanda hubiera dicho: «Es un muy buen síntoma». Y a pesar de lo confundida que se encontraba, logró sonreír.

Lo encontró en la primera entrada: Larson Mackenzie.

Confirmado. Larson y ella compartían iniciales. En realidad compartían mucho más que eso.

Tenía que llamar a Amanda.

En cuanto se subió al auto hizo la llamada.

—¿Te regaló una cadenita?

—Sí.

—Estás metida hasta el fondo, nena. Yo me hubiera ido con él en la camioneta.

—¿Cómo me iba a ir con él! No seas insensata. Era demasiado.

—Sí, tal vez esta vez tengas razón.

—¿Y ahora qué voy a hacer?

—¡Disfrutar de la vida!

—¿Cómo? En unas horas se va a Los Ángeles. Después viaja a Australia...

—Me dijiste que prometió que se volverían a ver.

—Sí, pero ¿qué seguridad tengo?

—Ninguna. Entonces, querida, a tejer como Penélope.

—¡Pero Penélope esperó a Odiseo veinte años!

—Ja, espero que tu espera sea menor, si no te voy a tener que aguantar yo.

A la mañana siguiente, Lola llegó a la oficina y tiró a la basura la taza de Lorenzo que decía «Te amo».

* * *

Algo le pasaba a Lola, se decía Lorenzo.

La había notado rara, distraída. Y encima no atendía sus llamadas.

¿Estaría saliendo con alguien? Lo dudaba.

Tal vez tenía algún lío en el trabajo. Como fuera, lo averiguaría pronto. Tenía que verla a como diera lugar.

La llamó. Estaba en la oficina.

—Loli, como te dije, necesito verte.

—¿Pasa algo, Lorenzo? Me quedé un poco preocupada —mintió.

«¡Sí! Se había preocupado», pensó Lorenzo. Después de todo, la estrategia empezaba a resultar.

—No pareció, te llamé varias veces y no me respondiste las llamadas.

—Sí, estuve mal, es que me había quedado sin batería. Y ahora ando a las corridas acá en el trabajo —mintió nuevamente.

—Está bien. Pero quedate tranquila que no pasó nada malo. Solo que necesito que hablemos. Por eso vine a Buenos Aires. Tenía que hablarte en persona. ¿Podés hoy?

—Hoy tengo un curso y llego tarde —mintió otra vez—, pero mañana podría ser.

—Bueno, dale. Te paso a buscar a las ocho y media por casa —omitió adrede decir *tu* casa.

—Sí, nos vemos.

—Chau, Loli.

—Hasta mañana.

Había logrado mentir sobre esa noche, pero solo extendió lo que era inevitable. Lo vería al día siguiente. Amanda lo reprobaría, así que mejor no le decía nada y se ahorra una discusión con su amiga.

* * *

Pasó a buscarla con su coche nuevo. Había venido del Uruguay con el auto porque odiaba manejarse en taxi.

Fueron a cenar a un lugar carísimo. Así había sido siempre con Lorenzo.

Hablaron de nimiedades, del trabajo, de las vacaciones que Lola había hecho en el Caribe.

—Yo todavía no me tomo vacaciones. Las últimas fueron las nuestras a Las Leñas el invierno pasado.

—Deberías. Las vacaciones te relajan. Si pudiera me tomaría vacaciones más seguido.

—Si no tuvieras un jefe tan explotador...

—Mi jefe es un santo. No puedo quejarme. Pero hay mucho trabajo en la empresa.

—Definitivamente ahí te explotan.

—Yo no lo siento así, son muy buenos conmigo. —Y pensó en las licencias que se había tomado los últimos días.

—No sabés las posibilidades que hay allá en Montevideo. La mayoría de las empresas son argentinas, y no hay muchos abogados que entiendan cómo se mueve la cosa acá, así que el trabajo brota por entre los adoquines.

—Nunca podría irme de mi país. No me veo viviendo en otro lado. Yo pertenezco acá —sentenció.

—Solo es cuestión de ponerlo en perspectiva... Loli...

«¿Por qué sigue diciéndome Loli?». Empezaba a detestar ese trato condescendiente.

—... vine porque me gustaría que reconsideremos lo nuestro.

«¿Lo nuestro?».

—Todo fue muy precipitado. No me digas nada. Yo me mandé una tremenda cagada, lo sé, y no sabía de qué manera podía enmendarlo. Por eso me fui. Además, con eso te habrás dado cuenta de que no tenía nada con esa mujer.

—Sufrió mucho todo este tiempo, Lorenzo. —No podía creer lo que estaba escuchando decirle tan campante.

—Lo sé, lo sé y me duele. Y aunque no lo creas, yo también. Pero teníamos algo, Loli...

«Otra vez con Loli». Ya no lo soportaba.

—... era muy fuerte. ¡Yo te extraño tanto!

—Pero algo se rompió. No podemos hacer como que no pasó.

¿Por quién la estaba tomando? ¿Acaso se creía que lo estaría esperando con los brazos abiertos?

—No te pido eso. Te pido una chance. Para probar. Yo puedo instalarme acá en Buenos Aires y manejar las cosas a la distancia. Debería viajar seguido a Uruguay, claro...

—En este momento estoy con otras prioridades. Tengo una oportunidad en el trabajo, y quiero concentrarme en eso —le rebatió aunque no fuera cierto.

De pronto se daba cuenta de que no le costaba mentirle a Lorenzo. Punto para Lola.

—¿Al menos nos podemos ver? ¿Cada tanto?

—Sí, Lorenzo. Claro que nos podemos ver.

Por el momento, él se conformaría con esa respuesta.

Debía hacer un trabajo fino, lo sabía. Pero Lola estaba ahí, frente a él, aceptando seguir viéndose.

Lo que no se imaginaba era que Lola tenía otros planes que no lo incluían.

Y Larson era la causa.

Martín no dejaba de pensar en ella.

Milo decía que la porteña lo había embrujado. Tal vez fuera cierto. Lola irradiaba algo que lo había atrapado.

Xavi insistía con que su viejo amor había retornado a su corazón, y sería difícil sacarlo de allí. Era verdad. Estaba, sin remedio, enganchado otra vez.

Se sentía feliz a su lado, pero no sabía lo que Lola quería en realidad. Entendía el asunto de que viniera de una situación complicada, repentina. La de él mismo había sido difícil de superar.

Pero ¿cuánto debía esperar? Pronto iba a cumplirse un año de la separación de Lola. Era tiempo de que por fin soltara sus temores y se abriera de nuevo al amor.

Ella le había contado acerca de *la circunstancia*, y él comprendía el rechazo que podía ocasionarle volver a una relación, y confiar. Era entendible que se sintiera temerosa. Pero él estaba ahí, para mimarla, cuidarla, y darle todo lo que alguna vez no supo brindarle.

¿Lo aceptaría? ¿Le daría la oportunidad que perdió cuando eran más jóvenes?

Soñaba con tener una familia, hijos corriendo alrededor y una mujer a quien amar por el resto de la vida.

¿Querría Lola lo mismo? Y si lo quería, ¿podría pensar en él como alguien posible para ello?

Le escribiría y se sinceraría como no pudo hacerlo cuando estuvo en Buenos Aires.

Tenía unos ahorros, y si ella le daba pie, solo un poco, volvería a viajar para la Navidad.

No la perdería nuevamente.

* * *

Melbourne, Australia.

—Él padece algún tipo serio de trauma. Ha generado una fijación con la chica argentina.

—Ya no le interesa salir, ir a fiestas, conocer muchachas. Es como si lo hubieran cambiado por otro.

—Además, cada cuatro palabras que nos dirige, una de ellas es...

—¡Lola!

—Exacto. Que los ojos de Lola, que la canción que más le gusta a Lola, que cuando Lola le

dijo...

—Gente, ¿se pueden tranquilizar? ¿Ninguno de ustedes se enamoró alguna vez? —preguntó su mánager.

Los tres jóvenes se miraron entre sí.

—Oh, una lástima. Bueno, quiero anunciarles que su amigo Larson está enamorado.

Miradas una vez más.

—¿Por eso se comporta tan extraño?

—¿Podemos remediarlo? ¿O ayudarlo? ¿O algo?

—Solo una persona puede solucionar este embrollo. Y será mejor que actúe pronto —aseveró el mánager del grupo.

—¿Hablarás con él?

—No. Haré algo mucho más productivo —resolvió sin rodeos.

Dos días después, el correo dejaba una nota en casa de Lola.

* * *

Lola regresaba tarde luego de una ajetreada jornada laboral. Ya era de noche y estaba cansada. Las calles lucían prácticamente desiertas.

Comería unas tostadas con queso y se iría a la cama. No. Primero tomaría un baño. Necesitaba una ducha caliente para relajarse.

Abrió la puerta de su departamento y vio la nota en el suelo, estoicamente custodiada por Pipo.

Acarició a su gato en la cabeza y la levantó. Era del correo. Una carta certificada, que debía retirar en la sede más cercana a su casa.

¿Dónde sería eso? Nunca había recibido ese tipo de correspondencia. Al día siguiente lo averiguaría desde la oficina. En ese momento necesitaba descansar.

* * *

Llegó cinco minutos antes de que cerraran la oficina postal. Andaba apurada, como siempre en los últimos días.

Se quedaba horas en la oficina con la vista perdida, volando con la mente a latitudes lejanas. Luego se daba cuenta de lo retrasado que estaba su trabajo y debía permanecer después de hora o llevarlo a casa.

Presentó su identificación en la ventanilla junto con el acuse. Al cabo de unos segundos que parecieron eternos, el empleado regresó con un paquetito. Era del tamaño de un sobre, pero parecía una cajita.

Lo tomó y firmó la planilla.

¿Lo abriría ahí mismo? No. Esperaría a llegar al coche.

Una vez dentro del automóvil, lo tomó y lo observó. Tenía un remitente con letras y números. Sería algún tipo de codificación del origen.

Instintivamente, apretó la chapita que colgaba de su cuello.

Lo abrió. Había otro sobre adentro. Abrió el nuevo sobre, esta vez con más cuidado que el que aplicó con la cajita.

Y entonces apareció ante sus ojos algo que nunca hubiera imaginado. Era un pasaje de Emirates Airlines para viajar a Melbourne vía Dubái.

¿Podía ser posible? Larson estaba allí.

Junto al pasaje había una nota adjuntada con un clip.

We hope can travel.

We will be waiting at the airport.

Your stay, food and other necessities are already covered.

Just have to decide to come here.

Best regards,

J. P. Baker, Invisible Music, Manager[10]

¡Por el amor de Dios! ¿Qué era todo eso?

La estaban invitando a viajar a Australia. Pero no Larson, sino el de la discográfica. ¿Estaría Larson enterado de todo aquello?

Pronto cumpliría años. Ya lo había averiguado en la web. ¿Acaso sería una sorpresa de cumpleaños? ¿Y por qué *ella* sería la sorpresa? ¡Qué tonterías!

Revisó la fecha del pasaje. Faltaban tres días.

Llegaría la noche anterior al día del cumpleaños de Larson. Estaba claro que su viaje tenía que ver con eso.

Lo raro era que el mánager le hubiera mandado la nota, y no él mismo.

¿Habría algo que ella no sabría? No tenía forma de averiguarlo. En Internet ni siquiera aparecía que estaban en Melbourne. Como si hubiera sido un viaje de incógnito del grupo.

En ese momento otro pensamiento se le cruzó. Larson cumplía veinticinco años, y ella por varios meses más tendría treinta y cuatro. ¡La brecha de edad se achicaba! Bah... ¿a quién engañaba?

¿Por qué pensaba todas esas pavadas? «No, no son pavadas», se tranquilizó. Lo que tenía que pensar en ese momento era qué cuernos iba a hacer.

Primero llamaría a Amanda. Esta situación requería una reunión de emergencia.

Luego de hablar, Lola se fue para lo de su amiga. Por suerte ya estaba en su casa, si no, la hubiera esperado. Esto era megainportante.

—¡Guau! ¡Australia!

—¿Estoy loca, no?

—A ver, Lolita querida, si ponemos un poco las cosas en perspectiva. Te llega una invitación. Te mandan un pasaje. Te dicen que está todo pago... ¿Y pensás que estás loca por aceptarlo? Yo

me pongo contenta si me invitan a cenar... ¡A vos te están invitando a otro país! ¡En la otra punta del mapa!

Amanda gritaba y gesticulaba.

¿Por qué ella no podía tomarse las cosas así? Todo lo prejuizaba y lo analizaba una y mil veces.

En momentos como ese deseaba ser un poco como Amanda.

—¿Ya sabés lo que vas a llevar? Allá es igual que acá, ¿no? Casi primavera.

—No pensé nada todavía. Solo pensé en llamarte.

—¡Amanda al rescate!

—Sí, la verdad que sí. No sé qué haría sin vos.

—Morirte de aburrimiento, está claro. Vamos a tu casa, tenemos poco tiempo.

Amanda arregló unos asuntos con su madre, se despidió del pequeño Joaquín y salieron.

Ya en lo de Lola, revisaba su ropero.

Separó dos jeans, una pollera corta, una no tan corta, un pantalón negro y un vestido. Varias remeritas de distintos colores, dos blusas, una camisa (¡qué linda esa camisa de corazoncitos!).

Abrió el cajón de la ropa interior y se horrorizó.

—¿Pero qué es esto?!

—Mi ropa interior, ¿no ves?

—Sí, lo estoy viendo, por eso pregunto.

—¿Qué tiene?

—¿Cómo que qué tiene? ¡Esto es un espanto! ¡Solo dos conjuntos como Dios manda! Este rosadito y el negro de encaje... que está con la etiqueta. ¿Nunca lo usaste?

—El de color rosa lo estrené el otro día. *Ese* día.

—¡Menos mal! Igual, yo me hubiera puesto el negro.

—No quería ser tan obvia.

—¿Tan obvia? Por Dios, Loli, ¡te invitó a su tráiler! ¿Acaso tenés quince años?

—No. Tengo bastante más del doble y no quisiera que me lo recordaras.

—Está bien. Perdón. Salteemos esa desafortunada pregunta. Pero ¿qué te pensabas que estaba pensando este chico cuando te dijo que fueras dos horas antes?

—Volvemos a las alusiones de la edad. Te recuerdo que no es ningún *chico*.

—Como sea. Dos horas antes. ¿Te suena? ¿Turno de hotel...? Es un estándar.

—¡Ay, Mandi! No me digas eso, me hacés sentir mal.

—Tendrías que sentirte mal si hubieras hecho algo malo. Hasta lo que sé no hiciste nada fuera de la ley. Y encima la pasaste bomba.

—Bueno, yo soy así. Ojalá fuera tan desprejuiciada como vos...

—Ahora la santurrona se arrepiente de haberse curtido al potrazo.

—No, no me arrepiento. Fue algo increíble... Pero tengo miedo de que piense que soy una cualquiera. Y para colmo su *mánager* me *paga* por mis servicios enviándome un pasaje... ¡Voy a

llorar! ¿Por qué tiene que ser todo tan difícil?

—Callate, no seas tonta. Vos vas a viajar y listo. Te invitaron, no te están pagando por nada. Además suponemos que Larson no sabe, ¿no es así? Allí podrás aclarar con él todo lo que sea necesario que se aclare.

—Tenés razón. No le debo nada a nadie. Es una invitación que estoy aceptando. Después de todo, allá puedo hacer, o no, lo que yo quiera.

—Más vale que hagas, si no hacés nada ¡te ajusticio con mis propias manos!

—¡Amandaaa! —la retó—. Pero no va a ser necesario, si cuando lo veo me derrito como una vela. Surte un efecto instantáneo en mí... estoy en la ruina. Es la primera vez que no puedo decir que no a nada. Y eso me confunde. Yo siempre tuve control de mí misma. Ahora lo perdí por completo.

—Le dijiste que no cuando quiso llevarte con él a su hotel. Ahora tenés que disfrutarlo. ¡Olvidate de pensar tanto! Y más te vale que mañana a la salida de la oficina te vayas a comprar una buena lencería. No, mejor voy con vos. Necesitás asesoramiento profesional. ¿Cuántos favores me debés ya? —Y rio contenta—. Eso sí. Te voy a sacar buena.

* * *

12 de septiembre

Hola, Lolín, ¿cómo estás?

Yo acá, en este lugar paradisíaco que no puedo disfrutar por tenerte lejos. Te estoy extrañando mucho, ¿sabés? Los días se hacen largos, y las noches, insoportables.

Cuando estuve allá no pude decirte esto, no sé por qué. Tal vez no quise asustarte, o presionarte. Pero la verdad es que no aguanto esta incertidumbre.

Quisiera que me dieras una oportunidad para poder estar juntos, compartir cosas, tiempo, cercanía.

Ya sé que puedo sonar cobarde por escribirte un *mail* y pensar que me puedas dar una respuesta. Pero si solo me dijeras que lo pensarás ya me quedaría contento.

Nuestro encuentro fue algo muy poco común. Y que hayas aceptado acompañarme al cumpleaños de mamá fue genial, y me hizo muy feliz. Me hubiera gustado haber compartido más tiempo. Aquel accidente en la fiesta arruinó esa posibilidad. Pero a veces las cosas salen así.

Quería contarte que tengo la posibilidad de viajar a la Argentina para las fiestas. Por lo que sé hay un fin de semana largo. De esos «puente» que le dicen, ¿no? Podemos organizar para irnos a algún lado. Me acuerdo que te gustaba el sur, y nunca concretamos ir juntos. Ahora podría ser nuestra oportunidad, ¿qué decís?

Aunque sea contestame que lo vas a pensar. Yo tengo unos días todavía para poder sacar el pasaje. Pero fin de año es una época complicada y hay que ser previsor, porque después no se consiguen vuelos.

Ojalá en tu respuesta reciba buenas noticias.

Beso enorme,

MARTÍN.

P.D.: ¿Te dije que te extraño un montón?

SEGUNDA PARTE

El arcoíris

*Andábamos sin buscarnos pero sabiendo
que andábamos para encontrarnos.*

Julio Cortázar

En un beso, sabrás todo lo que he callado.

Pablo Neruda

El avión comenzó a descender.

No la pasó bien en el vuelo. En su escala en Dubái algo había comido que le había hecho mal. Tenía náuseas y le dolía la cabeza. ¿O serían los nervios los que estaban traicionándola?

Como fuera, no era la mejor manera de llegar.

Por suerte la llevarían directo al hotel. Al día siguiente sería *el gran día*. Tendría tiempo para recuperarse. Eso esperaba.

Divisó su enorme valija roja a lo lejos. Se hizo paso entre los pasajeros que aguardaban junto a la cinta transportadora, y la tomó justo cuando empezaba a alejarse.

Casi una hora después de haber aterrizado, traspasó la puerta de salida.

Recorrió con la mirada los carteles de bienvenida. No tardó mucho en encontrar su nombre en uno de ellos. Levantó la mano y sonrió.

Un joven amable vestido con camisa blanca y pantalón negro le respondía el saludo. Tenía tez oscura y pelo bien corto. Podría ser indio o pakistaní.

Hablaba un correcto inglés. Tomó su maleta y marcharon hacia el automóvil.

A pesar de ser invierno aún, la tarde era algo calurosa.

—*The weather is crazy*[11] —dijo alegre el muchacho.

Ella sonrió, se quitó la chaqueta y se introdujo en el vehículo.

—*Will take us about forty minutes reach the hotel*[12].

—*Ok!* —respondió Lola.

Se acomodó contra el respaldo y se quedó dormida.

La despertó un golpe seco en la ventanilla.

El chofer le indicaba que habían llegado. Su maleta ya estaba debajo del auto y el muchacho le abría la puerta.

Lola le dio unos dólares que había llevado para las propinas y se despidió de su efímero conductor.

Le hubiera gustado disfrutar del trayecto entre el aeropuerto y el hotel, como lo había hecho otras veces que llegaba a un país desconocido. Pero su malestar había podido con ella. Una pena. Ya tendría tiempo de recorrer y conocer, o eso suponía.

Se presentó en recepción, donde le asignaron el cuarto y un botones la acompañó hasta la puerta

de este.

Habitación 914. Septiembre 14. Cumpleaños de Larson. ¿Una señal? No lo sabía. Nunca había creído en esas cosas. En un momento en que todo estaba fuera de su sitio, tal vez debía empezar a creer.

El botones le entregó la tarjeta magnética y se retiró tras la gratificación monetaria entregada por Lola.

Dentro del cuarto la esperaban un ramo de flores y un sobre.

Lo abrió y encontró una tarjeta.

Welcome!

We expect you, tomorrow at 12.30 pm

10th floor;

Park Hyatt Melbourne Hotel,

1 Parliament Square,

Parliament Place, Melbourne.

Note that is a surprise to Larson[13].

Así que era cierto. ¡Él no sabía nada!

De repente se puso muy nerviosa. No quería pensar en lo que pasaría al día siguiente.

Pero además estaba realmente cansada, aquí que se desvistió y se metió en la cama. No tardó en quedarse dormida.

Ya en la mañana se despertó de un sobresalto.

Observó a su alrededor tratando de reconocer dónde estaba. Y recordó. Miró su reloj: ocho y cuarto de la mañana. ¡Había dormido doce horas!

Pero se sentía bien. Se daría una ducha e iría a desayunar.

En recepción verificaría la ubicación del lugar donde se hospedaba Larson. Luego se cambiaría y partiría al ansiado encuentro.

El hotel era muy agradable. Había flores por todas partes. Y el personal parecía ser muy amable.

En el salón donde se servía el desayuno había unos amplios ventanales que dejaban admirar a la cosmopolita Melbourne.

Se sentó en una mesa pequeña junto a una de las ventanas. Tomó un café con leche, comió tostadas con mermelada y una copa de frutas.

Desayunar la cargó de energía, y ni vestigios había del malestar del día anterior.

Consultó en la recepción la dirección de su próximo destino. El hotel quedaba a tan solo cuatro calles de allí.

Subió a su habitación y desempacó.

Estudió las opciones para su vestuario. No sabía cuál sería el código de vestimenta de la fiesta.

Porque se suponía que asistiría a una. Estaba segura de eso.

Por la hora, mediodía, descartaría el color negro y la ropa muy formal. Tampoco iría en jeans, demasiado informal. Y los tacos aguja los guardaría para la noche.

Se decidió por la pollera de tafeta coral, la blusa color crudo con florcitas del mismo tono de la pollera, las botas de caña alta y el *blazer* tostado. Por suerte había llevado esa carterita que era exactamente del mismo color crudo de las botas. Estaba feliz con la combinación lograda.

La blusa era bastante transparente, así que eligió el conjunto de puntilla que era apenas más claro que el coral de las florcitas. Le agradecía a Amanda por tan buena elección para la ropa interior.

La cadenita que Larson le había obsequiado quedaba semioculta bajo la ropa. No combinaba con el atuendo, pero nunca se la había quitado, y no lo haría ese día.

Se maquilló con aspecto natural, aunque no escatimó en el rímel. Le resaltaba la mirada y el color miel de sus ojos.

Una pincelada de brillo en los labios y su perfume, con toques de jazmín y notas amaderadas.

Estaba lista.

Se miró por última vez en el gran espejo que cubría la puerta, y salió.

Ella no lo notó (iba demasiado ensimismada para ello), pero al cruzar el *lobby* de la planta baja, media docena de miradas la atravesaron como rayos de luz.

Estaba realmente bella.

Sacó los lentes de sol nacarados y se los colocó antes de salir al radiante mediodía de Melbourne.

El sol aún estaba algo perpendicular debido a la estación del año y no generaba problemas (lo último que deseaba era llegar transpirada), pero no quiso arriesgarse y caminó por la vereda de la sombra.

Se presentó en la recepción del hotel diciendo su nombre, y antes de que pudiera agregar algo más, le indicaron que la estaban esperando.

Subió con temor al décimo piso.

Cuando se abrió la puerta del ascensor, una cara conocida salió a su encuentro.

Era el grandote Mike.

—Bienvenida, señorita Lola, pase por aquí, por favor.

—¡Hola, Mike! ¿Cómo has estado?

—Muy bien, gracias.

Ella le sonrió amablemente. Lo siguió hasta un salón pequeño, decorado alegremente.

Allí salió a su encuentro quien se presentó como J. P. Baker. Se trataba de la persona que había orquestado todo aquello.

Lola le agradeció haberle hecho tamaña invitación, pero Baker se excusó diciendo que no era nada por todo lo que los chicos le daban a él. Le pareció haber notado que recalcaba especialmente la palabra *chicos*, pero siguió escuchándolo como si nada.

Él le explicó que traerían a Larson engañado, ya que no estaba al tanto de esa pequeña fiesta por su cumpleaños número veinticinco.

—Puedes ubicarte donde quieras, solo somos los que ves aquí.

Habría unas cuarenta personas en total. Algunas con copas en la mano, otras sirviéndose bocadillos de una mesa en el rincón más alejado.

Se oía música en el ambiente. En ese momento sonaba algo de David Guetta.

Todo estaba listo. Solo faltaba que llegaran los chicos, como había expresado Baker.

Se ubicó en un sector neutral. No quería ser el centro de atención. De todos modos, parecía que todos estaban en la suya y nadie había percibido su llegada.

Unos quince minutos más tarde se escucharon risas y voces.

Las luces se atenuaron al igual que la música.

Por fin hicieron el ingreso los cuatro integrantes de Simple Boys.

Lola se mantuvo apartada.

Todos salían al encuentro de Larson con gritos y cánticos al son del *Happy Birthday*[14]. Y un pequeño tumulto se formó alrededor del agasajado.

A Lola le temblaban las piernas. Verlo ahí, cerca de ella, era muy fuerte. Se estaba dando cuenta de cuánto lo había extrañado a pesar de saber tan poco de él.

Abrazos, palmadas y apretones de manos se sucedían mientras Larson agradecía y sonreía.

Ella los observaba a todos, y lo miraba a él. Tan bello. Con su camisa color tomate, su chaleco de traje gris y sus pantalones ajustados. Tenía una manera muy personal de vestir. Pero le quedaba bien. En realidad, todo le quedaba bien.

Se había cortado el pelo y no se le formaba el jopo hacia atrás, sino que tenía los pelos en punta, peinados hacia arriba. ¡Qué hermoso era! Se lo veía distendido y feliz, aunque en la mirada le notaba un dejo nostálgico.

Los saludos amainaron, el grupo se fue dispersando y la música volvió a sonar fuerte.

Lola vio que Brian lo tomó del brazo y lo empezó a conducir hacia donde se encontraba ella, mientras le iba diciendo algo al oído. Él prestaba mucha atención a sus palabras, y de repente miró hacia adelante.

La vio.

Todo a su alrededor dejó de existir.

La miró con una expresión que a Lola le hubiera gustado dejar registrada en papel fotográfico. Esas caras memorables que no se olvidan.

Ambos se acercaron. Lola temblaba. Le habló en castellano (en ese momento no podría haber articulado nada en otro idioma).

—Hola. Feliz cumpleaños.

Él comprendió perfectamente, pero no dijo nada.

La abrazó con tanta fuerza que Lola llegó a pensar que se quedaría sin aire.

Así, abrazados, le susurró al oído.

—Hola, mi amor.

A Lola se le aflojaron las piernas. Esa voz dulce hablándole al oído era más de lo que podía haber imaginado.

—Estoy emocionado de que estés aquí, conmigo. Esto es en verdad un cumpleaños feliz.

Se separó un poco de ella. Lola respiró una bocanada de aire, y cuando estaba a punto de decirle algo, él le estampó un beso en la boca.

Ahí. Delante de todos. No le importó que hubiera casi cincuenta personas a su alrededor. Para Larson no había nadie más que ella.

—¡Hey! ¡Hey! ¡Hey! —se oyó a Brian.

Lola sabía por Mica que él era su fiel y compinche amigo en la banda.

—Esperen a estar solos o nos pondremos celosos. —Y les guiñó un ojo—. No todos tenemos una chica tan hermosa como Lola a nuestro lado.

—¡Sal de aquí! —respondió Larson y lo empujó hacia el costado.

Brian la saludó con una reverencia y se alejó riendo.

Se miraron sin decir palabras. Sabían que el alocado amigo de Larson tenía razón. Tenían que esperar a estar solos. Necesitaban estar solos.

La gente conversaba y reía su alrededor. Todos parecían estar pasándola bien.

Con complicidad se dirigieron a una mesa para simular que comían y bebían.

Dejaron pasar un tiempo prudencial e iniciaron la maniobra de distracción. Cuando todos fueron a servirse el pastel recién traído, salieron de la mano con disimulo.

Mike, el grandote, los miró, y sumándose a esa complicidad, les señaló una puerta lateral.

En el hotel había unos cuantos reporteros. Debían ser cuidadosos. A Larson no le importaba, pero al representante del grupo seguro que sí. Y a Lola también.

No le interesaba aparecer en las revistas del corazón, con fotos robadas, sacadas de imprevisto. Luego venían los rumores, el acoso, la persecución de la prensa.

No. Ella no quería problemas.

Debían bajar diez pisos por las escaleras. Escaleras que por suerte en esos hoteles de lujo, absolutamente nadie utilizaba.

Luego tenían que trasladarse a pie las cuatro calles que los separaban del hotel donde se hospedaba Lola. Eso sería un problema. Larson debía camuflarse de alguna manera si quería pasar desapercibido.

Ayudados por el conserje del hotel, consiguieron una gorra y un par de lentes de sol. Sería suficiente.

Salieron por el estacionamiento (nunca usarían la puerta principal), y caminaron velozmente hasta la primera esquina.

Al verse seguros, el resto lo hicieron a paso normal.

—Te quedan lindos —dijo Lola, aunque la gorra no combinara con el atuendo y los lentes fueran un tanto exóticos.

—¿De verdad? Los voy a adoptar a ambos —contestó risueño.

Llegaron. Entraron de la mano. Nadie les preguntó nada.

Subieron a la habitación. Había una mezcla de tensión y felicidad en el aire que los acompañó los nueve pisos del trayecto en el ascensor.

Caminaron tranquilos hasta la habitación 914 conducidos por Lola.

Él señaló el número asombrado. Lola sonrió. Había pensado lo mismo el día anterior. La conexión que tenían era increíble. Hasta para las pequeñas cosas.

Entraron. Ella dejó su carterita y el *blazer* que traía en la mano.

Se sentaron en el borde de la cama.

Él le acariciaba la nuca, y a ella se le erizaba la piel.

Larson quería ir despacio esta vez y que todo fuera suave, lento.

Lola había cerrado los ojos y gozaba de las caricias. Pero quería más.

Ya había notado la delicadeza con la que la estaba tratando y lo disfrutaba. Pero su cuerpo ansioso se negaba a esperar.

Él se agachó. Con extrema suavidad bajó el cierre de su bota derecha. Al ser de caña alta se demoró un rato en la maniobra. Hizo lo mismo con la izquierda.

Mientras se incorporaba fue recorriendo con sus dedos las piernas largas y suaves de Lola.

¡Cómo estaban disfrutando aquello!

Volvió a sentarse, y con mucha lentitud le fue desprendiendo los pequeños botoncitos de la blusa, hasta dejar su torso al descubierto. La cadenita brilló en el centro del pecho. No dijo nada, pero su corazón se regocijó.

El encaje color coral del sostén contrastando con la piel blanca de Lola lo enardeció. Pero guardó la calma.

La hizo parar y darse vuelta.

Bajó el cierre de la falda y la deslizó con cuidado.

La bikini apenas cubría el trasero parado y perfecto de Lola.

Ahora sí Larson estaba en la gloria.

La volteó. Lola sonrió tímida.

—Me siento expuesta. Yo estoy casi desnuda y tú sigues vestido.

—Eres la mujer más hermosa que vi en toda mi vida. —Ella le negó con la cabeza mientras él la tomaba de la cintura.

—¿Puedo? —preguntó trémula.

Él asintió.

Deslizó el chaleco por detrás de la espalda. Le quitó la camisa tomándose su tiempo con cada botón.

Ella seguía parada frente a él, que permanecía sentado en la cama.

Jugueteó con su torso desnudo. Cuando él empezaba a acelerar su respiración, bajó hasta sus pies y quitó zapatos y medias.

Ahora vendría lo mejor, pensó divertida.

Lo hizo parar, y, arrodillada, desabrochó su pantalón. Lo bajó lentamente manteniendo su cara a la altura de su miembro.

Aunque no aguantaba más, lo hizo esperar un poco. En realidad no sabía si era ella la que lograría aguantar.

Recorrió con el dedo el borde de su bóxer negro.

Lo tomó de la cadera con ambas manos y comenzó a besarlo sobre la tela.

Él lanzaba quejidos de placer. Ya era hora de dejar el juego.

Se levantó y pasó sus manos por su espalda. Él la tomó de la cintura y la apretó contra sí. Quería besarla ya.

Ella respondió con el mismo arrebato.

Cayeron sobre la cama, y a partir de ese momento todo fue una gran confusión de manos, lenguas, saliva.

Se despojaron de las últimas prendas con desesperación. Después de todo, el deseo les ganó la pulseada.

Ella se colocó arriba y comenzó su danza al compás de él.

Se miraban, se deseaban, se amaban.

Sí. Claro que se amaban. No quedaban dudas.

Unos movimientos más y ambos se transportaron juntos a otra dimensión.

Cuando regresaron, no quisieron separarse. Y así se quedaron un largo rato.

Sin hablar. Solo así. Ella arriba y él abajo, todavía dentro suyo.

Cuando sintió que ya era tiempo, se corrió a un costado sin dejar de abrazarlo.

Él la rodeaba con sus brazos, y seguía con los ojos cerrados.

Ella le mordisqueó la oreja y él se rio.

Luego él le hizo cosquillas y ella lo disfrutó.

Había algo que Lola quería decirle, pero no sabía cómo.

Finalmente se quedaron dormidos.

Cada uno en su sueño, deseando que el mundo acabara allí, en aquella habitación de hotel.

Larson despertó primero. Ya estaba atardeciendo.

Habían pasado varias horas.

La miró. Aún dormía. Algo muy dentro de él le decía que amaba a esa mujer.

Decidió hacer un par de llamadas.

Primero, a su agente. Le pidió que le enviaran algo de ropa y otros efectos personales a su nueva ubicación.

Además, debía avisar a J. P. que se quedaría allí. Aunque estaba seguro de que conocían su paradero a la perfección.

Habían convenido de antemano un descanso laboral, por su cumpleaños, que se extendería hasta el día siguiente. Y no pensaba regresar a su hotel, teniendo a Lola ahí.

Luego, llamó a la recepción para avisar que en la habitación se alojaría un pasajero más. Pero todo ya había sido arreglado de antemano. ¡Este J. P. era tremendo!

—Tenemos registrados al señor y la señora Montiel en la habitación 914.

—Gracias. Como mi esposa llegaría antes que yo, no estaba seguro de que hubiera quedado claro.

—Está todo en orden, señor Montiel.

—Muchas gracias de nuevo. —Y colgó.

La situación le causó gracia. Y no le molestó en absoluto.

Era el turno de preocuparse por ellos dos. ¡Debían comer algo!

Volvió a la cama y empezó a darle a Lola pequeños besos en la espalda, el hombro, el cuello, hasta que logró despertarla.

—¿Tienes hambre? Pidamos que traigan algo de comer a la habitación.

—Magnífica idea. Quisiera darme una ducha antes de la cena.

—¿Qué te gustaría comer?

—Elige por mí. Tengo tanta hambre que podría comer una piedra. —Larson rio con su ocurrencia.

En otra ocasión hubiera sido muy quisquillosa para elegir qué comer, hoy no le importaba.

—Y cuando vuelva quisiera que hablemos de algo —dijo resuelta.

—Ok —respondió él algo intrigado.

Lola se metió en el baño mientras escuchaba cómo Larson hacía la solicitud al servicio de habitación.

El cuarto de baño era grande y estaba compartimentado. Dos lavabos sobre una gran mesada de mármol separaban, de un lado, el baño propiamente dicho, y del otro, con cerramiento de vidrio translúcido, la ducha.

Abrió el grifo y se introdujo. El agua tibia sobre su piel le resultó agradable.

No se esperaba lo que vendría después.

Larson se metió con sigilo en el cubículo de la ducha y la atrapó adentro.

Ese momento de suma intimidad avasalló a Lola.

Nunca antes había pasado por una situación así. Su relación de años con Lorenzo había tenido ciertos pasajes eróticos e incluso algún que otro lugar exótico donde habían hecho el amor. Pero la ducha no se encontraba entre ellos.

Mientras todos estos pensamientos se cruzaban por su mente, Larson no perdía el tiempo.

La había aprisionado contra la mampara, y ella sentía en su cuerpo la ambigüedad del frío del vidrio por delante, y el calor del agua en su espalda, al mismo tiempo que enloquecía con los besos y caricias que Larson le propinaba detrás de ella.

«¿Acaso lo haremos aquí mismo?».

Sí. Lo harían ahí, bajo el agua de la ducha.

Fue rápido. Ella no llegó a disfrutarlo por completo. Pero no le importó. Se sintió sexy por haber hecho el amor en ese lugar. Y se enterneció porque él descubrió que había terminado antes de lo adecuado, y le pedía disculpas.

Lola lo abrazó, y lo mimó. Quería mostrarle que estaba todo bien.

Lo enjabonó y le lavó la cabeza, y él hizo lo mismo con ella. Disfrutaron mucho el bañarse el uno al otro.

Otra experiencia única se sumaba a la lista. Experiencia que había sido nueva para ambos, aunque ninguno sospechara que lo había sido para el otro.

Salieron. Ella tomó las toallas y cuando fue a envolverlo notó una cicatriz que cruzaba su espalda y lo rodeaba, llegando a la parte baja de la cintura.

—¿Qué es? —le dijo, acariciando el recorrido.

—Nada. Algo que me hice cuando era pequeño —comentó esquivo.

Tomó la toalla y se alejó. Ella respetó su silencio y no indagó más, ya le contaría cuando estuviera listo.

Se estaban terminando de secar en el momento que llamaron a la puerta. Había llegado la comida, justo a tiempo.

Se colocaron las batas y Larson ofició de mesero, sirviendo la cena para ambos.

Había pollo, ensalada de papas, una cazuela con zanahorias diminutas y una canasta con

tostadas.

—¿Sabes? —dijo Larson mientras saboreaba un trozo de pollo frito—. He estado con algunas chicas muy bonitas. —Lola frunció el ceño—. Pero luego, cuando el maquillaje desaparecía, la belleza se iba con él. En tu caso es exactamente al revés. Eres mucho más hermosa así, al natural.

Lola casi se atraganta con la tostada de la emoción por el piropo que acababa de recibir. El asunto de la cicatriz había sido olvidado.

—Es muy lindo lo que me estás diciendo. —Y le acarició el dorso de la mano.

«¿Qué más se le puede pedir a la vida?», pensó feliz.

Habían terminado de cenar, y se recostaron en la cama.

Larson apoyaba la cabeza en el torso de Lola.

—¿De qué me querías hablar antes de que fuéramos a la ducha?

—¿Fuéramos? Yo fui a la ducha. Y tú me apresaste sin que pudiera liberarme de tus garras —le dijo haciendo un ademán de ferocidad.

—No te vi muy enojada...

—No lo estaba. Es solo que... es la primera vez que hago eso.

—¿Qué cosa?

—Hacer el amor en la ducha.

Él la miró sorprendido y por dentro una especie de dicha le llenó el pecho.

—¿Me creerías si te dijera que para mí también fue la primera vez?

De pronto la sorprendida era Lola. Y sintió un regocijo en su interior.

—Será nuestro secreto. —Y le sonrió complacida.

—Bueno, y ahora sí debes decirme lo que querías que hablemos antes de que fueras a la ducha y yo te retuviera involuntariamente allí.

—¡No fastidies! En serio. Hay algo de lo que tenemos hablar. Y creo que deberías estar interesado al igual que yo.

—¿Qué? ¿Qué, Lola?

—La primera vez que estuvimos juntos, te cuidaste. Usaste un condón. Bueno, cuando pasó aquello en el pasillo, detrás del escenario, fue un arrebató, y no usamos nada.

Antes de que Larson fuera a decir algo, Lola lo atajó.

—No te preocupes, yo tomo píldoras anticonceptivas, aunque estoy separada hace casi un año. —Eran menos de nueve meses, pero Lola lo magnificó—. Las sigo tomando por un tema hormonal. Nada serio, pero sinceramente no sabría explicártelo en inglés. El tema es el otro...

—Sí, sí. Ya lo sé. Se me pasó por la cabeza. No creas que soy un inconsciente. Antes de salir de gira nuestro mánager nos hizo hacer el test del VIH. Lo repetimos cada seis meses. Salió todo bien. Y tú fuiste la primera después del examen. La verdad nunca me preocupé por eso.

—Para que te quedes tranquilo, yo también lo tengo. Mi separación fue un poco... repentina. Descubrí a mi esposo con otra mujer. Me dio mucha impresión así que corrí a hacerme los análisis. Demás está decir que esa fue la causa de nuestra ruptura.

Larson estaba conmovido por lo que acababa de escuchar. «Pobre Lola, lo que habrá sufrido», pensó.

Lola continuó.

—Lo siento, tenía que preguntar.

—No te preocupes, es entendible. Yo debería haberme preocupado también. Es que como te considero una especie de ángel que se cruzó en mi camino, nunca dudé de ti.

—No te rías de mí.

—Te juro que no lo digo en broma. Hay algo que no puedo explicar... una especie de conexión, no lo sé. Siento como que te conozco, aunque casi no sepamos nada el uno del otro.

Lola recordó sus sueños previos a conocerlo, tan vívidos, pero no dijo nada. En cambio, alegó la teoría de Amanda.

—Mi amiga me dice que fue Cupido. Está totalmente convencida de eso.

—¿Le hablaste a una amiga de mí?

—¡Por supuesto! Me hubiera muerto si no. Además necesitaba a alguien en quien confiar mis dudas.

—¿Dudas acerca del viaje? Adoro a tu amiga si ella te convenció.

—Acerca del viaje y de todo. Tenía tantos miedos... A que pensaras que era una de esas chicas fáciles. A que tu agente me estuviera *pagando por mis servicios*. A que solo fuera un juego para vos. Y estabas en tu derecho de pensar lo que quisieras, ni siquiera yo me reconocía, haber hecho lo que hice... sin conocerte, creo que fue un rapto de locura. Pero mi amiga Amanda me tranquilizaba, y me convenció con esa cosa de Cupido. Y yo me lo quise creer también.

Lola no podía dar crédito a que se estuviera sincerando de esa forma.

—¿Cuántas tonterías! Nunca hubiera pensado nada malo. De verdad. Es que tampoco hiciste nada malo. Todo lo contrario. —Sonrió y le pellizcó la nariz.

—Además, está la diferencia de edad...

—¿Diferencia de edad? ¿Cuántos años tienes?

—¿Cuántos parezco?

—Veamos... por ese trasero hermoso te diría que no más de dieciocho. Pero siendo realistas... debes tener veintiséis... tal vez veintisiete. Aunque necesitaría más información. ¿Cuántos años estuviste en pareja?

—Ocho.

—¡Oh! ¿Acaso estabas en la preparatoria?

—Ojalá, pero no. Espero que no salgas corriendo porque me partirías el corazón. Tengo treinta y cuatro.

—Bueno, señores, estoy compartiendo mi cama con una ancianita... ¡Ja, ja, ja! De verdad, no me preocupa en lo más mínimo. Además, seguimos siendo de la misma década.

—Por poco...

—¿Sabes? Mi mamá también le llevaba varios años a mi papá. Creo que nunca se preocuparon

por ello mientras estuvo viva.

Y al decir esto su voz se quebró un poco, pero modificó el tema de la conversación rápidamente, y no le dio tiempo a Lola de reaccionar sobre lo que había dicho.

—Quiero que vayamos a mi casa, al rancho que tiene mi padre en Texas. Me gustaría que lo conocieras.

Lola respondió con una broma para disimular la conmoción que acababan de generarle esas palabras.

—¿Así que eres vaquero?

—Soy vaquero —dijo orgulloso y sonriendo.

—Lo disimulas muy bien, con tu ropa tan californiana.

Larson se puso serio y la miró a los ojos.

—Durante mucho tiempo renegué de mis raíces y de mi hogar. Pero cuando tuve que alejarme tanto tiempo de todo aquello sufrí mucho. Y un día simplemente no quise sufrir más. Así que cada vez que puedo regreso. Eso me da paz.

—No sabemos lo que tenemos hasta que lo perdemos... —Lola hablaba por su propio padre.

—Sí —dijo pensativo.

Dos veces iban que, sin quererlo, ella tocaba un tema por demás complicado para él. Tarde o temprano tendría que contarle. Y estaba seguro de que lo haría. Pero aún no era el momento. Le generaba mucho sufrimiento todo aquello y en ese momento quería disfrutar. Además, ¡todavía era su cumpleaños!

—Hablaré con J. P. Él entenderá. ¿Cuándo es tu fecha de regreso según el pasaje?

—El sábado. Pero... ¿Estás diciendo de viajar a tu casa esta misma semana? —dijo asustada.

—¡Mañana mismo de ser posible! Hoy es domingo. Si conseguimos volar mañana, ¿a qué hora estaríamos en casa? Debo averiguar cuál es la diferencia horaria. Necesito mi iPad.

Lola estaba azorada.

«¿Volar? ¿A los Estados Unidos? ¡Mañana!».

Larson ya buscaba en el bolso que le habían enviado desde su hotel.

—Además, hasta podría sacar los pasajes ahora, también cambiar el tuyo de regreso.

Ella lo dejaba hablar, hacer, organizar.

Al fin y al cabo, estaba de vacaciones. Si eran en Melbourne o en Texas, daba igual. Lo que la ponía nerviosa era conocer al padre de Larson. Eso no estaba en ningún plan imaginable.

¡Cómo necesitaba hablar con Amanda en esos momentos! Le mandaría un *mail* en cuanto pudiera.

Larson decidió llamar primero a J. P. Baker para que lo dejara ausentarse. Solo cinco días. No era mucho lo que pedía.

Hablaba rápido y Lola se perdía parte de la conversación. A veces levantaba la voz.

Cortó el teléfono. Pero se quedó allí, sentado en el silloncito, alejado de ella. El asunto aún no estaba resuelto.

Lola hizo como que miraba algo en la *tablet*.

Larson se paró y empezó a caminar por la habitación con la bata semidesatada.

Se lo devoraba con los ojos.

¿Qué hacía con ella? Si bien siempre se había considerado agradable, no se creía una mujer hermosa. Y los escasos hombres de su vida no habían sido sumamente bellos, ni había visto que despertaran miradas en otras mujeres. O así lo creía.

Nunca la belleza había sido algo importante en sus relaciones. Con Larson se estaban revirtiendo, una a una, todas sus perspectivas.

Él llamaría la atención adonde fuera. Aún aunque no hubiera sido famoso.

Tenía un cuerpo armonioso, trabajado solo lo justo y necesario. Lampiño, algo que adoraba en un hombre. Y aunque sabía que no siempre lo estaba, el bronceado le sentaba bien.

Nariz pequeña, labios bien definidos, pómulos prominentes. Cejas abundantes y pestañas arqueadas que resaltaban sus ojos grandes y oscuros. Su pelo también oscuro parecía estar cuidado por un muy buen estilista.

Pero lo mejor de todo era su sonrisa, que derretiría el iceberg del Titanic.

Realmente era muy guapo.

¿Y ella? ¿Podía decirse que era linda? Sí, tal vez. Delgada, senos talla normal, y un poco más alta que el promedio de las mujeres.

Su verdadero orgullo era su trasero. Larson ya se lo había elogiado en más de una oportunidad, lo que le daba la razón. Siempre lo había tenido así, genética pura. Una talla más, que con su pequeña cintura lo hacía ver más grande y parado. Pero le gustaba así. En la jerga machista podría decirse que tenía éxito. Y no la avergonzaba. Era lo que la naturaleza le había dado después de todo. Su amiga Amanda le decía que tenía el culo del millón de dólares. ¡Amanda y sus ocurrencias!

Más allá de esa *virtud*, era una chica normal. Sus rasgos eran delicados, pero no era llamativa. Hubiera deseado heredar los ojos verdes de su padre. Además, cuando tomaba sol se llenaba de pecas, cosa que detestaba.

Por eso no entendía qué veía aquel bombón en ella.

Brian, su compañero de la banda, la había elogiado en un par de oportunidades. Pero estaba convencida de que eran solo cumplidos y que lo había hecho por su amigo.

El teléfono de Larson sonó y la extrajo de sus pensamientos.

Volvió a hablar, esta vez más calmado. Lola lo escuchó pronunciar un par de *okays*. Y fue a su lado.

—Mañana tengo que trabajar todo el día si quiero desaparecer por otros cinco.

—Entonces te dejaron.

—Sí, bajo esa condición. Catorce horas de arduo trabajo, y somos libres. Me pasan a buscar a las seis a. m. Así que mejor que empecemos a organizar el viaje ya mismo.

Lola se emocionó. La llevaría a su casa. A su hogar. ¿Habría llevado allí a alguien más? No se

atreví a preguntar.

—Ah, J. P. me dijo que usáramos el servicio de su *jet* privado.

—¿De verdad?

—Es que soy su favorito. Pero no les digas a los chicos. —Y le guiñó el ojo.

Ella también tendría que hacer un llamado.

Tal vez no llegaría el lunes a la oficina.

La ventaja de viajar a Texas era que al volar al oeste ganarían unas cuantas horas.

Lola había conseguido cambiar su pasaje de regreso a Buenos Aires. En lugar de viajar desde Melbourne a Dubái y de allí a casa, lo haría desde Texas a Miami, y de allí a Buenos Aires. También ganaba unas cuantas horas de vuelo.

Tenía suerte de que su visa norteamericana aún no había expirado. Solicitada unos años antes para un viaje a Nueva York con Lorenzo, todavía estaba vigente.

—Allá están a finales del verano. Y solo traje ropa de abrigo —aseveró Lola con preocupación.

—Compraremos lo que necesites. Será mi regalo por acompañarme a casa.

—Es que...

—Sin peros. Es lo que deseo. Y hablando de regalos, tú me debes el de mi cumpleaños —le dijo haciéndose el mimoso, y dándole a entender lo que realmente quería.

—¿Quién dijo que no tengo un regalo de cumpleaños?

La verdad era que había estado tan emocionada que lo había olvidado por completo.

Corrió a revisar su valija. Extrajo un paquetito con moño azul.

Se lo dio. Él estaba feliz, como un niño. Lo abrió con rapidez, casi arrancando el envoltorio plateado.

Era una cajita de pana negra. Levantó la tapa con cuidado.

Sacó una cadenita de oro con una medallita rectangular, muy delicada. Tenía grabadas la «L» y la «M». Y detrás la fecha de ese cumpleaños.

—Tus iniciales. Y tu cumpleaños número veinticinco. Para que no lo olvides.

—El día más feliz de mi vida. Jamás podría olvidarlo.

Y la besó con pasión.

Decidieron irse a dormir. Larson debía levantarse muy temprano.

Se abrazaron. Tácitamente habían convenido que no pasaría nada. Pero se ponía difícil. Rozarse apenas los llevaba a terrenos peligrosos.

Lola se puso su pijama de cebritas para evitar importunarlo. ¿Quién podría erotizarse con ese pijama?

Se equivocó. Porque las pequeñas cebras del pijama celeste detonaron en Larson un sinfín de

sensaciones.

Él quería besarla, tocarla, sentirla. Y ella lo consentía. Tampoco podía resistirse a su cercanía. Y volvieron a hacer el amor.

El despertador del celular de Larson sonó a las cinco y treinta. Todavía era de noche. No quería despertar a Lola.

Se dio una ducha rápida y se vistió. Jean, camiseta azul y *sweater* gris.

Desayunaría luego, en el set de filmación.

El video que debían filmar transcurría gran parte en la playa St. Kilda Beach. El sonido ya había sido grabado en los estudios de Los Ángeles y estaba en postproducción. Filmarían allí las escenas de exteriores, y las de estudio en Hollywood, más adelante.

No habría problemas en concluir todo el trabajo en un día.

Le hubiera gustado llevar a Lola, pero de todos modos habría estado sola. Él pasaría el día completo filmando, y no podría prestarle la atención que merecía.

Cuando bajó, la camioneta ya lo estaba esperando.

Entró, y todos lo miraban con complicidad.

—¿Todo bien? —preguntó Brian.

—Excelente —fue todo lo que contestó.

—Más te vale. Mira a la hora que tenemos que salir porque al señor se le ocurre de repente viajar a la otra punta del mapa.

—No fastidies, Brian. Te recuerdo que esta es la otra punta del mapa. Lo otro es mi casa.

—Igual te queremos. Lo sabes. Y estamos un poco envidiosos de que te andes así de feliz con la argentinita.

—Queremos detalles —terció Mitch, el más joven del grupo.

—Nada de detalles —aseveró Larson.

—Dinos la verdad. Que el verdadero asunto es que te quedaste prendado de ese tremendo... —sentenció Josh, e hizo señas con las manos como dibujando las redondeces de un trasero.

—¡Eres un niño! Todos lo son. No crecerán nunca —se quejó Larson.

Las bromas de sus compañeros, que en otra época hubiera celebrado, se le antojaban infantiles y por demás molestas. ¿Quiénes eran ellos para hablar así de su *chica*?

Lola despertó muchas horas después. Sentía como si hubiera corrido una maratón. Y en cierto sentido, así había sido. De otro tipo, pero maratón al fin. Ese pensamiento la hizo sonreír.

Ya se le había pasado la hora del desayuno. Así que decidió tomar una ducha y salir a caminar. Seguro encontraría un lugar para tomarse un café.

Luego de una media hora de caminata, pasó por una enorme tienda comercial con una majestuosa cúpula de cristal en el centro.

No pudo evitarlo, tenía que entrar allí. Podría comprarse algunas prendas básicas para su viaje al caluroso clima texano. Además, se convencía, no quería cargar a Larson con esa responsabilidad. Aunque aquella decisión la dejaría con la tarjeta de crédito en rojo.

Recorrió las galerías del centro comercial durante varias horas. Compró muchas cosas lindas que estrenaría para Larson. Se sentía tan contenta... como hacía muchos años no le ocurría.

Lo que lamentaba era que no conocería nada de esa intrigante ciudad, y se perdería ver las míticas playas australianas.

En cambio, viajaría a un pequeño pueblo en Texas, nada menos que el lugar donde había nacido y vivido siempre Larson. Eso la emocionaba. Pero además conocería a su padre... ¡guau! Era demasiado. Y empezaba a sentirse nerviosa, pero debía relajarse. Larson tomaba todo con tanta naturalidad... ¿por qué ella no podría?

Regresó al hotel al atardecer.

Armó las maletas. Con las compras de la tarde además había adquirido un bolso mediano, porque su valija ya había venido repleta desde Buenos Aires. También guardó las pocas cosas de Larson.

Siete en punto. Se bañó y se vistió.

¿A qué hora llegaría? En ese horario ya no podían filmar, era noche cerrada.

Siete y cuarenta y cinco. ¿Estarían retrasados? La playa quedaba a tan solo quince minutos de la ciudad. Tal vez debían grabar alguna escena nocturna...

Ocho y quince. ¿Debería esperar para hacer el *check out*?

¿Y si se había arrepentido? La incertidumbre la carcomía.

Ocho y treinta golpearon a la puerta. Saltó del sillón donde estaba sentada y abrió.

Era un botones del hotel, que le entregaba una nota.

I'm in a black van in front of the hotel.

I can't go because I see «suspect» people in the lobby.

Maybe they are paparazzi.

Excuse me, please!

Can you get off all the baggage... alone?

My assistant will do the check out later.

ILY

L[15].

Lo único que le quedó de todo lo que había leído fue el *I love you* abreviado que le había caligrafiado Larson.

No le importaba bajar la maleta y los bolsos. Si tenía que hacer una mudanza ella sola, la hubiera hecho sin problemas.

¿Estaba mal? No lo sabía. Solo pensaba en volver a ver a Larson.

Finalmente bajó con las cosas ayudada por el botones, que la acompañó hasta la camioneta.

El chofer le abrió la puerta y se encargó de cargar el equipaje.

—Hola.

—Hola.

Lola lo fue a abrazar. Él la detuvo. Ella lo miró extrañada.

—Es que no pude bañarme. Vengo directo de grabar.

—Me asusté. Pensé que no querías mis abrazos.

—Muero por un abrazo tuyo y muero de ganas de que me llenes de besos. Pero de verdad, es incómodo. Fueron muchas horas en la playa, bajo el sol. Aunque —se frenó e hizo como que se olía el cuerpo—, podría ser peor. —Y le guiñó el ojo.

—¡Vení para acá! —Fue la respuesta en español de Lola.

Lo abrazó. Le acarició la cabeza con olor a mar. Y lo besó. Ella fue quien lo besó con pasión esta vez.

A Larson le gustó el arrebato de Lola y pareció olvidarse por completo de su advertencia porque se lanzó sobre ella sin miramientos.

Y Lola por fin había vencido su fobia a la transpiración.

El viaje duró apenas media hora.

Les dio tiempo para contarse solo algunas pocas cosas.

Larson le habló de la filmación. Le avisó que no debía ponerse celosa. Es que aparecían muchas chicas en el video.

—No soy celosa en absoluto —aunque empezaba a decirlo sin mucha convicción. No le había gustado lo que acababa de contarle Larson.

—Yo tampoco. Eso es bueno para ambos.

Ninguno se imaginaba lo celosos y posesivos que se convertirían en el corto plazo.

—Mientras grababas fui de compras. Conseguí muchas cosas lindas para poder estrenar en tu casa.

—Muero por vértelas puestas. Y ya me imagino sacándotelas también.

—¡Tonto! —Y le dio una palmadita en el rostro.

—Perdón, no puedo evitarlo.

Lola sonrió. Después de todo ella también lo había imaginado.

El avión era magnífico.

Tenía comedor, un amplio *living* con TV y equipo de Blu-ray, baño con ducha y, por supuesto, una cama, por cierto muy grande. Una verdadera *suite* de hotel cinco estrellas.

En cuanto el comandante de vuelo lo permitió, Larson se levantó de los cómodos asientos, que en realidad se parecían más a mullidos sillones, y se fue a duchar.

A los cinco minutos apareció el sobrecargo, que ostentaba el puesto por ser el único tripulante fuera de la cabina. Era un jovencito rubio y algo tímido.

Le preguntó a Lola si deseaba algo de beber o comer. Pidió dos *Diet Coke*. Ya empezaba a conocer los gustos de Larson. Y ese era uno que compartían.

Él regresó justo cuando el muchacho traía las bebidas.

—Gracias, Joe —dijo Larson.

—Por nada. Para lo que gusten, solo tienen que llamarme.

—Tráenos algo sencillo para comer. Lola, ¿te parecen bien unos sándwiches? —dijo mientras le acariciaba el pelo.

—Muy bien.

Larson esperó a que el chico se retirara para comenzar a hablar.

—Está enamoradoísimo de Brian.

—¿No me digas! ¿Y Brian qué dice?

—Que es una lástima que le gusten las mujeres, porque Joe sería la pareja ideal.

Lola rio.

—¿Alguno de los demás es...?

—¿Gay? No. Las revistas ya especularon con eso. Una vez nos inventaron un romance a Mitch y a mí, lo que nos pareció raro porque congeniamos más con Brian —comentó divertido—. Claro que también emparejaron a Brian conmigo, incluso publicaron una foto. Se nos veía como si fuéramos a darnos un beso. Obviamente era trucada. Nos reímos de ello durante un largo tiempo. Me parece que por eso Joe toma cierta distancia, debe estar celoso... —dijo pensativo—. Pero creo que ahora si me ve besarte va a disipar todas sus dudas.

Y aprovechando la ocasión se abalanzó sobre Lola.

—¡Tramposo! ¡Todo para robarme un beso!

Mientras Lola trataba de zafarse de los apretujones de Larson, llegó Joe con los sándwiches y unos *snacks*.

Comieron mientras él le contaba anécdotas graciosas de sus compañeros de la banda.

Se acostaron en la cama y se durmieron inmediatamente. Había sido un día largo.

Despertaron cuando Joe les avisó que debían pasar a los asientos porque iniciarían el descenso. Harían una escala técnica en Honolulu.

—Siempre quise conocer Hawái. Es la segunda vez que aterrizo aquí y ni siquiera bajo del avión —comentó Larson.

—Que sea nuestro deseo compartido —murmuró Lola.

—¡Sí! Que así sea. —Y la abrazó fuerte.

Le gustaría compartir muchas cosas con Lola. Sentía algo que nunca antes había experimentado. ¿Podía ser posible? Si apenas se conocían... Su deseo de estar siempre a su lado era novedoso.

Nunca le había pasado con otra mujer.

El día entero que había pasado apartado de ella se lo había confirmado. Necesitaba mirarla, tocarla, escucharla. Le encantaba el esmero que ponía al hablar, siendo que no era su idioma. Si ella supiera...

Era dulce, sencilla, y no buscaba en él la fama. De hecho, hasta creía que en cierta forma la incomodaba. Pero además era muy hermosa, sexy, y lo vulneraba solo con la mirada.

Todas esas sensaciones lo tenían atrapado, conmocionado. ¿Qué le pasaría a ella?

El vuelo se hizo muy ameno. Les sirvió para conocerse un poco más.

Descubrieron que a ambos les gustaba la banda inglesa The Clash, comer *popcorn* y mirar películas los días de lluvia (Lola trató en vano de que aprendiese a decir pochoclo), y que amaban toda la saga de *Star Wars*, aunque por supuesto la mejor era *El regreso del Jedi*.

A Larson le encantaba ver deportes en la TV, y Lola casi no miraba televisión, prefería leer.

Ella podía pasar horas tomando sol sin siquiera mojarse, y él solo disfrutaba del sol si era dentro del agua. Igualmente, la estación favorita de ambos era el verano.

Lola le contó de su gato Pipo, y él se puso feliz porque siempre le gustaron las mascotas. De niño tenía una gata, Madonna, y un perro, Michael.

Conversaban tomados de la mano, recostados en los superconfortables sillones-asientos del *jet*.

En un momento, a Larson le dio sueño y se recostó sobre la falda de Lola, de costado, abrazándola por la cadera, de manera que su cara quedaba contra el vientre de ella. Lo miraba mientras le acariciaba la cabeza. Sus mimos surtieron efecto. Se había quedado dormido, así que podía observarlo con detenimiento. ¿Qué hacía ella ahí, con esa preciosura? Tenerlo así, en su regazo, le despertaba mucha ternura, tenía ganas de besarlo todo. Con los ojos cerrados, las pestañas se le notaban aún más arqueadas. A ella le gustaría tener esas pestañas, pensó divertida. Su cabello era sedoso, y tenía un pequeño lunar al costado de la boca. Esa boca perfecta que se moría por besar. No aguantó y le pasó un dedo por los labios. Él levantó la cabeza, confundido, y ambos descubrieron que había dejado un pequeño círculo de saliva sobre el jean de Lola. Ella se rio y él pareció morir de vergüenza.

Esa sencilla intimidad la turbó. Nunca, ni siquiera en sus mejores años con Lorenzo, había sentido esa familiaridad de plena confianza con el otro.

Se inclinó y le dio un beso en la frente. Él articuló un «*sorry*»[16] con la mímica de los labios, ella sonrió y le dijo que siguiera durmiendo. Larson la abrazó más fuerte, y así se quedaron hasta el momento de aterrizar.

El sobrecargo les indicó que se colocaran los cinturones de seguridad. Estaban llegando a destino, por fin.

—Estoy algo nerviosa.

—No te preocupes. Mi padre regresa mañana por la noche de visitar a mis tíos. Estaremos solos cuando lleguemos.

Lola no le dijo nada, pero estando en Buenos Aires había buscado información sobre él en la web. Esa era la única ventaja de que fuera un personaje público. ¡Si hasta tenía todo un compendio en Wikipedia!

Su madre había fallecido hacía muchos años. Era hijo único y siempre habían vivido allí, en Kingsville, un pueblo pequeño del estado de Texas, cercano a la frontera con México. Pero de su vida personal no había mucho más. Todos los datos de la red se relacionaban con su carrera como artista de Simple Boys.

—¿Sabe tu padre que llegas conmigo?

—Sabe que vengo con alguien porque siempre hablé de nosotros —le contestó, mientras hacía el ademán de las comillas con los dedos de las manos—, pero no quise contarle más por teléfono. Le vas a encantar.

—Tengo un poco de miedo. Ya sabes... la diferencia de edad... No sé. Tal vez no le agrade la idea.

—Es algo que tenemos que aceptar nosotros. Si no tenemos problemas con eso, ¿por qué habría de tenerlos mi padre?

Pero Lola sí tenía problemas con eso. Era algo que llevaba clavado como una espina, y que cada tanto le venía a la mente.

Al principio, cuando apenas lo había conocido, las edades no eran algo de qué preocuparse. Luego todo pasó tan rápido como un huracán. El viaje a Australia, el planteo de Larson de suspender su trabajo para pasar más tiempo con ella, ¡y en ese momento estaban aterrizando en su casa! La cosa se ponía seria.

Deseaba con toda su alma haber sido más joven. Si tan solo tuviera una edad más próxima a la de él... Pero no. Era nueve años mayor (nueve y medio para ser más exacta). Y tenía más preguntas que respuestas.

—Tienes razón —lo tranquilizó. Aunque por dentro se le desataba un torbellino de dudas.

Cómo le hubiera gustado poder compartir todo aquello con su padre. Él hubiera sabido aconsejarla sabiamente. Nunca la juzgaba. Y siempre tenía las palabras justas para todo.

¡Lo extrañaba tanto!

Llegaron extenuados. El avión había conseguido permiso para aterrizar en el pequeño aeropuerto de Corpus Christi, a cuarenta y cinco kilómetros de Kingsville.

—Es increíble. La diferencia horaria es de diecisiete horas entre Melbourne y Texas. Y el tiempo de vuelo es también de unas diecisiete horas. Si sumamos la hora que estuvimos demorados en Honolulu, llegamos aquí solo una hora más tarde del horario en que salimos. ¡Estas cosas son para volverse loco!

—Lo bueno es que no perdimos nada de tiempo... ¡sigue siendo lunes!

Los llevaron al rancho Mackenzie en la camioneta de un amigo del padre de Larson, que ya los esperaba cuando bajaron del avión.

—Saludos a Liam.

—Se los daré. Muchas gracias por traernos.

—Cuando gusten. Para eso estamos los vecinos.

—¡Nos vemos!

Liam Mackenzie. «Pronto lo conoceré», pensó Lola.

Entraron. La casa era grande y estaba impecable.

—Parece que papá se esmeró en los arreglos, o al menos dejó buenas recomendaciones para que se encargaran de ello. Realmente quiere impresionarte. —Rio.

Lola miró a su alrededor. Era un rancho con todas las letras. Adornos típicos, tapizados en las paredes, salamandra, almohadones tejidos y una mecedora. Parecía una imagen extraída de una película.

Larson dejó el equipaje al pie de la escalera y la invitó a pasar a la cocina.

Le sirvió algo fresco para beber. Realmente hacía calor.

—Podemos darnos un baño en el tanque australiano antes de ir a dormir.

—¿Tienes uno de esos tanques gigantes, a los que se accede por una escalerilla?

—Así es. La mayoría son de chapa, pero el nuestro es de madera. Solíamos tener uno de ese material, pero este es nuevo. Tiene solo un par de años.

—¡Oh, increíble! El problema es que no conseguí traje de baño cuando fui de compras en Melbourne.

—Puedes meterte con tu ropa interior, total estamos solos. Mañana temprano iremos a comprar

todo lo que nos haga falta.

—¿Te parece?

—No creo que me moleste verte nadar así. —Y le besó la nariz.

Realmente estaba feliz de volver a casa.

Hacía dos meses que no veía a su padre, y como seis que no volvía a su hogar.

—Y si te portas bien te mostraré mi cuarto.

—¿No dormiremos allí?

—No lo creo. La cama es pequeña. Seguramente papá nos haya preparado el cuarto de huéspedes. Antes era el de mis padres. Mi papá se construyó su propio refugio y no duerme en la casa. —Se asomó por la ventana y le enseñó una pequeña cabaña a unos veinte metros—. Solamente viene aquí a cocinar y a ver la TV. Lo edificó cuando me fui de casa, al calificar en la primera audición para formar el grupo.

—Debe ser una vida muy solitaria.

—Sí, pero la gente aquí es muy buena y todos conforman una gran familia para él.

—¿Realmente?

—Es un pueblo muy especial. Y también el único lugar donde puedo ser yo mismo.

—Eres afortunado.

—Y lo soy más desde que te conocí.

Se abrazaron y permanecieron así un largo rato.

Media hora más tarde nadaban en el tanque. Se divertían. Lola había perdido el pudor inicial de zambullirse en ropa interior, porque Larson, para que no se sintiera mal, se quedó con su bóxer. Eso fue lo que la animó. Ella lo tomó como un gesto muy dulce.

Disfrutaban el agua en la noche calurosa y estrellada de Kingsville, y de tenerse el uno al otro, allí, en el pequeño mundo de Larson, como lo había bautizado Lola.

Hicieron una rápida incursión en la habitación de Larson, donde disfrutó de ver los objetos que él atesoraba como recuerdos. Autitos de colección, un trofeo de básquetbol de la escuela primaria, una medalla al mejor compañero, fotos con sus amigos del pueblo y de niño con sus mascotas. De las paredes colgaban banderines de los Texas Rangers, su equipo de béisbol. Y el cubrecama era azul, con pelotitas de béisbol de todos los equipos de la Liga Americana.

—Ya sé cuál será mi próximo regalo. ¡Obviamente una pelota de béisbol! ¿Juegas?

—Solía jugar de niño con mis amigos. Aquí hay lugar de sobra para ello. Y también tenemos un estadio —dijo orgulloso.

—¡Qué lindo! Te imagino con todo el equipo, y la gorrita puesta hacia atrás.

—Tengo una foto. —Y le señaló un portarretrato en la repisa.

—¡Qué preciosura! —Lola se enterneció viendo a Larson con unos cinco o seis años de edad.

—Vamos, antes de que me pidas ver mis fotos de la escuela. —Y la sacó de la habitación.

El cuarto denominado *de huéspedes* era amplio y cómodo.

Tenía un gran ventanal estilo *bow windows*, esos que tanto le gustaban a Lola. Una cómoda de seis cajones, un armario, un espejo antiguo y un silloncito de mimbre.

La cama era muy confortable y estaba cubierta por un acolchado *patchwork*, con almohadones haciendo juego.

A los pies del camastro había un butacón forrado con la misma tela de los almohadones, y a ambos lados descansaba una *moquette* rectangular de un verde intenso.

En un rincón, una pequeña salamandra descansaba sobre una alfombra rústica de forma circular.

Todos los muebles eran de madera oscura, en contraste con la clara madera del piso, y el baño estaba incorporado a la habitación.

Larson preparó algo frío para comer y lo subió en una bandeja junto con las bebidas.

Lola ya se había duchado y estaba a punto de meterse en la cama.

—Puedes ir comiendo mientras yo me doy un baño.

—No, te espero. Así comemos juntos. No tardes —le contestó cariñosa.

Cuando Larson salió del baño, muy provocativo con la toalla enroscada en la cintura, se encontró con Lola profundamente dormida, y la comida intacta.

Picoteó dos o tres cortes de fiambre y se acostó. Él también estaba agotado. Aunque no tanto como para no haber hecho el amor con Lola.

Se durmió con un solo pensamiento: estaban juntos, en la misma cama, en su propio hogar.

Lola despertó y sintió un rico aroma que venía de abajo.

Aprovechó su soledad en el cuarto y fue al baño. Se lavó la cara y los dientes.

¿Qué le veía Larson al pijama de cebritas? Se miró nuevamente al espejo y rio divertida. No lo comprendía.

Volvió a la cama justo a tiempo para recibir el succulento desayuno que él le había preparado.

—Desayuno texano. Lleno de energía para alguien que se quedó sin cenar.

—¡Perdón! —Y le puso carita.

—¡Ven aquí! —Dejó la bandeja y corrió a abrazarla. La tenía ahí, tan cerca, con ese pijamita que lo enloquecía. Pero se tranquilizó. De verdad ella debía comer algo.

Huevos revueltos, tocino, salchichas, pan tostado, mantequilla y miel de maple. Y por supuesto el infaltable café negro. El menú clásico no lo incluía, pero como ya sabía que a Lola le iba a gustar, agregó jugo de naranja recién exprimido, y una tacita de leche para cortar el café. Detalles que le había conocido en el poco tiempo que habían estado juntos.

—Mmm... ¡Qué rico todo! —agradeció—. No doy más.

—Pero si apenas comiste...

—No estoy acostumbrada a desayunar huevos y salchichas. Pero de verdad estaba delicioso. Mira, me comí todas las tostadas y la miel.

Sería difícil extraerle algunas costumbres, pensó Larson.

—Estoy sorprendida, acabo de conocer tu faceta de chef.

—Y espera a ver lo que cocinaré esta noche.

—No, esta noche cocino yo. ¿Tu papá llegará para la cena?

—Sí, sí. Cenará con nosotros. Es lo que entendí cuando hablamos.

—Bien. Antes de salir de compras quiero que me dejes revisar la alacena. Debo saber si falta algún ingrediente de los que necesito.

—¡Cierto! Las compras. Lo había olvidado. —Y rio.

—¿Acaso te estás arrepintiendo? Necesito el traje de baño si queremos volver a meternos en el tanque.

—Sí, lo decía en broma. Además siempre cumplo mis promesas —dijo, resaltando de manera especial la palabra siempre.

La vio ahí, junto a él. Haciendo planes para después. Y se le colmó el alma de amor.

La acarició con ternura y le besó las manos.

—¿Qué? —dijo Lola sonriente.

—Nada... me siento feliz. —La atrajo hacia él y la besó en la boca.

El beso siguió y siguió. Hasta que la pasión se apoderó de ambos (algo que sucedía con frecuencia).

Las manos de Larson se escabullían por entre el pijama de Lola.

Ella dejaba que él hiciera lo que quisiera. Sin pudores.

La luz matinal los iluminaba a través de los cortinados de *voile*, generando un brillo mágico.

Cuando él estuvo sobre ella, Lola lo miró a los ojos tomándole el rostro entre sus manos. Le quería decir tantas cosas... tan solo si pudiera decirlas en su propio idioma.

«Y bueno», se dijo a sí misma, «si no me entiende, lo siento».

—Sos lo mejor que me pasó en la vida.

Él sonrió, y le dio un beso profundo.

¿Acaso la había comprendido? No estaba segura, pero vio un brillo especial en sus ojos.

Sus pensamientos fueron diluyéndose al compás de los movimientos de Larson. Hasta que todo desapareció por un breve instante, todo menos ellos dos, y esa sensación inexplicable y sublime que explotaba en ese mismo momento.

Lola se calzó su jean ajustado, una remerita blanca y las All Star rojas, algo llamativas, pero que adoraba.

Larson estaba vestido igual que ella, solo que las zapatillas eran negras.

—Parecemos gemelos —dijo Lola riendo.

—Sí, pero tú eres la bella y yo el feo.

—Cállate. Las chicas mueren por ti.

—Me conformo con que una sola muera por mí. —Y se acercó para besarla.

—Vamos, vamos. Se nos va a hacer tarde.

—Tenemos todo el tiempo para nosotros.

—¿Ah sí? No me digas que en el pueblo las tiendas están abiertas para ti las veinticuatro horas.

—¡Ja, ja, ja! Tienes razón. Vamos.

Fueron hasta el cobertizo.

Larson corrió una lona negra y apareció una impecable Harley Davidson cromada.

—Fue el regalo de mi cumpleaños número dieciocho. Era el amor de mi vida hasta que viniste a reemplazarla.

Lola no había prestado atención a lo que Larson dijo, si no, hubiera caído redonda ahí mismo.

Estaba anonadada. No podía creer que irían de compras en moto. Y en una Harley.

—¿Qué pasa? ¿No dices nada? ¿Te asustan las motos?

—No, para nada. En realidad nunca me subí a una. La verdad es que me siento como en una película.

Larson sonrió satisfecho. Verla así, impactada, le dio ternura.

—Usa este casco. Voy atrás a ver si todavía está el viejo que reemplacé por este.

Volvió a los dos minutos con el otro casco en la mano, y semblante triunfal.

—¡Lo encontré! Gracias a Dios, mi viejo no tira nada.

Le estaba ayudando a Lola a colocarse el casco, cuando de pronto recordó un detalle importante.

—¡Nos olvidamos algo! Y corrió dentro de la casa.

Salió al rato con la chaqueta negra de cuero de Lola en la mano, y una gastadísima de cuero marrón, puesta.

—Sin esto no podemos salir a la ruta, a pesar del calor.

Tenía razón. Hasta el más pequeño insecto impactando en la piel a gran velocidad podía lastimar mucho.

Finalmente subieron a la Harley. Lola se abrazó a su cintura.

Larson adoró eso. Nunca había subido a nadie a su moto. Y sentir a Lola estrechándolo por detrás lo conmocionó.

Arrancaron. Por el camino que llevaba a la salida del rancho se cruzaron con una señora de rodete y la piel curtida por el sol.

—¡Hey! ¡Ramona! —saludó Larson con el brazo en alto.

La mujer respondió en español, saludando a su vez con la mano.

—¡Hola, querido! ¡Nos vemos luego!

A Lola le llamó la atención el trato que le había dado, tan natural, en otro idioma.

—Es la señora que ayuda a papá con los quehaceres de la casa. Hoy no es su día de venir, pero mi padre se lo debe haber pedido por nosotros. Desde que tengo uso de razón la veo aquí. Creo que vino con la casa —dijo sonriente—. La aprecio mucho. Me ayudó en tiempos difíciles.

Lola estaba a punto de preguntarle por qué le había hablado en español, pero el atisbo de tristeza que asomó en sus palabras la contuvo. Se aferró con fuerza a él, que aceleró la moto y salieron a toda velocidad.

Primero fueron a la gasolinera a llenar el tanque de combustible.

Larson saludó de lejos dos o tres veces a diferentes personas. Pero no hizo comentarios sobre ellos. Serían solo vecinos o conocidos de su padre.

Pasaron por la tienda de comestibles. Lola consiguió un par de frascos de condimentos que le hacían falta, y el arroz especial para hacer *risotto*.

Con esa comida pensaba agasajarlos a Larson y a su padre por la invitación a quedarse en su casa.

Luego de visitar dos tiendas, en la tercera Lola encontró una linda línea de trajes de baño. Se decidió por un clásico bikini negro.

Cuando fue por Larson, lo encontró en el sector de calzado con un par de botas texanas en la mano.

—Creo que estas pueden irte. ¡Tienes los pies muy pequeños! Son las más chicas que tienen.

A Lola le llamó la atención su comentario. No creyó que fuera tan detallista. Y le gustó que hubiera reparado en el tamaño de sus pies.

Se probó las botas. Le quedaban un poco flojas. Un número menos hubiera estado mejor. Pero le dijo que con un par de medias irían bien.

—Te quedan muy sexys —dijo Larson—. Ahora eres mi vaquerita. —Y la besuqueó en el cuello.

—¡Por favor! ¡Hay gente!

—No me molesta la gente. Y menos aún que me vean besándote. Además, ¿te crees que en el pueblo la gente no se besa? —comentó divertido.

Cómo le gustaba ese chico. Si hubiera tenido que hacer una descripción del hombre ideal, el resultado sería ¡Larson Mackenzie!

Definitivamente, se había enamorado hasta la médula. Pero aún trataba de resistirse.

Estaban en la caja abonando la compra cuando una voz femenina se escuchó detrás de ellos.

—Pero miren a quién tenemos aquí. Si es el mismísimo Larson Mackenzie. Nuestro chico estrella.

—Hola, Kathleen. ¿Cómo has estado?

—Muy bien, gracias. Pero veo que tú la has estado pasando mejor. ¿No me presentas a tu amiga? —dijo la chica rubia mientras de sus pupilas parecían saltar destellos de fuego.

—Kathleen, ella es Lola.

—Hola, es un placer —respondió Lola tímidamente.

—Ah, pero veo que te la trajiste de bien lejos. Se te nota en el acento, cariño. ¿De dónde eres?

—De Argentina. Vivo en Buenos Aires.

—¡Guau! Qué exótico. Larson, querido, no sabía que ahora importabas mujeres del extranjero.

—No importo mujeres. Ella *es* mi mujer.

—Oh. —Fue la muda respuesta de la joven.

Lola estaba experimentando esas imágenes extrañas que atraviesan la mente de una persona, en donde se veía a ella misma en cámara lenta abalanzándose sobre esa descarada mujer, cuando las palabras mágicas de Larson surtieron efecto y la trajeron de regreso a la realidad. Se sintió plena del hombre que tenía a su lado.

—Igual, todavía me debes una cerveza. ¿Lo recuerdas? —lanzó atrevidamente.

—No lo recordaba.

Tomó una lata del anaquel que había a su lado y se la entregó.

—Aquí tienes. Ya no te debo nada. —Pagó la cuenta y salieron.

—Perdón. No hubiera querido que pases por ese mal momento —le dijo Larson a Lola cuando ya estaban afuera.

—Está bien. No fue nada.

Lola haría lo imposible por hacer que no se le notaran los celos que la consumían y no dejaban que pensara con claridad.

«¿Habrá sido su novia? Es linda, rubia, y mucho más joven que yo. Tendrá a lo sumo la misma edad de Larson», pensaba.

—De verdad lo siento. Es de esas personas que aunque no lo desees se las rebuscan para estar cerca. Olvídala.

—Después de tu desplante no creo que tenga ganas de acercarse.

—Ojalá así fuera. Pero no conoces a Kathleen.

Ni quería conocerla. No sabía cómo podría reaccionar. Y los celos eran una faceta desconocida para ella.

Por eso prefería no tentar a la suerte.

Mientras juntaban los trastos del almuerzo, Larson quiso saber si podrían realizar una actividad que adoraba.

—¿Sabes andar a caballo?

—Sí. Cuando era niña tomé clases de equitación durante algunos años. Recuerdo cómo lo disfrutaba. Me llevaba mi padre, los sábados. Era nuestro momento de estar juntos. A él le gustaba verme progresar, y me alentaba.

—¿Y qué sucedió? ¿Por qué dejaste de hacerlo?

—Mi padre enfermó. Yo tenía quince años. Me fue a ver a una exhibición de salto. Sufrió una descompensación hacia el final del evento, y lo internaron. Esa fue la última vez que subí a un caballo. Resistió el cáncer por nueve años. Siempre decía que no se iría hasta verme entrar a la iglesia vestida de blanco. Pero no llegó a verme. Murió antes de que me casara. Yo recién comenzaba mi relación y hubiera sido una locura complacerlo. Finalmente me casé, pero no lo hice de blanco ni en una iglesia.

—Entonces... ¿te casaste? —la cara de Larson se transformó. Ella le había dicho que estaba separada hacía un año, pero no lo asoció con haber estado casada antes, sino que había imaginado una convivencia, no algo plenamente legal.

De repente el esposo de Lola tomaba dimensión, era alguien real a quien tenía ganas de hacer desaparecer de la faz de la Tierra. Y más aún cuando pensaba en cómo la había hecho sufrir. Pero no quería arruinar ese momento íntimo de confesiones con su repentino y extraño estado de celos. Celos completamente irracionales, desconocidos para él.

—Sí, bajo la ley civil de mi país. Pero lo importante de esta historia es que mi padre logró cumplir su otro deseo, que era verme recibida de abogada.

—¡Eres abogada! ¡Guau!

—Sí. —Y rio—. No lo considero tan importante.

—Yo pensaba que sería médico —le dijo, queriendo impresionarla.

Había quedado apabullado luego de saberla doctora en Leyes, pero al mismo tiempo sintió un profundo orgullo.

—Sin embargo te decidiste por la música —le contestó ella con ternura.

—Siempre me gustó cantar y bailar. Pero en un pueblo pequeño como este las posibilidades

eran mínimas. Estaba finalizando la preparatoria y debía decidir a qué universidad asistiría. Mi padre insistía para que siguiera la carrera de Veterinaria y me quedara aquí, con los caballos del rancho. Era una posibilidad. Pero me gustaba más curar personas que animales. Recuerdo que pasaron un anuncio en la TV promocionando una audición. Recorrían todos los estados del país. La de Texas se haría en Austin. No lo pensé, me presenté y quedé preseleccionado. La siguiente instancia fue en Los Ángeles. Me fui y jamás regresé. El proceso de selección duró unos seis meses hasta que quedamos los cuatro. Hubo un primer álbum que tuvo un éxito relativo. El despegue vino un año después con el programa de televisión. Iban a ser diez o doce capítulos, y terminamos grabando tres temporadas de veinticuatro capítulos. Después se sumaron las giras internacionales y aquí estamos. Vuelvo a casa cuando puedo, pero a veces es casi imposible.

Se quedaron en silencio mientras lavaban y secaban los platos (hacían un buen equipo).

Cada cual pensando en su propia historia, y en el shock de conocer un poco más de la historia del otro.

Lola tenía que responder algunos *mails*. Era la condición que le había impuesto su jefe a cambio de su ausencia. Debía revisar el correo diariamente. Era lunes, así que no había faltado a su promesa. Lo haría mientras Larson miraba la repetición del partido de béisbol de la noche anterior.

Habían planificado ir a cabalgar cuando bajara el sol. Volverían a tiempo para la llegada de Liam.

Sacó su *laptop* por primera vez desde el inicio del viaje. No le quedaba otra, solo esperaba no encontrarse con mucho trabajo.

Se sentó en el sillón con los pies encima de la mesita y la *notebook* sobre su regazo.

Larson estaba acostado a lo largo del mismo sillón, y le hacía cosquillas en la pierna con los dedos del pie.

—Es una suerte que en el rancho tengan wifi.

—La señal no es muy buena, porque es satelital. Pero no podemos quejarnos.

—Hoy en día si no estás comunicado, estás aislado. Tener *e-mail*, Twitter, Facebook, por solo nombrarte algunos... no se puede vivir sin ellos. —Aunque ella solo usaba el *e-mail*, quiso indagar disimuladamente si Larson utilizaba algo más de la tecnología que ella.

—Yo puedo.

—¿Cómo? —Se asombró, después de todo él era mucho más joven y por lo tanto más cercano a ese mundo.

—No tengo nada. Bueno, tengo cuentas que no manejo, lo hace la agencia de mi representante. Es como si no fueran mías.

—¿Y cómo te comunicas con tus amigos o con tu padre?

—Con papá hablamos por teléfono. Una o dos veces a la semana. Amigos tengo pocos. Con el

tiempo los chicos de la banda se fueron convirtiendo en mis mejores amigos, casi en mi familia te diría. Con ellos hablamos o nos mandamos mensajes con el teléfono cuando no nos vemos, que es muy poco porque pasamos casi todo el tiempo juntos. No necesito más.

—Entonces, no sacas provecho de las bondades tecnológicas actuales...

—No. Definitivamente soy un renegado de la tecnología.

Lola inició su administrador de correo. Tres o cuatro *mails* del trabajo parecían importantes. Pero uno le llamó la atención. Era de Martín.

El asunto la intrigó: «Viaje».

Miró a Larson. Seguía con entusiasmo un pasaje del partido. Abrió el *mail*. Leerlo la puso nerviosa.

Cuando estuvo con Martín, a pesar de que él no le había dicho nada, se había dado cuenta de sus intenciones. Pero se comportó muy respetuosamente y ella nunca le dio pie para que le hiciera una insinuación.

Si hubiera sentido algo por él, se lo habría demostrado inmediatamente. Aunque tampoco lo había rechazado. Su orgullo por sentirse valorada había sembrado una duda en el corazón de Martín. ¿O tal vez había obrado así porque inconscientemente deseaba darle una oportunidad?

¿Qué haría? Debía conferirle una respuesta que no diera lugar a confusiones. Quería ahorrarse el viaje y la decepción.

—¿Todo bien? —consultó Larson desde la esquina del sillón, al verle la expresión sombría en su rostro.

—Sí, sí. Será solo un rato.

—Estás muy seria. ¿Complicaciones en el trabajo?

—Nada que no pueda resolver.

—¡Esa es mi chica! —Y le sopló un beso.

Qué preciosura era Larson. De pronto se sentía más segura que nunca para redactarle una respuesta a Martín.

16 de septiembre

Hola, Martín,

Te pido disculpas por la demora en responderte. Estoy en un viaje de trabajo y recién hoy prendí la compu.

Mirá, me resulta difícil escribirte esto pero voy a ser totalmente honesta.

Habernos encontrado fue muy lindo, extraño, eso sí, por las circunstancias, pero me agradó. Luego viajaste, acepté tu invitación a la fiesta de tu mamá, y la pasamos bien hasta el accidente, que lamenté porque me hubiera gustado disfrutar de toda la fiesta y de tu compañía.

Pero la verdad es que no quiero que esto pase a un siguiente nivel. Para mí nuestra historia terminó aquella vez, y no veo posibilidad de intentar algo nuevamente.

Así que te voy a pedir que no gastes tus ahorros en viajar, porque ni siquiera sé si voy a estar en Buenos Aires para las fiestas.

Por favor, no te enojés. Lamento si cuando estuviste en Buenos Aires hice que pensaras en esta

posibilidad de intentar algo. No fue mi intención.

Te deseo lo mejor en la vida y ojalá encuentres a esa persona con la que soñás formar una familia.

Espero que no te quedes disgustado conmigo.

Un cariño sincero,

Lola.

«¿Habré sido muy cortante?», se preguntó.

Sí, definitivamente lo había sido. Pero no quería que Martín albergara la más mínima duda respecto a ella. Le daba mucha pena, pero así eran las cosas. Aunque se sentía cruel.

Suspiró y envió el *mail*. Adiós, Martín.

Luego contestó uno solo de los *mails* del trabajo, porque se sentía dispersa. Continuaría al día siguiente.

Miró a Larson, estaba absorto escuchando al locutor, entretenido por un pasaje del partido. Inclino la *notebook* para enfocar mejor, y le sacó una foto. Él ni se dio cuenta.

Había salido bien. Se lo veía de perfil, con un brazo atrás de la cabeza, y la camiseta blanca que tan bien le quedaba. ¡Era hermoso! Ya no podía ocultar lo enamorada que estaba, era hora de admitirlo.

Lo volvió a mirar, y se le tornó irresistible. Cambió de pose y, con seriedad, apoyaba la cara en la mano izquierda. Fruncía las cejas, y ella se derretía.

Dejó la computadora a un costado y se abalanzó sobre él. Le besó las orejas, el cuello y le mordió los hombros. Él reía divertido. Había dejado de interesarle el partido. La felicidad que Lola le daba era mágica.

Ella le levantó la remera y comenzó a besarle y lamerle las tetillas. Las risas se transformaron en suspiros intensos. Lola le mantenía los brazos por arriba de la cabeza, tomándolo de las muñecas.

Con el correr de los minutos, Larson se desesperaba mientras Lola lo besaba en todas partes.

Lo soltó, le quitó la remera y se la sacó ella también.

Él quiso sentarse, pero ella se lo impidió. Se llevó el sostén hacia abajo dejando sus pechos al descubierto, quedando levantados y apretados por la prenda. Se apoyó sobre él para que sintiera el roce de sus pezones contra su piel.

Volvió a tomarlo de las muñecas e hizo un ademán de besarlo. Pero cuando él abrió la boca, ella pasó su lengua húmeda por el contorno de sus labios. Luego la introdujo y jugueteó apenas con la de él.

Sentía el miembro hinchado apretarse contra su vientre. Le gustaba experimentar esa situación de dominación, pero ya empezaba a necesitar más. Y el jean comenzaba a resultarle molesto. Así que lo soltó. Se paró y se quitó el pantalón. Luego desabrochó y quitó el de Larson. Él estaba como en trance.

De fondo se escuchaban los gritos del relator del partido. Pero ellos no lo notaban.

Quitó también el bóxer, y se deshizo de su propia prenda interior.

Volvió a colocarse sobre él, y así, sentada, con las manos de Larson sobre sus nalgas, se movió y se meció hasta hacer que explotara.

Ambos habían dado rienda suelta a sus gargantas, gimiendo y gritando. Allí nadie podía oírlos.

Hasta que todo se hizo silencio y solo se percibía el anuncio de la culminación del partido, y sus respiraciones entrecortadas.

—Creo que finalmente volviste a perderte el partido —le dijo, aún sobre él.

—Lo hiciste a propósito.

—¿Te arrepientes? —le contestó con una sonrisa pícaro.

—Jamás de los jamases. —Y la besó.

Se preparaban para ir a cabalgar. Eso le traería muchos recuerdos a Lola.

Pero estaba bien. Era hora de enfrentar sus propios fantasmas. Se sentía predispuesta para ello.

Se vistió para el infarto. *Shorts* de jean, su camisa blanca con corazoncitos rojos anudada a la cintura, y las botas texanas que le había regalado Larson.

Cuando él la vio, hizo ademán de caer desmayado.

—¿Estoy acorde a la ocasión?

—No, te falta esto. —Y le colocó un sombrero de vaquero. —Ahora sí, mi vaquerita. —Y la estrujó contra él, tomándola de la cintura.

—Mejor vamos por los caballos —dijo Lola alejándolo con un empujoncito.

Él iba unos pasos adelante. Jeans y camisa escocesa en tonos pastel. Demasiado lindo. Demasiado perfecto, pensaba Lola. Se sentía tan feliz y completa que tenía miedo de despertar y que fuera todo un sueño. Incluso parecía como que le dolía el corazón. Era algo que no podía explicar. Como una sensación que venía de su interior y que le aprisionaba el pecho. En ese momento le estaba sucediendo, mientras lo miraba caminar por delante.

¿Tan jodidamente complicado era el amor?

¿Por qué tenía que quemar, arder, doler? Maldito Cupido. Él y sus flechas.

Y se rio de su propia ocurrencia.

Llegaron al establo.

—Tú tomarás a Doncella y yo a Jordan.

Hechas las presentaciones con los animales, la ayudó a subir.

—Hace mucho que no hago esto.

—Todo va a salir bien. Iremos despacio.

—Te sigo.

Trotaron un rato. Él adelante y ella atrás. Luego, con un paso un poco más apurado, solo un poco, se pusieron a la par.

Larson le mostraba alguna que otra curiosidad del paisaje, o le señalaba las aves a lo lejos, que formaban figuras con su vuelo en el cielo algo nuboso.

Al cabo de un rato, Lola había tomado confianza y se había adaptado a Doncella por completo. Larson disfrutaba de esa comunión entre ambas.

En un descuido de él, Lola se abrió paso y empezó a cabalgar más fuerte.

La miró pasar y pensó que ella había nacido para vivir allí. Se lo decían sus ojos que la veían ahí, tan parte de todo, y se lo decía su corazón, porque no quería apartarse nunca más de ella.

Hicieron un alto.

Descansaron bajo unos árboles. Los caballos pastaban a unos metros.

Larson había cargado en su morral unas bebidas y una manta. Definitivamente estaban filmando una película y se habían olvidado de avisarle a Lola. Porque no podía ser todo tan perfecto.

Él se sentó con la espalda contra el tronco de un árbol, y ella se recostó con la cabeza sobre sus muslos.

—Cuéntame un secreto —soltó de pronto Larson.

—¿Un secreto? —respondió sorprendida.

—Sí. Es un juego. Tiene que ser algo que no sepa nadie. Si considero que vale la pena, debo contarte uno a ti. Pero ojo, no vale decir, por ejemplo: a los cinco años me comí un moco para saber qué gusto tenía.

—¡Qué asco! ¿Eso hiciste? —reaccionó, frunciendo la nariz.

—Bueno, en realidad fue como a los siete. Pero no vale como secreto porque ya se lo había contado a mis amigos. Lo que me cuentes no debe saberlo nadie.

—Bien. A ver...

—¡Un verdadero secreto, eh! —remarcó.

—Sí. Lo tengo. Y lo recordé porque tiene que ver con los caballos.

—Ah, ¿sí?

—A mí me quitó la virginidad un caballo.

—¿¿¿Qué??? —dijo abriendo los ojos como platos.

—Aguarda, no te asustes. Deja que te cuente. Estaba en el primer año de la escuela secundaria y practicaba a diario para mi demostración de salto. En uno de los saltos más difíciles de la secuencia, golpeé muy fuerte y... pasó.

—¿Pero cómo pudiste comprobarlo?

—En ese momento solo lo intuí, porque encontré sangre en mi ropa interior y no estaba con mi período. Años más tarde, cuando llegó el momento de mi primera vez, después de que pasó todo, nunca manché las sábanas. Y ahí terminé por confirmar mi sospecha de lo que había sucedido aquel día.

—Guau. Ese sí es un buen secreto. ¿Y nunca se lo dijiste a nadie?

—A nadie. Es muy vergonzoso hablar de la primera vez.

Larson comentaba como al pasar, pero por dentro explotaba de celos de imaginar a Lola, *su Lola*, en brazos de otro, entregándole todo por primera vez. Una furia incontenible le hacía doler el pecho. ¿Lo habría disfrutado? ¿Lo habría amado? Sin duda. ¡Estaba enloqueciendo de rabia! Deseaba que Lola no tuviera un pasado, que hubiera aparecido en el mundo el mismo día en que la conoció.

Trató de serenarse. Ella estaba con él y eso era lo único que importaba.

—Bueno, me has dejado anonadado. No creo que pueda superarlo, pero te contaré acerca de mi falsa primera vez.

—Te escucho —le contestó risueña, el título del secreto le había causado gracia.

—Lo habíamos programado con varios compañeros del colegio. Iríamos a un lugar donde se paga por sexo. Sabes a lo que me refiero.

—Por supuesto.

—Viajamos hasta San Antonio. Y el asunto es que cuando estuve ahí no pude hacerlo. Le pedí a la mujer que no dijera nada. Para mis amigos, perdimos la virginidad allí. Todos juntos. Pero yo no fui realmente de la partida.

—¿Y cuándo sucedió entonces? —dijo tranquila, aunque no estaba segura si quería escuchar sobre esos temas de su pasado.

—Eso no forma parte del secreto.

—Claro que sí.

—Está bien, está bien. Fue mucho tiempo después, con una corista, cuando estaba en las audiciones finales para conformar el grupo. Y no estuvo bueno.

Larson finalizaba la frase cuando un trueno los estremeció. La fuerza de la naturaleza vino a salvar a Lola de sus propios celos, aunque la expresión «y no estuvo bueno» quedó sonando en su interior, dejándola satisfecha.

—Oh, no... No habían pronosticado lluvia —comentó mirando el cielo encapotado—. Vamos antes de que los caballos se pongan nerviosos.

—Pensé que aquí nunca llovía —murmuró Lola.

—Muy poco. Pero esta tormenta siempre llega. Es la que anuncia el fin del verano.

Juntaron las cosas, subieron a los caballos y emprendieron el regreso.

A mitad del camino la lluvia no se hizo esperar, y un chaparrón cayó sobre ellos.

Faltaba aún un tramo para llegar al rancho. Amainaron la marcha, porque el sendero se ponía dificultoso. Pero los caballos eran muy buenos y lograron llegar a destino sin sobresaltos. Eso sí, ellos estaban empapados.

Entraron corriendo a la casa luego de poner a resguardo a los animales.

La camisa de Lola estaba pegada a su cuerpo, y transparentaba su torso humedecido por la lluvia.

Esa imagen encendió a Larson. Además, le encantaba verla con el cabello mojado. La hacía aún más sexy.

La tomó de la mano y la atrajo contra su pecho. Ella le dio un beso corto.

—En verdad necesito una ducha caliente. De lo contrario sé que me resfriaré. Y no querrás cuidar a una enferma.

—¿Por qué no? Sería tu enfermero particular. —E intentó besarla.

—No, lo digo en serio —y entonces la soltó—, prometo volver en diez minutos. Y tú deberías

hacer lo mismo.

Ella tenía razón. La temperatura comenzaba a descender.

Lola se duchó en el baño del cuarto de huéspedes, y Larson en el que daba al pasillo, el que siempre usaba cuando vivía allí.

Ella tardó bastante más de lo prometido, y cuando bajó, Larson ya estaba seleccionando y separando los ingredientes para la cena.

—¿Serás mi ayudante de cocina? —preguntó Lola juguetona.

—Por supuesto. —Y ambos rieron.

Ya tenían el *risotto* casi listo. Su padre llegaría de un momento a otro.

—¿Cómo me veo? —preguntó Lola preocupada.

—Hermosa como siempre. El sol de la cabalgata sonrojó tus mejillas, lo que agrega algo de picardía a tu rostro. Eres muy bella, Lola.

Ella solo sonrió, negando con la cabeza. Pero una inmensa felicidad la invadió por el hermoso piropo que acababa de recibir.

Sonó el celular de Larson. Era Liam Mackenzie.

Habían tenido un problema con la furgoneta que lo traía y estaban varados en la ruta, esperando al auxilio mecánico.

—¿No podemos ir a buscarlo? Esta mañana vi una camioneta en el cobertizo.

—Trabaja con cambios manuales, no sé usarla —se lamentó Larson.

—¿De veras? No importa, manejo yo —dijo ella resuelta.

—No entendiste. No es automática. Es una vieja Ford con cambios manuales —le respondió condescendiente.

—Querido, en mi país el noventa por ciento de los automóviles tiene caja manual. Incluyendo el mío —presumió.

—¿Me dices que tú podrías conducir para buscar a mi papá? —Y sus ojos mostraban la sorpresa que le causó aquella respuesta.

—¡Por supuesto! —dijo triunfal.

—Ya le aviso. Le pediré que me indiquen dónde se encuentran.

Lola manejaba bajo un aguacero, y Larson estaba asombrado.

No solamente por su destreza con los cambios, cosa que para él era toda una habilidad, sino porque no se amedrentaba por conducir en una noche con ese temporal.

Cada tanto, Lola le acariciaba la mano que él llevaba sobre su pierna derecha.

Se la veía segura, concentrada en lo que hacía. Y Larson rebosaba de amor por ella. Sin dudas su padre iba a adorarla. No le quedaba ninguna duda.

Llegaron al fin. Lola hizo juego de luces varias veces. La tormenta arreciaba.

Un hombre alto bajó corriendo de la furgoneta con un bolso en la cabeza a modo de paraguas, y

subió a la camioneta de ellos.

La miró entre sorprendido y divertido.

—Un placer. Liam Mackenzie. Y estiró la mano mojada.

—Encantada. Lola Montiel.

—Hola, papá.

—Tienes entre manos un diamante. Una mujer que maneja con cambios y bajo esta tormenta se cuenta de a una en un millón.

—Los cambios son comunes en mi país.

—Oh... ¿De dónde eres?

—De Argentina.

—¡Hermoso país! ¡Y hermosa gente también! Estuve allí hace algunos años.

—¿Estuviste en Argentina? —intervino Larson sorprendido.

Al parecer el día de contar secretos aún no había terminado. Y aún faltaba más.

Lola tuvo que manejar un kilómetro más hasta llegar a la curva de retorno. Y entonces sí emprendieron el regreso al rancho.

Como habían dejado todo listo para la cena, solo tuvieron que sentarse y comer. Apenas demoraron unos minutos para calentar el *risotto*.

—Lola cocinó hoy —dijo Larson con orgullo.

—Está exquisito, Lola, gracias —respondió Liam.

—Gracias a usted por la hospitalidad de recibirme en su casa. —Y bajó la cabeza en señal de agradecimiento.

—Por favor, no me trates de usted, no soy tan viejo.

Y realmente no lo era. ¿Llegaría a los cincuenta? Tal vez no.

Lola estaba impresionada, Liam era la versión rubia de Larson. Un calco, solo que más alto y con cabellos y ojos claros. Y unas muy pequeñas arruguitas a los costa-dos.

Amanda hubiera caído muerta a sus pies. Sonrió por dentro al recordarla. La extrañaba. Necesitaba contarle lo feliz que era.

Comentaron trivialidades hasta que terminaron de cenar.

Liam quiso preparar café, pero no había más en la alacena. Le pidió a su hijo si podía ir a buscarlo al depósito de atrás. Larson puso cara. Tenía que rodear la casa y se mojaría. Pero no quería quedar mal delante de Lola, así que fue sin decir nada.

Cuando Larson salió, Liam le habló a Lola en un perfecto español.

—Veo muy feliz a mi hijo, pero creo que no te lo ha contado todo.

Lola se quedó petrificada.

¿Qué era todo eso? ¿Liam hablaba español? ¿Y por qué le decía que Larson le ocultaba algo? De pronto sintió que le había caído mal la comida.

—Tranquila. No es nada malo. Pero creo que es él quien tiene que decírtelo.

¿Qué era lo que tenía que decirle Larson? Se sentía mareada, pero no pudo con su intriga.

—¿Cómo es que habla tan bien español?

—Verás. Lucía, mi esposa, la mamá de Larson, era mexicana. Aprendí a hablarlo por ella. Por amor. Lucía no sabía hablar bien el inglés, y necesitábamos comunicarnos. Así que aprendí. Con el tiempo me familiaricé con el idioma.

—Y entonces... ¿Larson entiende español?

Finalmente sería él y no su hijo quien le contaría la verdad.

—Lo entiende y lo habla. Su madre nunca le habló en otro idioma que no fuera el suyo.

Lola se dejó caer en una silla.

—Lo siento. Sentí que debías saberlo. Me hubiera gustado que te lo dijera él mismo. Es hora de que lo enfrente.

Larson entraba todo mojado en la cocina justo para escuchar la última frase en español de su padre, y ver la cara desencajada de Lola.

—¿Qué pasa aquí? —dijo, por supuesto, en inglés.

—Que me engañaste —contestó Lola en español.

Y subió corriendo a encerrarse en el cuarto de huéspedes.

—¿Qué has hecho? —le dijo a su padre. Y corrió tras ella.

«Por fin», se dijo Liam a sí mismo. No había oído pronunciar una sola palabra en español a su hijo desde el día en que su esposa había muerto.

«Ya pasó la tormenta de su vida, y Lola fue la responsable de ello. Yo solo vine a despejar la última nube y ver salir el arcoíris».

TERCERA PARTE

Otra vez la tormenta

*Vení a dormir conmigo:
no haremos el amor, él nos hará.*

Julio Cortázar

*Podrán cortar todas las flores,
pero no podrán detener la primavera.*

Pablo Neruda

Lola se había encerrado con llave en el cuarto de huéspedes. Larson golpeaba la puerta, suplicaba, volvía a golpear.

Cuando se dio por vencido, se fue a su habitación. Se quedó dormido vestido, sobre el cubrecama de pelotitas de béisbol.

Mientras tanto, Lola lloraba desconsoladamente, acurrucada en un costado de la cama. Se sentía defraudada. La había estado engañando todo el tiempo, pero ¿por qué? No lo comprendía.

Igual, estaba demasiado enojada para tratar de entenderlo.

Un largo rato después, cuando había logrado serenarse, ya había tomado una determinación. Se marcharía. Si no podía cambiar el pasaje (cosa que era muy probable), se iría a un hotel. Y esperaría. Solo serían tres días.

Se dispuso a hacer las valijas. No había mucho para recoger. Inconscientemente separó y guardó en el bolso la camiseta blanca que Larson había usado ese día.

No se imaginaba cuánto se aferraría a esa prenda en un futuro cercano.

* * *

La mañana siguiente, dispuesto a contarle todo a Lola, Larson se dirigió al cuarto de huéspedes.

La puerta estaba abierta, la cama hecha y no había vestigios de las pertenencias de Lola. Tampoco vio las maletas. La buscó por la casa, pero no la encontró. No se hallaba en ninguna parte.

Ya era tarde. ¡Lola se había marchado!

Corrió al cobertizo y se subió a su moto. El día se presentaba radiante. Una ironía, pensó.

Arrancó a toda velocidad dejando una estela de tierra detrás de él.

Lola y Liam escucharon el ruido y salieron del refugio de este, donde habían mantenido una intensa conversación.

—Piensa que te has marchado —sentenció Liam.

—Pensaba hacerlo en verdad. Vine aquí a pedirte que me llevaras al pueblo para conseguir algún transporte hasta Corpus Christi. Las valijas están en la camioneta —se sinceró Lola.

—Pero yo irrumpí con mi historia.

—Así es. ¿Y ahora qué hago?

—Ve a buscarlo. Yo sé a dónde fue. Toma la camioneta. Eso sí, primero bajemos las maletas.

Más temprano, Lola había bajado con sus cosas y se fue en busca de Liam.

Golpeó la puerta de su casita. Él ya estaba levantado.

La hizo pasar, y antes de que ella dijera nada, le tomó la cadenita que colgaba de su cuello.

—Te la ha dado.

—Sí. Me la dio Larson cuando nos conocimos en Buenos Aires.

—¿Te la dio en Argentina? Ha sido fuerte entonces.

—¿A qué se refiere? ¿Qué es lo que fue fuerte?

—La conexión entre ustedes.

—Lo suficiente para olvidar a su dueña anterior. Pero ahora se la regreso, por favor dásela por mí. —E hizo ademán de quitársela.

Liam le retuvo la mano. Ella lo miró, estaba enojada y confundida.

—Nunca podría olvidar a la dueña anterior... Déjame contarte algo.

Lola perdía la paciencia. Lo único que le faltaba era que Liam le contara alguna historia de amor de su hijo.

—Esas iniciales son las mías. LM. Liam Mackenzie.

—También son las de Larson, y las mías.

—Una bella coincidencia. —Lola lo miraba sin entender—. También eran las iniciales de mi esposa. Lucía Montero. Y la cadenita era mía. Cuando conocí a Lucía me enamoré perdidamente de ella. Fue a primera vista. Un flechazo de Cupido.

Lola se estremeció, y Liam continuó.

—Pero ella era algo mayor que yo. Varios años mayor. Y además mexicana. Mi familia escocesa y por demás conservadora se opuso terminantemente a esa relación. Estábamos de paso en Monterrey, la ciudad donde Lucía residía. Así que antes de irme me saqué la cadenita, grabé con mi navaja el «ILY» de atrás (verás que está algo desprolijo), y se la di. Prometí que regresaría. Esa cadenita era el juramento que le dejaba de que volveríamos a vernos. Me costó lograrlo, pero regresé por ella. Yo me establecí aquí, en Kingsville, solo, y luego de un tiempo, a pesar de los peros de su familia, nos casamos y la traje conmigo.

—Pero entonces, ¿esta cadenita es de la mamá de Larson? Oh, no... No puedo...

—Espera, aún no he terminado. Cuando Lucía falleció, se la entregué a mi hijo con estas palabras: «Cuando sientas algo tan grande dentro tuyo que creas que va a explotar en tu pecho, ese día, solo ese día y no antes, dale a la mujer de tu vida esto como testigo de lo que sientes. Será el recordatorio y la promesa de que estarás para ella incondicionalmente». El día que me vinieron a socorrer en la ruta, vi la cadenita en tu cuello, y aunque permanecía debajo de tu remera, supe que te la había entregado. Y ya te quise solo por eso. Porque entendí que lo eras todo para Larson.

A Lola le resbalaban las lágrimas por las mejillas.

—Después, al enterarme de que eras argentina, no entendí por qué seguía hablándote en inglés si eras tan importante para él. Tienes que saber que Larson no ha vuelto a hablar español desde que su madre murió. Pero si tú habías aparecido, las cosas debían cambiar. Lo siento. Así lo sentí. Quiero a mi hijo con locura. Es todo lo que tengo en la vida. Y quiero que sea feliz.

En ese momento escuchaban el rugido de la Harley y salían para ver a Larson alejarse.

—Vamos, te mostraré un mapa. No es difícil llegar. Se llama Escondido Creek. Estoy seguro de que se dirigió allí.

Revisaron el mapa y trazaron el trayecto.

Lola esperaba poder llegar. Parecía sencillo, pero no estaba segura.

Bajaron las maletas de la camioneta y partió en busca de Larson.

Llegando al final de la ruta, el camino se abría en dos. Eso no figuraba en el mapa.

Se acercó con la camioneta y miró de cerca. Le pareció ver huellas de las ruedas de la moto en uno de los caminos. La tierra empezaba a secarse y desaparecían los rastros.

Eligió ese camino, y rezó para que fuera el correcto.

Recorrió unos mil metros, y giró hacia la izquierda siguiendo las marcas en el suelo.

Apareció la laguna que le había referenciado Liam. Pero el camino se tornaba casi intransitable. Así que decidió bajar y caminar.

Recorrió otros doscientos metros cuando divisó, a la orilla de la laguna, el gran sauce que le mencionara Liam.

Sus ramas caían sobre el agua acariciándola.

Se acercó. No veía la moto por ninguna parte. ¿Y si Liam se había equivocado? ¿Si Larson se había ido a otra parte? ¿Qué haría?

Comenzaba a desesperarse, cuando vio algo que brillaba detrás del frondoso sauce.

Avanzó un poco más y la divisó. Ahí estaba la Harley, escondida entre el follaje del árbol. Suspiró profundo. Liam sí que conocía bien a su hijo. ¡Gracias a Dios!

Cuando estaba a tan solo unos pasos del agua lo encontró. Sentado, con la cabeza entre las piernas y los brazos por delante, abrazándolas. Las manos cubrían su cara por completo.

Se acercó un poco más y le habló en castellano.

—Hola.

Larson levantó la cabeza y se dio vuelta. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar.

Se paró de un salto mientras Lola llegaba a su lado.

—No te has ido —le respondió él, por primera vez en español.

Escucharlo hablar en su idioma le produjo una terrible conmoción. Tenía muchos sentimientos revoloteando en su interior.

Quería abrazarlo, gritarle, besarlo, empujarlo al agua. Todo junto y al mismo tiempo.

Pero solo lo miró a los ojos. Sintió que podía ver su alma a través de ellos, y se largó a llorar.

—Perdóname, por favor. Esto es muy difícil para mí.

—Lo sé —dijo Lola, y lo abrazó.

Él también rompió en llanto.

Lloraban y se abrazaban con fuerza. La energía que emanaban hubiera movido una montaña.

Cuando los sollozos cesaron, se miraron a los ojos otra vez. Los de Larson brillaban, los de Lola se habían vuelto casi transparentes.

Se dieron un beso profundo. Largo. Intenso. Abrazándose con la misma fuerza que antes. Cualquiera hubiera dicho que temían que el otro desapareciera.

Estuvieron así un largo rato, con sus cuerpos pegados y sus bocas entrelazadas, con el sauce como único testigo.

Cuando la desesperación dio paso al sosiego, se separaron lentamente.

Se dieron la mano y caminaron hacia la orilla, en silencio.

Se sentaron en un tronco caído.

—Debo contarte todo lo que sucedió aquel día. Trataré de hacerlo en español. Perdona si no hallo las palabras adecuadas.

Lola asintió con la cabeza.

—Habían alertado de tornados en la zona. Uno había destrozado un rancho a cuarenta kilómetros, hacia el norte. Mi padre había ido al pueblo en busca de tablones para asegurar las ventanas de la cabaña. Nuestro refugio antitornados estaba preparado con todo lo necesario. No había nada que temer. Yo no había ido a la escuela porque habían suspendido las clases debido a la alerta.

—¿Cuántos años tenías? —interrumpió Lola, todavía impresionada por su perfecto español.

—Doce. A lo lejos vimos la tierra arremolinarse. Mi mamá estaba preocupada porque papá no regresaba. Y tomó la decisión. El peligro era inminente. A esa altura todo era polvo y confusión. Primero entré yo al refugio. Cuando mi madre bajaba la escalera, escuché el relincho de un caballo. Se dio vuelta y vio cómo volaba el portón del cobertizo. Salió corriendo porque allí estaba la potra preñada, la que habían separado del resto. Yo corrí detrás, ella gritó que me quedara, pero no le hice caso. Un alambre de púas que rodaba me enredó y caí. El viento me arrastró unos metros y quedé atrapado a un poste, enganchado con el alambre. Cuando levanté la cabeza vi a mi mamá desaparecer junto con el cobertizo. Me encontraron, enroscado en el poste, sangrando y desvanecido. Nunca hallaron el cuerpo de mi madre.

—Esa es la cicatriz que tenés, la que atraviesa tu espalda —dijo Lola impresionada. En el relato, Larson había intercalado algunas palabras en inglés, pero seguía asombrada de lo bien que se expresaba.

—El alambre me salvó de correr el mismo destino que mi madre. Por alguna razón, nunca más había podido hablar su idioma, mi segundo idioma, hasta hoy.

Las lágrimas saltaban de sus ojos y corrían suaves por sus mejillas.

Lola se las secó con la mano.

—Lo siento tanto. Yo no sabía...

Él la calló colocando un dedo sobre su boca.

—Debí contarte todo esto mucho antes. Perdóname. Y la cadenita...

—Lo sé. Tu padre me lo dijo.

—Por eso estás aquí.

—Sí. Él sabía dónde estarías. Y quería que tú mismo me contaras el resto de la historia, esta que acabas de relatarme. Él se siente mal por haber precipitado todo. Solo quería ayudar.

—Lo sé. Soy todo lo que tiene.

—Y te ama profundamente.

—¿Así amaré yo a *nuestros hijos*?

Haberlo escuchado decir «nuestros hijos», y además con tanta dulzura, la sobrepasó. Cómo lo amaba. Pero al mismo tiempo la sumió en una pena profunda. Ella no podía quedarse. Debía regresar a Buenos Aires. Tenía una vida allí, un trabajo, una casa, una mascota.

Larson también tenía una vida. Y por demás complicada. Llena de compromisos que no podría evadir por mucho tiempo. Qué difícil era todo...

Lola lo abrazó sin decir nada. Y así se quedaron un largo rato.

* * *

Llegaron a la casa pasado el mediodía.

Larson manejaba la Harley, y Lola lo seguía detrás. Lo habían pensado, pero hubiera sido imposible cargar la moto en la camioneta ellos solos.

Igual, Lola había disfrutado de la visión de Larson manejando. Vista que tenía para ella sola. ¡Qué hermoso, cómo lo amaba! ¿Cómo haría para separarse de él?

Liam había decidido dejarlos solos. Se iría a visitar a unos amigos. Los chicos necesitaban reacomodarse a la nueva realidad.

Ya solos, en la intimidad, se sinceraron.

—Cuando no te vi en la casa pensé que moriría. No sabía qué hacer. Creía que lo había perdido todo.

—Estuve a punto de irme. Estaba tan enojada... Sentía que me habías engañado. Si no fuera por tu papá... ¿Sabés el esfuerzo que estaba haciendo para mantener nuestras conversaciones en inglés? Quería decirte tantas cosas, y a veces me costaba mucho, pero pensaba que debía acostumbrarme, y me estaba haciendo a la idea de que el inglés sería nuestro único idioma.

—Y yo moría de amor cuando se te escapaban algunas frasecitas en español. Sobre todo cuando hacíamos el amor.

—Es que ahí no podía concentrarme —dijo sincera.

—¿Por qué sería? —Y la miró con picardía—. Pero debo felicitarte, tu inglés es excelente. ¿Mi español es tan bueno?

—Ya lo mejoraremos —le contestó, maliciosa.

Y ambos rieron. Todo lo aciago había pasado ya. O casi.

Solo le quedaban tres días a Lola. Luego debía regresar. Y Larson tenía que volver a las grabaciones.

Ambos querían retrasar el momento de tener que hablar de ello. Ya se las arreglarían. De alguna manera lo solucionarían.

—Lo que me gusta de cuando me hablas en tu idioma es cuando me dices *vos*. Cuando hablo el español no uso esa palabra.

—Lo que pasa es que solo se habla así en Argentina. Por ejemplo, yo no digo *tú me gustas mucho*, sino *vos me gustás mucho*.

—A ver, repítelo...

—Vos me gustás mucho.

—¿De veras? *Vos también. Me vuelves loco. ¿Lo dije bien?*

Lola se lo quería comer a besos.

—Sí, muy bien. Pero sería *volvés. Me volvés loco*. Es difícil.

Y se trepó sobre él para comérselo a besos.

—Dime más cosas, así aprendo.

Lola no podía, lo estaba besando por todas partes. Absolutamente todas.

—Si te hablo no puedo hacer lo que estoy haciendo.

—Las mujeres pueden hacer varias cosas al mismo tiempo.

—Tenés razón. —Y mientras lo besaba le empezó a decir—: *Vos sos hermoso*.

Un beso.

—Me derrito cuando estoy con *vos*.

Otro beso.

—*Vos* no sabés lo que me pasa cuando te miro.

Un beso más.

—Quiero que *vos* seas mío para siempre.

Un beso profundo en la boca.

Larson estaba extasiado. Esa mujer lo enloquecía de verdad. Amaba todo de ella. Quería todo de ella. Y ya no dejó que hablara más.

La despojó de su ropa y le hizo el amor con total intensidad.

Y ella se dejó hacer todo lo que Larson quería.

Porque era suya, suya para siempre.

Al día siguiente, Liam les anunció que organizaría una fiesta de despedida para Lola.

—Aquí es costumbre que, cuando alguien se va, se festeje su partida como un augurio de que pronto regresará. A veces no sucede así —y lo miró a Larson de reojo—, pero al menos lo intentamos.

A Lola le gustó la idea. Se divertirían y la pasarían bien, con música y amigos de la familia. ¿Por qué no? Además, intuía que era una especie de presentación en sociedad que Liam quería hacer de la novia de su hijo. ¡Qué lindo y raro sonaba eso! Si la escuchara Amanda no la reconocería.

Se puso a pensar qué se pondría.

Lo tenía. Se estrenaría el vestidito de *broderie* blanco. Pero debía tomar sol para lucir el modelo que había adquirido en la tienda de Melbourne.

Estaban juntos en el tanque australiano.

Ella con su bikini negra y él con una bermuda blanca y azul, larga hasta la rodilla.

Lola tomaba sol afuera, en una especie de pequeña plataforma que servía de descanso.

Larson estaba en el agua, con los brazos cruzados apoyados sobre la plataforma.

—Tenemos que hablar de lo que pasará después —dijo él tomando la iniciativa.

—Sí, lo sé. Pero lo pienso, me enredo, y no llego a ninguna parte con ese tema —respondió Lola.

—Lo importante ahora es pensar en lo inmediato. Yo debo concluir las grabaciones. Todavía no me lo confirmaron, pero creo que desde aquí iré a Los Ángeles. Allá debemos grabar los últimos dos temas del nuevo CD. Y después de eso deberían darnos unos días de vacaciones antes del lanzamiento. Aunque como me he tomado este descanso no programado, no sé cómo organizarán lo que sigue. Debería hablar con Baker. Hoy mismo lo haré.

—Lo mío es bastante más aburrido. Oficina, papeles, documentos atrasados para firmar... Hace un tiempo que me planteo si es realmente lo que me gusta. Pero necesito el empleo.

—Cuando acomodemos nuestras vidas, podrás pensar en eso detenidamente.

«¿Qué querrá decir con *acomodemos nuestras vidas?*». Lola necesitaba que fuera más claro. ¿Acaso quería que dejara todo y lo siguiera? Ella tenía familia, amigos, una profesión... ¡mascota!

Aunque con su familia no se llevaba como desearía. Desde que su madre había formado pareja nuevamente, tres años atrás, se había ido a vivir a Coronel Pringles. No se veían muy seguido, solo dos o tres veces al año, en alguna fecha importante (cumpleaños, día de la madre, Navidad). Con su hermano no se hablaba desde que murió su padre, cuando se generaron diferencias irreconciliables sobre algunas decisiones que debieron tomarse en su momento. Tenía a su sobrina, pero estaba segura de que en cualquier momento la reemplazaría por algún novio.

Sus amigas se habían distanciado, por diversos motivos. Los hijos, los maridos, el trabajo... Solo con Amanda mantenía una relación de verdadera amistad. Ayudaba el hecho de que trabajaban juntas. ¿Qué pasaría si dejaba el trabajo? ¿Seguiría todo igual?

Mirándolo en perspectiva, no abandonaría demasiado. Pero, por otra parte, por el trabajo de Larson sería imposible vivir en Argentina. Y ella no sabía si podría adaptarse a vivir en otro país.

¿A quién engañaba? De solo pensar que no vería a Larson por un tiempo se le hacía un nudo en el estómago. Lo seguiría hasta el fin del mundo, tan solo para verlo reír, con esa sonrisa de dientes perfectos.

Pensaba todo esto mientras Larson chapoteaba dentro del tanque. Cada tanto la salpicaba y ella se quejaba.

Vieron llegar la camioneta de Liam, y Larson le gritó para que los acompañara.

Era un día caluroso, y el agua estaba deliciosa.

—¡Gracias, hijo! Pero paso de la invitación. Debo guardar mis energías para el futuro, cuando utilice el tanque con mis nietos.

Ambos se miraron. Liam lo había dicho muy naturalmente. Si todo fuera tan simple...

—Ven aquí. —Larson tomó de la cintura a Lola y la metió al agua con él.

—¡Ay! ¡Está fría!

—No seas llorona. —Y la empujó con él hacia abajo. Cuando emergieron del agua, la tomó de las manos, entrelazando los dedos y quedando con los antebrazos pegados.

—¿Cuántos hijos te gustaría tener?

Esa pregunta la tomó por sorpresa. Con Lorenzo habían convivido casi ocho años. Y él jamás había tocado el tema de los hijos. Al principio lo veían como algo lejano. Después, las obligaciones de ambos implicaron una postergación. Y en los últimos dos años los altibajos de la relación habían hecho lo suyo. Era algo que ya creía descartado para su vida... hasta ese momento.

—¿Me escuchaste?

—Sí... sí.

—Más de uno seguro. A mí me hubiera gustado tener un hermano. Creo que lo hubiera disfrutado. Pero creo que la madre tiene prioridad en la decisión. Es la que lleva la peor parte.

Lo escuchaba hablar tan seguro, con tanta sencillez del tema... Era adorable.

Por fin Lola respondió.

—Creo que dos estaría bien. Después de todo yo no puedo esperar mucho —le salió así, casi sin pensarlo.

—Entonces no perdamos tiempo, hagamos nuestro bebé ahora. —Y la arrinconó contra la pared de madera del tanque, sonriendo.

—¡Larson! ¡Está tu papá por ahí!

—No creo que se espante. ¿Sabes? Yo sé dónde fui concebido.

—¿Cómo que lo sabés?

—Una vez se los pregunté.

—¿De veras? ¿Cuándo eras niño le preguntaste eso a tus padres? —Lola estaba sorprendida.

—Sí. Estábamos viendo el tema de la reproducción en la escuela, y cuando llegué a casa se los pregunté directamente. La historia es algo graciosa... Escucha. Estaban en el pueblo de mi madre. Habían ido al río en grupo a pasar el día. Ellos aún eran novios. Se separaron del resto porque necesitaban estar solos, juntos. Cuando regresaron, los demás se habían ido. Así que se quedaron toda la noche allí. Imagínate el tiempo que tuvieron. A pesar del frío, lo aprovecharon al máximo. —Se rio—. Al día siguiente mi abuelo, el papá de mi mamá, los fue a buscar. Se armó un escándalo. Mi mamá era una mujer adulta, pero eso no importaba. En aquellos tiempos todavía había prejuicios de todo tipo. Bueno, el asunto es que yo fui concebido aquella noche en el río — finalizó sonriendo.

—Y te crees que por eso podemos hacer cualquier cosa en cualquier lado.

—Yo solo decía...

Lola comenzó a mojarlo en la cara dando manotazos en el agua, hasta conseguir que se apartara. Entonces se apresuró a salir del tanque.

Mientras subía la escalerilla, se volteó y, triunfal, le sacó la lengua.

Larson la señaló con el dedo.

—Ya te atraparé.

Y mirándola de atrás en toda su dimensión, pensó que esa era otra gran razón por la cual amaba a esa chica. Y rio de lo grotesco que había sido su pensamiento.

El resto de ese día y el siguiente lo pasaron juntos.

Hicieron una nueva cabalgata, una breve incursión al pueblo en busca de víveres, e incluso una siesta bajo el sauce de la laguna.

Por la noche disfrutaban del sexo y de tenerse el uno al otro en la misma cama.

Reían, se contaban anécdotas. Hablaban de su trabajo y de sus amigos. Larson evitaba temas relacionados con el exesposo de Lola. Aún no estaba preparado para eso. Además, sabía que todavía no habían iniciado los trámites del divorcio, y eso le molestaba enormemente. Pero no quería arruinar el poco tiempo que les quedaba con una discusión por celos.

Liam, por su parte, iba y venía, organizando la pequeña fiesta. Sería en la parte trasera de la cabaña. Colocarían lucecitas de colores, mesas alargadas para la comida y las bebidas. Incluso emplazarían una tarima de madera para que tocara en vivo la banda local de *country folk*.

Quería que todo saliera perfecto para su hijo y para Lola.
No tenía idea de lo que podía ocurrir.

El día había llegado.

Los primeros rayos de sol se colaban por entre las rendijas de las persianas.

Larson estiró el brazo, y el contacto con la piel suave y desnuda de Lola lo despabiló.

Ella estaba boca abajo, y aún dormía.

Comenzó a acariciarla y a besarle la espalda, deteniéndose en cada vértebra. Cada tanto se oía un quejido de Lola, que seguía con los ojos cerrados.

Sus manos tocaban, sentían, hasta que la humedad se hizo perceptible. Le susurró con voz ronca.

—Ya estás lista para mí.

Se colocó sobre ella hasta quedar completamente dentro de su cuerpo. Lola arqueó la cintura pegándose aún más a él. Larson se trastornó. Tomó sus manos por sobre su cabeza, entrelazando los dedos.

Se meció una y otra vez, y los gemidos ahogados fueron dando paso a respiraciones entrecortadas, hasta que Larson se dejó ir y colmó a Lola por completo.

Todo el peso de su cuerpo cayó sobre ella junto con la última exhalación.

Se mantuvieron así un rato, hasta que Lola suplicó por aire.

—Lo siento, me hubiera quedado a vivir allí —se sinceró Larson.

—Y te habría dejado, si yo no hubiera dejado de respirar. —Rio Lola.

—Ven aquí... —La abrazó y la llenó de besos en toda la cara.

Y así, entrelazados, se quedaron dormidos.

Cuando Lola despertó, Larson ya no estaba en la cama.

Encontró una notita en la almohada.

¡Qué lindo! Estaba escrita en español. Era simple, pero ella amaba esa letra de niño.

Fui a hacer unos recados.

No me tardo. No me extrañes.

Te amo, L.

Claro que lo extrañaría. Cada minuto sin él lo extrañaba. ¿Cómo haría cuando regresara a Buenos Aires? Tenía miedo de sufrir alguna conmoción.

Pero ya se había repuesto de cosas tremendas. Tendría que superar esto. Estarían separados

solo un tiempo... ¿un mes tal vez? No estaba segura.

Pasaría todo rápido, y antes de lo que se imaginaba, estarían juntos nuevamente. El trabajo la mantendría distraída.

Saldría con Amanda. Ella le exigiría que le contara todo con lujo de detalles. Y así lo haría. Eso mantendría vivos los recuerdos hasta el reencuentro con Larson.

Estaba sumida en esos pensamientos, cuando su amado se asomó por la puerta.

—¡Hola, dormilona! ¿Qué haces todavía en la cama? —Y corrió a besarla.

—Es que las sesiones de anoche y de esta mañana me dejaron exhausta, y todavía no me repongo.

Larson rio a carcajadas. ¿Cómo haría para dejarla ir?

—Pícara. ¡Te amo tanto! —Le daba besos pequeños en el cuello y en la nuca.

—Oh, por Dios, Larson, ¡no! Sabés lo que me hacen esos besitos en la nuca.

—¿Por qué piensas que te los doy?

—¿Y yo soy la pícara? —Le dio unas palmaditas en la cara y él frenó sus supuestas intenciones.

—Está bien, está bien. —Y se separó de ella—. Te traje algo.

Le entregó a Lola dos paquetitos.

Uno era pequeño, parecía envuelto por él mismo. El otro era una bolsita de papel muy prolija, blanca con letras negras, con un hermoso moño.

Lola abrió el primero. Era un MP4.

—Te puse todos los CD de la banda. Los cuatro. Y armé una *playlist* con los temas donde canto como principal. Aunque no tengo ninguno como solista. Solo Brian tiene. Él es el único que compuso una canción, por eso lo dejaron. Espero que ahora me dejen a mí, porque pienso componerte una canción. Ya tengo los acordes en mi mente, y escribiré la letra para ti. Será nuestra canción en el nuevo CD, ya verás.

Lola estaba emocionada. Se había tomado el trabajo de grabarle toda la discografía de la banda, seleccionado sus temas, y además... ¡le escribiría una canción!

—Lo escucharás durante el vuelo, ¿verdad?

—Te lo aseguro. —Y le dio un beso sonoro en la mejilla.

—Abre el otro.

Separó con cuidado las tiritas que pegaban la bolsa. La abrió y sacó de ella una cajita. Era un teléfono celular.

—No es de los mejores. Pero tiene una línea a mi nombre, de aquí. Con él podremos hablar cuándo y cuánto queramos. Ya guardé mi número personal en él. ¿Ves? Yo también lo tengo en mi agenda.

—¡Sos un genio! No se me hubiera ocurrido nunca.

Y se abrazaron. Los caminos se empezaban a allanar después de todo.

La tarde iba cayendo y los preparativos, finalizando.

Ramona había cocinado todo el día. Lola la había ayudado en lo que podía.

Larson y ella casi no habían estado juntos. Él se la pasó detrás de la cabaña cooperando con la instalación de las luces.

«Haciendo cosas de hombres», pensó divertida. Lorenzo no sabía ni cambiar una lamparita. Ella era la que hacía los pequeños arreglos en la casa.

Esa masculinidad innata de Larson le encantaba. Pero sobre todo su humildad. Él era una estrella. Bien podía negarse a todo aquello. Pero no, estaba a la par de los demás, ayudando. Ahora entendía perfectamente por qué decía que solo allí podía ser él mismo. Ahí no era alguien famoso, solo era Larson, y ella formaba parte de ese mundo.

De pronto sintió necesidad de verlo. Tenía que buscar una excusa.

Sirvió limonada en unos vasos, los colocó en una bandeja y salió de la casa.

Apoyó las bebidas en una mesa y lo vio, subido a una escalera, instalando la ristra de bombitas de colores.

Él la descubrió de inmediato, y del apuro por bajar, casi tropieza y arruina el trabajo.

Los hombres bromearon algo que Lola no comprendió, y él vino corriendo a su encuentro.

Estaba con el torso desnudo y con sus jeans rotos. Era tan lindo que le dolía verlo.

—Les traje refrescos.

—Te advierto que no me hago responsable de lo poco apetecible que me encuentro —le dijo haciendo un ademán para indicarle su suciedad.

No tenía idea de lo que provocaba en Lola, precisamente así, transpirado y sin remera.

—Siempre estás apetecible para mí.

—En ese caso... —La levantó por el aire, haciéndola girar.

Los otros hombres aplaudieron y vivaron. Ellos se besaron.

Le gustaba que ella lo amara en todas sus facetas. Las mujeres que habían pasado por su vida (no eran tantas después de todo) se deslumbraban por su fama o su dinero. Pero Lola lo quería así, con los jeans sucios y sin bañarse. Y eso la hacía única y especial.

Deseaba no tener que volver al mundo agotador de los flashes y los aplausos. Por momentos sentía lo que Lola le había dicho de ella misma. Quería otra cosa para su vida.

Todo ese cambio tenía que ver con Lola, y el deseo de vivir una nueva vida con ella.

Ya era la hora.

Se escuchaban murmullos en el exterior. Y comenzaba a sonar la música.

Lola ultimaba los detalles. Un poco de su perfume... Estaba lista.

Entró Larson, que se había ido a cambiar al otro cuarto para darle algo de privacidad.

Cuando la vio se quedó mudo.

¡Qué bella era! El bronceado le sentaba fantástico. Tenía pecas en los hombros, recién lo notaba. Con ese vestidito vaporoso... Dios, se iba a infartar ahí mismo.

—¡Guauuuuuu!

—Gracias, ¿te gusta? Lo compré aquel día que te fuiste a filmar a la playa. Parece que fue hace tanto... y en realidad pasaron solo unos días.

—¿Que si me gusta? Me parece que abandonaremos la reunión y nos quedaremos aquí. Te quiero solo para mí. Me pondré celoso cuando los otros te vean.

—¿Celoso? ¿Acaso no dijiste que no eras celoso?

—Creo que cambié.

La abrazó y hundió su rostro en el cuello de Lola. Quería embriagarse con su perfume.

Ella lo dejaba. Amaba cuando hacía eso. Lo sentía rendido a ella.

Ambos se hallaban en ese éxtasis amoroso cuando Liam los llamó desde abajo.

—Chicos, ¿están listos? Ya llegaron todos.

—¡Ya bajamos, papá!

En ese momento, Larson, que se había despegado de Lola para no tentarse, vio las preciosas sandalias de tiritas que llevaba en sus pies. Le dejaban los dedos al aire, enseñando sus uñas pintadas de rosa chicle.

¿En qué momento las habría pintado? Las uñas de sus manos iban pintadas del mismo color. Y tenía el cabello recogido hacia los costados, con hebillitas de mariposas.

¿Ella sola era capaz de arreglarse así? Nunca llegaría a comprender algunos secretos de belleza de las mujeres.

—Una sola cosa. —Y le señaló los pies—. No puedes ir así allá. Se te arruinarían por completo.

—Es que creí que...

—Esto es lo que debes ponerte. —Y tomó del costado las botas texanas que le había regalado el primer día, y que Lola venía usando desde entonces.

—Es que... no combinan.

—No tienen que combinar. Verás. Allá afuera todos están con sus botas. Recuerda que donde caminemos y bailemos, andan a diario los animales. No querrás llevarte una sorpresa desagradable...

—No, pero...

—Sin peros. ¿Ves? Yo también las llevo puestas. Hasta Ramona se puso unas, que siempre anda en alpargatas.

—Está bien...

—Ven aquí. —La sentó en la cama y con delicadeza le quitó las sandalias rosadas.

El tacto con la suave piel de Lola lo sacó de sí y esta vez ya no pudo contenerse. Recorrió con sus manos las piernas bronceadas y sexys. Avanzó por debajo del vestido hasta rozar con los dedos el elástico de su ropa interior.

Lola lanzó un pequeño quejido de placer. Estaban a punto de hacerlo, cuando nuevamente se oyó al papá de Larson desde abajo.

—¡Chicos!

Eso los volvió a la realidad. Lola se paró de un salto y se puso las botas.

—Vamos —le dijo, estirando su brazo.

Larson no podía moverse.

—Claro, para ti es fácil. Yo en cambio, hay cosas que no puedo disimular.

—Ya se te pasará. Cuando lleguemos allá estarás bien.

—Si eso no ocurre, tú me cubres.

—Hecho. —Y lo empujó para que se levantara.

La música sonaba fuerte y la gente se servía comida y bebida de las mesas dispuestas en U.

Ellos se acercaron, de la mano.

Todas, absolutamente todas las miradas, se dirigieron a Lola.

Algunos pocos ya la habían visto. Pero para la mayoría era una intriga. Además, el rumor de que era bella y mucho mayor que Larson se había regado por todo el pueblo.

Algunos de los hombres la miraban con codicia. Otros con admiración. Y todos los presentes, para sus adentros, coincidían en que la argentina era una mujer hermosa. Pero además, tenía un atractivo especial, que iba más allá de la belleza física. Y junto a Larson, veían que ese atractivo se magnificaba. Porque el encanto propio de Larson, en lugar de opacarla, la hacía brillar.

Formaban una pareja espectacular. Las revistas del corazón matarían por sacarlos en la primera página.

Liam pidió un brindis para la agasajada. Y la fiesta comenzó oficialmente.

Les llevó un largo rato a Larson y a su padre presentarle a los asistentes. Lola no recordaba ni uno solo de los nombres.

Por fin sonó una canción que parecía gustarle a la mayoría, lo que los salvó de seguir haciendo sociales, porque todos corrieron a bailar.

Fueron a servirse algo para beber. Ninguno de los dos tomaba alcohol así que optaron por el ponche de niños.

Algo había allí flotando. Algo que ambos sabían. Era su última noche juntos. Pero no lo decían. Trataban de hacer como que no pasaba nada, aunque supieran que no era cierto.

Después de un rato, la música bajó los decibeles. Un hermoso tema lento comenzó a sonar.

Larson tomó a Lola de la mano, y la condujo al centro de la improvisada pista. Era la primera vez que bailaban juntos. Lola apoyó la mejilla en la de Larson y rodeó su cuello con ambos brazos. Él se ciñó fuerte a su cintura.

Cerraron los ojos. Se movían acompasadamente. Querían detener el tiempo en ese instante.

Larson le susurró.

—Te amo, Lola Montiel. —Lo hizo de la forma más dulce que ella jamás hubiera imaginado.

Lola se separó un poco y lo miró a los ojos.

—Te amo, Larson Mackenzie, con todo mi ser.

Larson hubiera muerto ahí mismo. Era el hombre más feliz de la Tierra. Tomó su rostro entre sus manos, y le siguió hablando con voz trémula.

—Me haces muy feliz. Soy inmensamente feliz a tu lado.

Ella puso sus manos sobre las de él, y solo agregó con suavidad.

—Yo también.

Se besaron tiernamente. Un beso suave, romántico.

El mundo a su alrededor había desaparecido.

Mientras, a cierta distancia, Kathleen, la rubia del incidente en la tienda, los observaba con un odio profundo.

Después de un rato de bailar muy apretados, Larson le habló al oído.

—Vamos.

La tomó de la mano y se fueron alejando de la pista, de las mesas, de la música.

Detrás de ellos, a una distancia prudencial, Kathleen no les perdía las pisadas.

Llevó a Lola a la parte trasera del cobertizo. Del otro lado, se oían los sonidos de los caballos. Y mucho más lejos, la música de la fiesta.

En aquella penumbra, el vestido blanco de Lola refulgía.

Le acarició el cabello. Ese peinado hacía que pareciera una niña.

—Necesitaba estar a solas contigo —dijo Larson.

—Yo también. —Y en silencio le agradeció la iniciativa.

El lugar estaba lleno de fardos de heno.

Larson se quitó la camisa roja a cuadros que llevaba puesta y la colocó sobre uno de los fardos, acomodándola con prolijidad. Luego se quitó la camiseta y la puso en otro, improvisando una cama.

La visión de Larson con el torso desnudo, organizando el espacio donde sin duda harían el amor, provocó a Lola. Lo tomó de atrás, acariciando por delante los pectorales de Larson. Sus tetillas se erizaron al instante. Lola bajó sus manos hacia el vientre con abdominales trabajados, y los masajeó sin pudor. Luego siguió bajando, y metió la mano por debajo del pantalón. Allí se encontró con el vigor de su amado, que suspiró profundo.

—Así que lo haremos en el cobertizo... ¡qué erótico! —le susurró con voz sensual.

Larson quería girar, pero Lola lo mantenía quieto con su mano dentro del pantalón.

—¿Y qué me harás, Larson Mackenzie? —lo provocó.

—Lo que quieras.

—¿Lo que yo quiera? —insistió.

—Lo que tú quieras.

—Bien.

Lo soltó y se recostó sobre las ropas de Larson, abriendo las piernas y levantando levemente la falda.

Larson se abalanzó sobre ella como un torbellino.

La besó salvajemente mientras sus manos recorrían las piernas desnudas de Lola.

Luego bajó y comenzó a transitar con su lengua por la entrepierna aterciopelada. Corrió la bikini y siguió allí.

Lola explotaba de placer.

Él siguió y siguió hasta que ella no resistió más y estalló en un éxtasis infinito.

Cómo disfrutó de verla gozar así. Había descubierto su debilidad, guiado por ella. Algo que usaría para hacerla deleitar cada vez que estuvieran juntos.

Aún con la respiración entrecortada, Lola lo hizo sentar. Ahora le tocaba a ella hacerlo disfrutar.

Le bajó el cierre del pantalón y se colocó a horcajadas sobre él. Corrió la ropa interior de ambos y se ajustó hasta que él quedara dentro de ella.

Estaban cara a cara, mirándose a los ojos. Él la sostenía de la cintura. Ella le tomaba el rostro entre sus manos. Y así, viéndose el uno al otro, se amaron, se gozaron, se colmaron.

Terminaron abrazados. No querían separarse. No querían salir de allí. No querían que la noche acabara.

Pero no se imaginaban que aún muchas cosas sucederían esa noche. Porque detrás de una pila de heno, Kathleen lo había observado todo.

—Debo ir a cambiarme. Mi ropa interior está en un estado calamitoso —dijo Lola aún sin bajarse de Larson.

—¿Qué habrás hecho! —Y la besuqueaba en el cuello—. Ve para la casa. Yo volveré a la fiesta antes de que levantemos demasiadas sospechas.

Lola se levantó.

—¿Crees que no se han dado cuenta ya de nuestra ausencia?

—Con suerte solo unos pocos. La bebida hace perder la noción del tiempo, y ya estarán todos con varias copas demás —dijo mientras sacudía el heno de su camisa.

Se dieron un beso corto y Larson comenzó a caminar hacia la salida delantera del cobertizo.

Ella salió por la parte de atrás, por donde habían ingresado.

Detrás, por entre las sombras, iba Kathleen.

Lola ingresó a la cabaña. Subió las escaleras y se metió en el baño del dormitorio.

Salió al rato. Se había higienizado y retocado el maquillaje. Abrió el cajón de la ropa interior y eligió una bikini.

Cuando se la estaba colocando escuchó un ruido abajo.

—¿Larson? —llamó, pero había silencio.

Volvió a llamar, y nada. Solo escuchó el crujido de la madera de la escalera.

Se asomó por la puerta cuando alguien la interceptó y la empujó contra la pared.

En el momento en que se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, tenía a Kathleen apretándole la garganta con un cuchillo de cocina.

—¡Perra! ¡Maldita perra! Lo tienes comiendo de tu mano. Pero eso se acabó. Él volverá a mí como cuando éramos chicos. Lo esperé todos estos años. Cuando me enteré de que estaría de regreso, planifiqué todo. La cena con velas. Mi vestido largo, el que nunca usé porque no estuvo para nuestra graduación. Pero no. Tuviste que venir con él. ¿Qué le hiciste, condenada bruja? ¡No saca los ojos de ti ni un minuto! Pero ya arreglaremos eso.

Cada frase que Kathleen decía, apretaba un poco más el cuchillo.

Lola estaba aterrada. Tenía que encontrar alguna manera para distraerla. ¿Pero cómo?

Afuera, Larson se encontraba con un grupo reducido de hombres, los que habían ayudado por la tarde con los preparativos.

—¡Hey! ¿Dónde te escabulliste con tu chica? Deja eso para luego, ¡ven a escuchar lo que cuenta Peter!

—Ah, picarón —le dijo otro, sacudiéndole un heno del hombro y guiñándole el ojo—. Te mereces esta felicidad. ¡Brindo por ello! —Y alzó la copa.

—¡*Sheriff*! Ve a buscar más cerveza a la cabaña —pidió Liam, que estaba solucionando algo con las luces.

John, el *sheriff* del condado, salió caminando hacia la casa. Larson fue detrás. Lola estaba allí y no quería que se asustara.

Cuando ingresaron escucharon una voz en la planta alta.

Larson se dio cuenta de que no era Lola. Otra mujer hablaba con la voz alterada, y en inglés.

Subió. John fue detrás.

Los rápidos pasos en la escalera sorprendieron a Kathleen. Lola aprovechó la distracción para empujarla.

La rubia se abalanzó sobre ella, pero había perdido el cuchillo, así que la tomó con ambas manos por el cuello.

En ese instante, John tironeó con violencia de sus cabellos.

—¡Déjala! —le ordenó.

Pero Kathleen estaba fuera de sí. Apretaba con fuerza mientras sus ojos inyectados miraban a Lola con furia.

Lola se aferraba a las muñecas en un intento por separar las manos de su cuello.

Larson intervino. Con un movimiento rápido tiró de sus piernas y la desestabilizó.

Kathleen gritó y soltó a Lola.

Entonces John aprovechó para inmovilizarla.

Larson se precipitó para socorrer a Lola mientras John se llevaba a la trastornada fuera de la escena.

—¿Qué ocurrió? ¿Estás bien? ¡Qué locura! ¿Te hizo daño?

—Estoy bien. Llegaron en el momento justo. No sé qué podría haber pasado —dijo, señalando el cuchillo en el piso.

—¡Es una loca desquiciada! Si te ocurría algo, yo... —Y la abrazó con toda su fuerza ahogando sus palabras.

—Ya terminó todo. Pero ¿qué pasará con ella? ¿Y si vuelve a intentar algo?

—Eso no sucederá. Kathleen es la hija del *sheriff*. Él sabrá qué hacer, te lo aseguro.

Se mantuvieron pegados un rato. Cuando Larson sintió que Lola estaba tranquila, salieron.

En el exterior la fiesta continuaba, pero era hora de ir finalizando el agasajo.

Ya en la cocina de la cabaña, cuando todos los invitados se habían retirado, Lola le relataba a Liam lo sucedido.

—¡Por el amor de Dios! ¡Qué obsesión psicótica! —De los nervios lo había dicho en inglés.

Larson pasaba su brazo por la espalda de Lola, y le acariciaba el hombro.

Mientras, Liam servía la segunda ronda de té.

—Me preocupa que vuelva a suceder. Yo me voy, pero ustedes seguirán aquí. ¿Y si intenta lastimarte? —le dijo a Larson mirándolo a los ojos.

—Estoy seguro de que John se encargará de enviarla bien lejos. No le conviene que haya habladurías sobre su hija en el pueblo, hasta podríamos denunciarla. Y él es el *sheriff* del condado.

—Opino igual —terció Larson—. ¿Vamos a dormir? Todo esto fue agotador, y mañana te espera un largo viaje...

Larson quería pasar a solas con Lola los últimos momentos de su estancia en Kingsville.

Subieron al cuarto y Liam se retiró a su refugio.

Se desvistieron en silencio.

Lola dobló el vestido. Separó la ropa con la que viajaría y trató de guardar todo. Con las últimas compras que había hecho en el pueblo, no le cabían las cosas en el bolso.

Sacó todo, abrió la valija e hizo algunos intercambios.

Larson se divertía viéndola ir y venir, e intentar una y otra vez en vano cerrar el bolso y la maleta.

Hasta que por fin todo entró en algún lugar. Pero no se dio cuenta de que en ese intercambio, el celular que le había comprado Larson quedó traspapelado entre la ropa de la valija.

—Ven —le dijo cuando ella se sentaba, agotada, en el borde de la cama.

Lola se arrastró y se ubicó a su lado, panza abajo, abrazándolo.

—Las botas te las dejo. Solo puedo usarlas aquí.

—Para cuando regreses. —Y le acarició el cabello.

Habían dejado la luz del velador encendida, como si temieran dejar de verse.

—Lástima que la noche haya terminado así —susurró él.

—Ya pasó. Por favor, no pienses más en eso. Es nuestra última noche juntos.

Larson le pasó los dedos por el cuello. Había quedado una mínima marca.

Lola le tomó la mano y se la besó.

—Tengo un dolor acá adentro, una angustia —dijo Lola recostándose boca arriba y tocándose en el medio del pecho—. No sé qué voy a hacer cuando me vaya y ya no te tenga conmigo.

—Pasará rápido. Antes de que te des cuenta estaremos juntos otra vez.

Larson decía cosas de las cuales no estaba convencido. Porque la verdad era que no sabía cuánto tiempo pasaría hasta volverla a ver. Pero necesitaba darse ánimo.

Lola lo miró y le besó la nariz. No estaba segura de si quería hacer el amor, o solo quedarse así, abrazada a él hasta que se hiciera la mañana.

Larson comenzó a acariciarle la cara con la punta de los dedos. El índice por los labios, el mayor por la nariz y el anular por las cejas y los párpados. Como si con ese movimiento estuviera grabando en su memoria táctil cada centímetro de su rostro.

Se acercó, tímido, y la besó como un niño que daba su primer beso. Apenas rozando la boca con la de ella. Sintió que Lola pedía más y volvió a besarla, esta vez con la boca abierta. Sus lenguas se tocaron tímidas. Era como si todo estuviera ocurriendo por primera vez.

Los cuerpos se rozaban sin apuro. La escena transcurría como en cámara lenta. No había apremio, ni desesperación. Todo era calmo y sin urgencias.

Las yemas de los dedos rozaban el vientre de Lola, trémulas, como no animándose a más.

Las manos de ella recorrían la espalda de Larson con suaves caricias.

Y así fueron avanzando hasta quedar desnudos. Sigilosamente, como si quisieran evitar que los descubrieran.

Hicieron el amor de una manera imperceptible. Tocándose, sintiéndose un solo cuerpo y una sola alma.

En silencio, terminaron juntos. Fue un instante sublime de amor puro que uno consagraba al

otro.

Y así, unidos y en la quietud de la noche, se quedaron dormidos.

Iban en silencio por la carretera.

Un amigo de Liam les había prestado el auto.

—Te voy a enseñar a manejar con cambios.

—Ya lo intenté y no lo logré.

—Conmigo vas a aprender. ¡Mi pobrecito que no sabe manejar de verdad!

—¿Te burlas de mí?

—Sí.

—Eres cruel.

El aeropuerto Corpus Christi quedaba a cuarenta y cinco kilómetros de Kingsville.

El vuelo que tomaría Lola partía a las siete de la tarde, y haría escala en Miami, donde debía cambiar de avión.

Era mediodía, tenían tiempo de sobra.

Apenas dos kilómetros antes de llegar al aeropuerto, pasaron por un motel.

Ambos se miraron. Y rieron. Habían pensado lo mismo. Tenían más de seis horas hasta la salida del avión. Cuatro horas completas para ellos.

Larson volvió sobre sus huellas y estacionaron el coche.

Pidieron una habitación.

—Mira que no va ser algo delicado. Solo confiemos en que esté limpio.

—No te preocupes. ¡Me siento como en las películas! Esperemos que no aparezca un loco asesino serial.

—Aquí cerca está el pueblo de *Masacre en Texas*.

—¡Uy! —dijo divertida, y abrazó a Larson por la cintura.

La habitación lucía bien. Quitaron el acolchado y lo dejaron en el piso. Las sábanas estaban limpias. En el baño había olor a desinfectante.

—Ok. No moriremos —sentenció Larson.

—¡Salvo que aparezca el de la motosierra!

Y rieron a carcajadas.

Se acostaron vestidos. Se abrazaron.

A Lola le vinieron ganas de llorar, pero se había prometido a sí misma no hacerlo.

Apretó la mano de Larson, y él se dio cuenta de lo que ocurría.

—Va a salir todo bien. Nos extrañaremos mucho, y contaremos los días para volvernos a ver. El trabajo nos mantendrá ocupados. Si nos ataca la tristeza, pensaremos en alguno de los lindos momentos que pasamos juntos. Eso ayudará a que nos sintamos mejor.

—Podría ser la letra de tu próxima canción.

—¡Tienes razón! Necesito lápiz y papel. —E hizo un ademán como que buscaba por ahí.

—¡Sos gracioso! Nunca te lo dije. Me encanta tu personaje en la serie de TV. Sos así, igual.

—Me pagaban por hacer de mí mismo, eso es *cool*. Lástima que no continuó. La pasábamos bien en las grabaciones. Era divertido.

—Siempre me preguntaba cómo serías en la vida real.

—¿De verdad? ¿Me veías y pensabas acerca de mí?

—Sí. ¡Me da vergüenza!

—Es muy halagador. Entonces podríamos decir que nuestro primer encuentro no fue tan casual.

—En realidad, sí. Yo acompañé a mi sobrina. Los pases los recibí a través de una amiga. Aunque debo confesarte que me daba nervios verte en persona.

—¡Estabas tan linda!

—¿Lo recordás? Por favor, contame.

—Ahora me va a dar vergüenza a mí.

—Larson Mackenzie con vergüenza. ¡No lo creo!

—En verdad, puedo llegar a ser muy vergonzoso. No sé qué me pasó contigo. Después, estando solo, recordaba y no podía creer mi osadía.

—¡Me encerraste en tu camarín! Yo volví volando en una nube, sentía como si hubiera estado en una especie de sueño extraño. Era surrealista haberme besado, así, contigo, mientras todos esperaban por el *show*.

—Aquella noche no dormí. Tenía miedo de no volverte a ver. Llamé a mi agente para que moviera cielo y tierra y te encontrarán. Porque tus datos los tenían, pero tal vez la dirección no fuera la correcta... no sé, podía pasar cualquier cosa. Y no fue fácil. Tuvieron que molestar a varias personas. Pero ya sabes cómo me quiere J. P.

—Y no sabés mi sorpresa cuando me llegó la credencial nueva. Por un lado confirmaba que no lo había soñado, y después, que querías verme de nuevo.

—Y lo que fue para mí, volverte a ver, ahí, parada en la puerta del tráiler... Tenía ganas de saltar y gritar de alegría. Además estabas perfecta.

—Me había comprado toda la ropa que llevaba puesta. Hasta había ido a la peluquería. ¡Y solo atinaste a decirme que había llegado tarde!

—Debía hacerme desear un poco, por eso te dije lo de la hora.

—¡Qué malo!

—Lo que no me di cuenta era que habías cambiado algo en tu pelo.

—Solo un pequeño cambio.

—¿A ver? —Larson tomó su billetera y buscó algo.

De pronto, sacó la credencial de Lola.

—¡No! ¡No! ¡No! ¿Cómo tenés eso? ¡Estoy horrible! Pero un momento... si la credencial la tengo yo...

—Será la del primer día. Esta te la saqué cuando te di la cadenita. ¡Algo debía llevarme a cambio!

—Tramposo. Yo ni me di cuenta. Es más, siempre pensé que había quedado en el auto. Dame eso. Hasta el guardia me dijo que no me favorecía.

—¡Nada que ver! Convengamos que personalmente eres mucho más hermosa. Pero me gusta. Además, es la única foto tuya que tengo.

—Entonces saquémonos una ahora, con tu teléfono.

—No soy bueno para las *selfies*. —Hasta en eso eran iguales, pensó Lola.

—Yo tampoco, pero cualquier cosa será mejor que esa foto de la credencial.

—Bueno, veamos. —Tomó el celular y seleccionó una opción—. Ah, espera, debería ponerla en este modo ¿no? Listo, creo que ahora ya está.

Apuntó. Se veían lindos con las cabezas sobre la almohada. ¡*Click!*

—Ya está.

—¿A ver? —dijo Lola.

Larson le mostró la foto. Lola se emocionó. Y no se pudo contener.

Las lágrimas corrían por sus mejillas, en silencio.

—No... Por favor... Shhhh... Mira, ahí la envié al teléfono que te llevas. Así podremos mirarnos y recordarnos aquí, en este momento. Será *nuestro momento* para contarles a nuestros hijos en el futuro.

Larson no se lo decía, pero él también sentía profundas ganas de llorar.

Empezó a besar y lamer las lágrimas saladas de Lola. Le sostenía el rostro y no dejaba de besarla.

Lola se tranquilizó. Lo tomaba de los bíceps y quería más besos suyos. Quería todos los besos que pudieran caber en el tiempo que les quedaba. Ojalá fueran suficientes.

Los besos fueron haciéndose más y más intensos. Los abrazos más fuertes. El deseo más y más grande.

Una fuerza sobrenatural los gobernaba y se apoderaba de sus cuerpos y de sus almas.

Hicieron el amor profunda y desesperadamente.

Pero esta vez era la desesperación de saberse pronto distanciados. No era la urgencia del deseo, sino la premura de tenerlo todo antes de que desapareciera.

Lo que no se imaginaban era que podía desaparecer para siempre.

En el aeropuerto, Larson acompañó a Lola hasta la puerta de embarque.

Cuando habían tramitado el cambio de pasaje, Larson no solo la pasó a primera clase, sino que además sacó un segundo pasaje para que nadie viajara a su lado.

Según le explicó a Lola, no eran celos en absoluto. Tenía sus fines prácticos. Primero, que él pudiera acceder a la zona de embarque, y segundo, que ella pudiera descansar tranquila durante todo el viaje, teniendo dos enormes asientos para ella sola.

Pero esa explicación no la convencía. ¡Con lo grandes que eran los asientos de primera!

En fin. No le dijo nada. Después de todo había sido un gesto de amor.

Eran los últimos minutos. La maleta había sido despachada hacía un largo rato, y Larson cargaba con el bolso pequeño de Lola.

Ya habían pasado todos los pasajeros. Todos menos ella.

Le acababan de avisar a la azafata que Larson no subiría al avión. La joven comprendió enseguida y se dio vuelta para no entrometerse en la despedida de los enamorados.

Larson la tomó por la cintura y le corrió un mechón de pelo hacia atrás de la oreja. Solo pronunció tres palabras.

—Nos vemos pronto.

—Nos vemos pronto —repitió Lola como si fuera un mantra.

Y se besaron. Una vez más. Sus lenguas se buscaron y se hallaron. Sus cuerpos se juntaron. Apretados, no querían decirse adiós.

La azafata carraspeó.

—Lo siento —dijo—, ya debe abordar señorita.

Se separaron dolorosamente.

Habían prometido marcharse sin darse vuelta. Pero ninguno cumplió su promesa.

Luego de caminar diez o doce pasos, Lola se volteó para observarlo una vez más.

Al verlo de frente, mirándola, no aguantó y corrió a abrazarlo.

Se dieron un último beso desolador, lleno de angustia.

Lola se separó empujándolo. Y salió corriendo, llorando desconsoladamente.

Larson se quedó allí parado. Solo. Llorando por dentro.

Lola se acurrucó en el asiento. Quería dormirse para no pensar. Pero no podía. Y mucho menos

dejar de pensar.

La azafata, que había presenciado la última escena, se desvivía por hacerla sentir mejor. Le traía bebidas y cosas para comer.

Pero parecía que Lola no volvería a comer jamás.

No veía la hora de llegar y llamar a Larson. Lo haría en Miami, cuando tuviera que cambiar de avión. Pero en ese momento se daba cuenta de que nunca había cargado la batería del teléfono nuevo.

¿En qué había estado pensando? ¿Cómo no se había fijado en ese detalle?

Un vez en el avión que la llevaría desde Miami a Buenos Aires, pidió que le dieran algo para poder dormir, sola no podría hacerlo.

No estaba permitido, pero la azafata, al verle la cara de sufrimiento, no preguntó nada y le dio una pastillita.

La medicación surtió el efecto deseado, porque despertó cuando estaban aterrizando en Ezeiza.

Solo esperaba finalizar todos los trámites para irse pronto a su casa. Ni siquiera pasaría por el *freeshop*. Le había prometido a Amanda un perfume. Pero ella entendería. No tenía ganas de nada.

Se dirigió al sector de Migraciones. Se encontró una larga fila de argentinos que regresaban. Debía tener paciencia.

Luego llegó el turno de la cinta transportadora de equipaje. Lo de siempre. La gente agolpada esperando sus valijas. Algunas caras agotadas, otras indiferentes. Hasta que la cinta comenzó a circular y todos con semblante expectante esperando tomar lo suyo y salir de allí.

Fueron pasando las maletas. Hasta que no quedaba gente esperando y en la cinta circulaban las mismas tres, una y otra vez. Solo un señor mayor y ella esperaban, con angustia.

—Parece que no es nuestro día de suerte —le dijo el hombre.

—No lo puedo creer —contestó Lola con cierto tono de desesperación.

—Estas cosas pasan. Pero no te preocupes, la ubicarán y la recuperarán. A veces lleva unos días. Pero la tendrás de regreso.

Una vez Lola había leído una nota donde decía que se pierden tres mil maletas por hora en los aeropuertos de todo el mundo. Esta vez le había tocado a ella, y al señor a su lado.

Con resignación, se dirigieron a realizar el reclamo al mostrador de equipaje extraviado.

—En un máximo de cuarenta y ocho horas nos comunicaremos con usted. No se preocupe. Aquí tiene la copia con el número de reclamo.

—Gracias —dijo secamente.

Pasó por la aduana. Ya no quedaba nadie, sería rápido. Además, no tenía casi equipaje (claro, se lo habían extraviado), así que no la demoraron.

Salió y se dirigió al baño.

Más aliviada, fue a la fila de taxis. Otra espera más. No quedaba otra.

Ya dentro del taxi, apoyó la cabeza en la ventanilla.

Era domingo, muy temprano en la mañana. Recién amanecía y prácticamente no había autos en

la autopista. Veía paisajes familiares. Su Buenos Aires querido allí estaba.

Texas tenía una diferencia horaria de tres horas menos. Ya lo había averiguado junto a Larson.

Al llegar pondría a cargar el teléfono, y luego trataría de ponerse en contacto con él. No veía la hora de volver a escuchar su voz.

Detrás de la puerta, Pipo maullaba.

Abrió con rapidez y el gato se refregó entre sus piernas. Pobrecito, la había extrañado y ella no estaba de ánimo para brindarle cariño. Su vecina lo había cuidado bien, no podía quejarse.

Corrió a su cuarto, se sacó la chaqueta, que revoleó sobre la cama, y se sentó junto al bolso.

Lo abrió buscando la cajita del celular.

Sacó el MP4 (que no había escuchado a pesar de la promesa), la billetera, los lentes de sol, el portadocumento con el pasaporte, algunas prendas de vestir... ¡había una remera de Larson!

Comenzó a desesperarse.

Dio vuelta el bolso y volcó el resto del contenido sobre la cama.

Ahí apareció la bolsita blanca con letras negras... vacía. La caja con el teléfono no estaba.

Revisó todo una y otra vez. No podía ser cierto. Si ella había guardado ambas cosas, bolsa y cajita, juntas.

Buscó y rebuscó varias veces. No entendía. Hasta que recordó la escena. Las risas de Larson y ella tratando en vano de cerrar la valija. Y comenzaron a lloverle los recuerdos.

Había sacado y cambiado de lugar varias cosas. El teléfono debía estar entonces... ¡en la valija perdida! Y tendría que esperar al menos cuarenta y ocho horas para recuperarlo.

La angustia hizo que volviera a llorar sin consuelo.

* * *

En Kingsville, Larson miraba la hora por enésima vez y casi no había dormido. Lola ya debía haber llegado. ¿Se habría retrasado el avión?

Estaba acostado en el cuarto de huéspedes. Había querido descansar donde antes había dormido con ella. Pero solo llegó a dormitar muy poco y tuvo un par de pesadillas.

Miró la foto que se habían sacado en el motel.

Cómo extrañaba esa sensación de electricidad que había en el aire cuando Lola estaba cerca. Extrañaba respirar su perfume fresco, y su aroma en las horas del amor. ¡Cómo deseaba hacerle el amor nuevamente! ¡Cómo quería escuchar su risa! Necesitaba su cercanía, tocarla, abrazarla. Hablar con ella de trivialidades o de cosas profundas.

Qué doloroso era extrañarla tanto. ¿Cómo soportaría que los días pasaran?

Intentó llamarla. El teléfono estaba apagado.

Debía serenarse, si el vuelo se había atrasado, pasarían unas horas hasta que ella pudiera comunicarse.

Era de madrugada todavía. Cerró los ojos y trajo recuerdos de Lola, en la laguna, cabalgando,

manejando la camioneta de su padre... Hasta que vino a su mente la evocación de ella abrazándolo por atrás en el cobertizo. Las imágenes se sucedieron hasta llegar a tenerla sobre él, mirándolo a los ojos y haciéndole el amor... y así logró conciliar el sueño.

Lola no se levantó para ir a trabajar. Estaba demasiado descorazonada por todo. Igual, en el trabajo habían sido avisados. Podía regresar el lunes o el martes.

Tampoco subió las persianas. Ni se levantó para darle de comer a Pipo.

Puso a cargar su teléfono celular. Una semana en el cajón de la mesita de luz lo dejó muerto. Antes de irse había tomado la decisión de no llevarlo. En su viaje al Caribe tuvo una mala experiencia con el teléfono y unos extraños consumos en el exterior, y casi había tenido que vender el auto para saldar la deuda con la empresa de telefonía. No quiso arriesgarse a que le sucediera algo similar.

Cuando el nivel de la batería llegó a un mínimo de carga, llamó a Amanda. En seguida escuchó su voz del otro lado.

—Decime que estás inmensamente feliz y que fue una experiencia inolvidable la de Australia.

—Hola, Mandi. —Un alivio se apoderó de Lola al escuchar la voz de su amiga—. ¿Disponés de varias horas para mí?

—Dejame que lo arreglo.

Al mediodía, Amanda llegaba al departamento de Lola. Esta la recibía en pijama.

—¿Qué te pasó? ¿No te dieron de comer? ¿Estás raquíica!

—Pero qué decís...

—¡Sí! ¡Mirate! Ah, no... No me digas que así te dejó el bomboncito... Es que la juventud tiene mucha energía. ¿Cómo resististe? ¡Ay, Lolita! ¡Contame todo ya!

Había mucho para contar, mucho para explicar... había mucho de todo.

Tres horas después, las dos lloraban a moco tendido.

—Loli... ¡es una película de Meg Ryan! Por un lado estoy feliz de que hayas encontrado lo que pensabas que nunca ibas a tener. ¡Pero qué complicado es todo! Encima ahora este asunto del teléfono y la valija... Solo te queda esperar.

—Encima fuimos tan tontos... Nos confiamos en esa solución del celular... ¡Ni siquiera anoté su número! Lo hubiera llamado desde acá aunque tuviera que sacar un crédito para pagar la cuenta de teléfono...

—Bueno, quedate tranquila. Mañana cuando te llamen de la aerolínea vas a solucionarlo.

—¿Y qué pensará que no lo llamé? Supongo que ya habrá intentado hablarme, y el teléfono está apagado. Me quiero morir, Mandi...

La angustia de su amiga era enorme, pero no se le ocurría ninguna manera de ayudarla.

* * *

Larson despertó acalabrado, con la mano aun apretando el teléfono.

¿Qué habría pasado? ¿Por qué no lo había llamado?

Sin pensarlo, apretó por enésima vez el botón de rellamada. Inmediatamente le contestó una voz que indicaba que el teléfono estaba apagado o fuera del área de cobertura.

¿Funcionaría mal? ¿No habrían activado el servicio de *roaming*? Llamaría a la compañía telefónica para que lo corroboraran. El paquete de servicios adquirido incluía todos los adicionales, pero podía haber ocurrido un error en la activación.

No perdió más tiempo y llamó.

Desde la empresa le indicaron que la línea estaba activa, con el servicio internacional de llamadas funcionando.

¿Se lo habrían robado? No sabía qué pensar. ¿Qué haría? ¿Cómo no habían considerado otras alternativas? ¡Qué tontos habían sido!

La mañana siguiente debía viajar a Los Ángeles para continuar con las grabaciones.

Tenía que pensar en algo o se volvería loco.

* * *

Era el segundo día desde su regreso y Lola había retomado las actividades en el trabajo.

No hubo una sola persona que no le dijera lo delgada que estaba. Probablemente sería cierto aquello de que el sexo era el mejor de los deportes. Y sonrió por primera vez desde que dejó a Larson en Texas.

Se abocó a ponerse al día con el trabajo, debía conectar la mente en algo productivo. No habían pasado demasiadas cosas en su ausencia. Tampoco había sido tanto tiempo, solo una semana. Pero a ella le parecía toda una vida. Se dio cuenta de que podrían acostumbrarse a no tenerla si decidía dejar la empresa.

Hacia el fin de la tarde recibió el llamado de la aerolínea que tanto esperaba. Lo que no se esperaba era lo que iban a decirle.

—Lo sentimos mucho, señorita. Su equipaje no ha podido ser localizado.

—¿Qué significa que no ha sido localizado? ¿Acaso debo esperar más tiempo?

—No. Creo que no he sido clara. Su equipaje se ha extraviado... definitivamente. Deberá pasar por nuestra oficina central para cobrar el seguro...

Pero Lola ya no prestaba atención a las indicaciones que le daba la empleada. Se había

quedado ciega, sorda y muda.

Su mundo había desaparecido.

Larson se encontraba en Los Ángeles.

Seguía sin noticias de Lola. Como si hubiera viajado a otra dimensión.

¿Por qué se habían confiado de ese teléfono? Tendrían que haber planificado opciones, intercambiado números, de ellos y de conocidos. Ni siquiera estaba seguro de que Lola supiera la dirección postal del rancho. Por supuesto que no la sabía. Nunca lo había necesitado. Con suerte recordaría el nombre del pueblo.

Desde el aeropuerto fue directo a los estudios de grabación. Allí se encontrarían todos para retomar el trabajo.

Sus pensamientos acerca de Lola lo atormentaban. No sabía si lograría concentrarse para cantar.

—¡Larson! ¡Amigo! —gritó Brian, y corrió a abrazarlo—. Te hemos echado de menos. Pero por lo visto tú ni te has acordado de nosotros, porque no hemos tenido una sola noticia tuya en todos estos días. ¿Qué tal esa luna de miel?

Larson se limitó a sonreír y a palmear en la espalda a su amigo.

Todos conocían lo reservado que era para sus temas personales, así que no insistirían con las preguntas.

—Hora de trabajar —sentenció J. P. Baker, que venía por el pasillo y oía el alboroto de los chicos.

Era tiempo de concentrarse y dedicarse a lo que sabía hacer. Aunque su mente estaba a miles de kilómetros de allí.

Luego de los primeros ensayos, Larson habló con Baker sobre su idea de escribir una canción y poder hacerla como solista. Claro que los chicos harían los coros y los arreglos vocales.

J. P. celebró la iniciativa. Siempre era bueno que los muchachos tuvieran proyectos creativos. La idea a largo plazo era que alguno continuara su carrera como solista, y para ello necesitaba intervenciones de este tipo.

—Si resulta buena, la incluiremos en el nuevo CD y podrás cantarla en la gira que iniciaremos a principios de noviembre. Pero debe ser realmente muy buena. Ponte a trabajar en ello ya mismo.

—La letra ya la tengo, bueno, casi. Necesito un poco de ayuda con la música. Los acordes de guitarra también están.

— ¡Excelente! Te reunirás mañana con Jeff y le mostrarás lo que tienes.

—Ok.

Larson canalizaba su angustia componiendo. Era lo único que lo mantenía con un poco de calma, mientras pensaba y pensaba qué hacer.

Al día siguiente, J. P. les anunciaba que iniciarían la gira de presentación del CD en México.

El lanzamiento sería televisado en vivo para los Estados Unidos y toda Latinoamérica.

En unos días viajaría a Sudamérica para concretar los *shows* del 2015.

«Sudamérica», pensó Larson. «Baker seguramente viajará a Argentina. Y yo iré con él. Allá en la discográfica tienen la dirección de Lola y por fin nos podremos encontrar».

Se sentía más seguro para avanzar con la canción. Esa idea le daba una esperanza para reencontrarse por fin con Lola.

No quería soñar, pero eso sería incluso antes de lo que habían planeado juntos... ya comenzaba a entusiasmarse.

Se reunió con Jeff según lo había organizado Baker. Todo salió maravillosamente.

En solo unas horas de trabajo, la canción estaba lista para una primera prueba de sonido en estudio. Cuando sumaran las voces de los chicos en el estribillo y los arreglos vocales al final, quedaría fantástica.

Lola se emocionaría cuando la escuchara por primera vez, estaba seguro.

* * *

El mundo de Lola estaba en piloto automático.

Iba al trabajo, hacía las compras, alimentaba a Pipo. Pero no registraba nada de lo que hacía. Estaba sumida en una importante depresión. Amanda no sabía qué hacer para consolarla. Su estado era cien veces peor de cuando había ocurrido *la circunstancia*.

Su verdadero mundo estaba muy al norte en el mapa.

La angustia permanente en la que se hallaba le impedía alimentarse bien y por sobre todo, dormir.

Estaba todo el día con los auriculares puestos, escuchando el MP4 que le había regalado Larson. Se sabía todos los temas de memoria, y conocía con exactitud en qué pista cantaba él. Era una tortura lenta, porque cuanto más escuchaba su voz, más apática se volvía y desdichada se sentía.

Por la noche se ponía la camiseta de Larson que había traído por error entre sus cosas. Ya casi no podía sentirle el perfume que al principio tenía impregnado.

Miraba su foto en la *notebook*, la única que tenía, y recordaba aquellos preciosos momentos. De pronto sentía que no había disfrutado lo suficiente al estar a su lado. No, no era eso. Era solo

que lo extrañaba demasiado como para valorar lo que habían vivido.

Lorenzo le había dejado un mensaje. Volvía a Buenos Aires de manera definitiva.

Lola ni se había molestado en contestarle.

Dos días después, al no haber recibido respuesta, llamó a Amanda para hacer algunas averiguaciones.

—No me parece bien lo que hacés. Si querés saber qué le pasa a Lola, hablá directamente con ella. Yo no voy a oficiar de mandadera.

—Pero es que no contesta mis llamados ni devuelve mis mensajes.

—Yo no puedo hacer nada, lo siento. —¡Cómo lo detestaba!

Como no había podido sacarle ningún dato a la mejor amiga de Lola, no tenía más remedio que ir directo a la fuente.

Se le aparecería en el departamento, allí no lo podría esquivar.

Lo planificó con calma.

Los sábados al mediodía solía estar en casa. Se sabía sus horarios de memoria. Cualquier cosa que tuviera que hacer, siempre sería por la tarde, porque cuando no trabajaba le gustaba levantarse tarde.

Esperaría los días que faltaban con estoicismo. Lola lo iba a escuchar esta vez.

Su sobrina la había llamado. Andaba con los benditos cumpleaños de quince y no se veían hacía mucho. Pero ese sábado lo tenía libre e iría a visitar a su tía.

Comerían pizza y mirarían videos. No podía decirle que no. Su sobrina no tenía la culpa de lo que a ella le pasaba. Pero no podría decirle nada, no de momento. Haría el esfuerzo de recibirla y pasarían una noche de chicas, como en los viejos tiempos.

Ojalá lograra dispersarse.

Debía ir a buscar a Micaela a la estación de tren a las doce del mediodía.

Estaba vistiéndose cuando sonó el timbre. Seguro eran los Testigos de Jehová. No atendió. Volvió a sonar. Está bien, preguntaría quién era.

—¿Sí?

—Loli, soy Lorenzo.

«¡Mierda!». Tendría que atenderlo. Pero tenía la excusa perfecta de ir a buscar a Micaela. La usaría.

Bajó a abrir. Estaba impecablemente arreglado, informal, pero con un cuidado excesivo, adrede.

—Hola, Lorenzo, debiste avisar que venías. Estoy saliendo a buscar a mi sobrina.

—¿Vas a tardar? Puedo esperar hasta que vuelvas.

«Un verdadero caballero se hubiera ofrecido a ir conmigo», pensó.

—Como quieras. Voy hasta la estación. Está viniendo en tren. ¿Querés esperarme arriba?

«¿Por qué le dije eso? Por favor, decí que no».

—Sí, te espero arriba.

«Soy una tarada».

Lola le dejó la llave.

—Cuando toque el timbre bajá a abrirnos. Nos vemos en un rato.

—Nos vemos.

Lola llegó a la estación. Estaba a cuatro cuadras de su casa. Caminar ese corto trecho la había despejado un poco.

Por los parlantes anunciaban que el tren tenía un retraso de quince minutos. Seguramente sería un poco más. Pero no regresaría al departamento, y menos sabiendo que allá estaba Lorenzo.

Mientras tanto, en casa de Lola, Lorenzo inspeccionaba todo.

No parecía haber ningún indicio de otro hombre. ¿Qué le pasaba entonces a Lola? Le había pedido perdón de todas las formas posibles. ¿Qué tenía que hacer?

Le daría tiempo. El tiempo solucionaba todo, y con él en Buenos Aires sería todo más fácil.

—Hola, campeón, ¿todavía por acá? Pero ¿cuántos años tenés? —Trataba de recordar, mientras acariciaba la cabeza de Pipo.

La situación la recordaba perfectamente...

Él la esperaba para salir a cenar. Estaba retrasada.

Cuando llegó, apareció con una bolita peluda toda sucia, envuelta en su *sweater*.

«Lo siento», le había dicho. «Está muy lastimado. No lo podía dejar tirado por ahí».

La cena se suspendió. Lola curó y limpió al gatito con mucha paciencia.

Al día siguiente lo llevaron a la veterinaria. Después de muchos cuidados, antibióticos e inyecciones, el pequeño había mejorado, aunque no lograron salvarle un ojo. Eso hizo que Lola se encariñara mucho más con el animal. «Mi pirata peludito», le decía con voz dulce.

Había amado esa actitud de Lola. Tan solidaria con un bicho de la calle. Pero nunca le había dicho nada. Todo lo contrario, siempre le recriminaba: «Vos y tu gato», y cosas por el estilo. ¿Por qué no habría sido más cariñoso con ella?

Lola era un ser único, especial. Y él lo había arruinado todo. ¿Cómo lo perdonaría ella si él mismo no se podía perdonar aquella estúpida traición con una mujer que ni siquiera valía la pena?

El timbre lo sacó de sus pensamientos.

—Pipo, volvió tu dueña.

Tomó las llaves y bajó a abrir.

Pero abajo no estaban Lola y su sobrina.

Había un chico con un ramo de flores en la mano, semiescondido al costado del cuerpo.

¿Acaso Lola estaba propiciando una relación a escondidas de su sobrina? No podía ser, el muchacho se veía algo mayor para Micaela. ¿Cuántos años tenía ella? ¿Quince? ¿Dieciséis?

—¿Sí? —dijo con aire circunspecto.

—Lo siento, creo que debo haber llamado mal —respondió el joven con un dejo de acento extranjero.

—¿A quién buscás?

—A Lola Montiel.

—Sí. Es correcto. Ella es mi esposa. Y tú eres...

El recién llegado pareció haber visto un fantasma. Trató de hablar. Pero no le salió nada. En su segundo intento logró articular algo.

—Disculpe. —Y se fue como una exhalación.

Lorenzo se asomó y vio a unos veinte metros un auto negro. Parecía importante.

El confundido visitante subió a la parte trasera y el coche desapareció doblando la esquina.

Al mismo tiempo, Lola y su sobrina aparecían por la esquina opuesta. Venían charlando entretenidas.

Se sorprendieron al ver a Lorenzo en la puerta del edificio.

—¿Te quedaste esperando acá? Te dije que podías subir.

—Sí, sí. Subí. Pero pasó algo un poco extraño... Hola, Mica, tanto tiempo sin verte. —Y le dio un beso—. ¿Vos esperabas a alguien acá, en lo de tu tía?

—No, ¿por? Yo me quedo a dormir hoy, así que no me vienen a buscar hasta mañana. Tía,

¿puedo ir subiendo? Me estoy haciendo pis.

—Sí. Tomá. —Le sacó las llaves a Lorenzo y se las dio—. Nosotros ya vamos.

En cuanto vio que su sobrina subía al ascensor, lo indagó.

—¿Qué pasó? No me asustes.

—Es raro... Yo estaba arriba, hablando con Pipo...

—¿?

—Sí, bueno. Y justo sonó el timbre. Supuse que eras vos, y bajé a abrir como me dijiste. Pero acá, en la puerta, había un chico esperando. Bueno, no tan chico, porque lo vi demasiado grande para Micaela. Tenía un ramo de flores en la mano. Me dijo que se había equivocado de timbre.

—¿Y eso es raro? Creo que Mica no tiene novio, igual no me parece que saldría con un chico que trajera un ramo de flores y...

—Te buscaba a vos.

—¿Eh?

—Preguntó por Lola Montiel. Esa sos vos, ¿no? —dijo, subiendo el tono de voz.

—Ah... sería un cadete. ¿Quién me enviaría flores? —manifestó de pronto entusiasmada—. ¿Dónde están?

—Es que no las dejó —contestó fastidioso—. Salió casi que corriendo. Me asomé, y vi que se subía a un auto negro. Parecía un coche importado. Y ahí llegaron ustedes.

—Es muy raro lo que me contás.

—¿No te dije yo? Muy raro... Además, se lo veía distendido hasta que le dije que era tu esposo.

—¿Que le dijiste qué?! —Ahora era Lola la que levantaba la voz.

—Y bueno, como pensé que venía a buscar a Mica, y no me cayó bien que fuera tanto mayor que ella, cuando preguntó por vos y pensó que se había equivocado de timbre, le dije que era correcto, que yo era tu esposo. Así le imponía un poco de respeto sabiendo que había un hombre que vigilaba lo que hacía.

—¡Estás loco! Nosotros no somos nada.

Lorenzo, haciéndose el que no escuchó la última frase, agregó como al pasar.

—Ah, y algo más, tenía acento extranjero —dicho esto se disponía a entrar, pero vio la cara de Lola transfigurarse.

Lola empezó a sentir palpitaciones, se le aflojaron las piernas y le temblaban las manos. Hasta comenzó a respirar con dificultad.

—¿Acaso lo conocías? Loli...

—¿Podrías describirlo?

—Un poco más bajo que yo, pero casi seguro más alto que vos. Morocho, peinadito moderno. Bastante carilindo. ¿Quién carajo era, Lola?

—La ropa... ¿cómo vestía?

—No, ni idea... Ah, pará, debía tener una camisa, sí, abierta, porque le vi una cadenita de oro en el cuello, y ahora lo recuerdo, porque pensé que era raro que un pibe así usara algo de oro.

Hoy en día usan *piercings*, no cadenas de oro...

Lola ya no podía hablar más, ni escuchar más, ni hacer nada más. Estaba paralizada.

—¿Estás bien?

Pero ella no le contestó. Se había transformado. Lo empujó hacia la calle y lo miró a la cara.

—Chau, Lorenzo. De ahora en más, cualquier cosa que necesites hablalo con mi abogado. Ya te enterarás por él mismo de quién se trata. Nosotros no tenemos nada más para decirnos.

—Pero ¿qué...?

Le cerró la puerta en la cara y subió a su departamento.

Lo responsabilizaba por todo, Lorenzo era el culpable de toda su desdicha.

Mientras tanto, unas flores se deshojaban en el piso de un Mercedes Benz negro, y alguien lloraba desconsoladamente.

Lola entró en su departamento totalmente extraviada.

Su sobrina la trajo a la tierra.

—Mañana me voy temprano porque tengo partido de hockey.

—Bueno.

—¿Qué te pasa, tía? ¿Se fue Lorenzo? ¿Van a volver a estar juntos?

—No me pasa nada. Sí, se fue. Y creo que para siempre. No sabés lo que me alegra no tener que verlo más.

Lola hablaba como autómatas.

—Menos mal. Nunca me cayó bien aunque fuera tu marido. Perdoname, pero ahora que no lo vas a ver más, te lo puedo decir.

—Gracias, Mica, por ser sincera conmigo. ¿Por qué todo el mundo se daba cuenta de que Lorenzo no era bueno para mí menos yo?

—A veces pasa.

Si supiera su sobrina que había estado a segundos de cruzarse con un integrante de los Simple Boys...

Se sentía como flotando en el aire. Todavía no podía creer lo que había sucedido.

—¿Te sentís bien, tía?

—La verdad que no. Me voy a recostar un rato.

—¿Puedo usar tu compu?

—Claro.

Se encerró en su cuarto y se acostó. No entendía nada de lo que había pasado. ¿Podía ser posible? ¿Larson en la puerta de su casa? Se sentía mareada.

Lorenzo le había confirmado que al hablar tenía acento extranjero, eso mismo había dicho. La descripción daba. Y la cadenas... tenía que ser la cadenas que le había regalado para su cumpleaños. Nunca se la sacaba, como ella no se sacaba la que le había dado él. Tenía que ser

Larson. Preguntó por ella, había ido con chofer en un auto importado, ¡le había llevado flores! Y el estúpido de Lorenzo le dijo que era su esposo. ¡Idiota! Quería matarlo.

¿Qué haría? Lo había perdido para siempre.

En ese instante, una náusea le provocó un espasmo y tuvo que salir corriendo al baño.

Al mismo tiempo, en el Hotel Hilton de Puerto Madero, alguien armaba su pequeña maleta y solicitaba que le consiguieran el primer pasaje disponible para volar a Los Ángeles.

Nunca regresaría a ese país.

El lunes, en la oficina, Amanda se preocupaba por su amiga. Estaba ojerosa, con aspecto enfermizo.

—Lola, si no comés vas a terminar enfermándote.

—Qué querés, yo como, pero me la paso descompuesta. Los nervios son los que van a acabar conmigo. Bueno, igual, realmente me importa muy poco...

—Mirate. Toda la ropa te queda grande.

Era cierto. Lola había adelgazado mucho desde su regreso, teniendo en cuenta que ya había vuelto más delgada. En algo más de un mes había bajado seis kilos. Para una persona delgada era demasiado.

Se hacía cada vez más tangible la frase «enferma de amor». Porque Lola estaba enfermado, eso era seguro, meditaba Amanda.

Había que hacer algo, pero ¿cómo ayudarla?

En el trabajo le tenían mucha paciencia, pero no sabía a ciencia cierta hasta cuándo.

Era un callejón sin salida, en todos los sentidos.

¿Y si le prestaba plata para viajar a los Estados Unidos? No tenía casi ahorros. Se había gastado todo lo del bono en las vacaciones en el Caribe.

Lola podría sacar un crédito personal en el banco. Era alocado, pero sería la única forma de conseguir dinero.

Se lo diría. Pero primero debía recuperarse. En ese estado no podía viajar.

—Lolita, ya lo tengo. Se me ocurrió lo siguiente. Vamos a ir al banco para averiguar por un préstamo. Trabajás hace mil años en el mismo lugar. No tenés deudas (¿no las tenés, no?). Así que te lo van a aprobar seguro. Y con esa plata te comprás un pasaje para ir a buscar a Larson.

A Lola se le iluminó la cara por un instante.

—Pero primero tenés que recuperarte. Vamos a ir al médico, te hacés unos estudios y que te den unas vitaminas. Te ponés bien y te vas a *yanquilandia*.

—A Texas. Estoy pensando que no tengo la ubicación exacta del rancho.

—Pero todo el mundo lo conoce, ¿o no? No te va a resultar complicado dar con el lugar.

—No sé... Larson me odia ahora. Además debe estar en Los Ángeles o en cualquier otro lado. No está en su casa. Y hasta ya se debe haber conseguido otra, como piensa que hice yo.

—Primero, dudo que esté con otra. Y segundo, ¿no estás dispuesta a luchar por su amor? Te vas a la casa y le explicás todo al padre. Él va a saber cómo ayudarte. Pero tenés que ponerte bien, porque estás hecha un desastre.

—Sí, lo sé. Lo voy a hacer. Voy a hacer todo lo que me decís. Gracias, Mandi. —Y la abrazó—. No sé qué haría sin vos.

* * *

En México DF estaban haciendo las pruebas de sonido.

Al día siguiente sería la presentación internacional del nuevo CD, ante nada menos que setenta mil personas. Sería impresionante.

Los chicos estaban desorbitados, exultantes. Pero él no sentía nada.

Se suponía que esa sería *su noche*. Lola debía estar allí con él. Pero no estaba. Estaba con otro. Ese otro al que siempre le había pertenecido. Tenía ganas de llorar, pero ya no le quedaban lágrimas. Ya no le quedaba nada. ¡Qué ingenuo había sido!

Pero la canción la cantarían de todos modos. J. P. la adoraba. Decía que era lo mejor del CD (que no lo oyeran los demás decir eso).

Así debía ser. Era un artista y esa era una canción. Nadie sabía que era real. Solo ella lo sabría. Pero estaba demasiado ocupada para enterarse.

Micaela llamó desesperada a Lola.

—¡Hola, tía! Necesito que me hagas un favor enorme.

—Decime, Mica.

—Mañana es el lanzamiento mundial del nuevo CD de los Simple Boys. —Escuchar eso fue una puñalada para Lola—. Lo hacen dando un concierto en México. Pero la mejor parte es que lo transmiten en directo.

«Larson en directo por TV», se conmocionó.

—Yo tengo un cumpleaños de quince, ¿podés creerlo? Así que quería pedirte que me lo grabaras. Vos tenés ese sistema satelital que te graba solo apretando un botón del control remoto, ¿no?

—Sí. —Lola todavía no podía digerir lo que acababa de oír.

—Es un poco tarde. A las doce de la noche. Lo que pasa es que allá hay cuatro horas menos. — Lola ya lo sabía.

—Quedate tranquila, yo te lo grabo.

—¡Gracias, tía! Te quiero. No te olvides. Mañana sábado, a las doce en el canal Sony.

—No me olvido.

¿Cómo podría olvidarlo?

No lo podía creer. Vería a Larson en directo, en su pantalla de cuarenta y dos pulgadas. ¿Qué

haría? Verlo allí, en un *show*, sería demasiado fuerte.

Recordó cuando lo conoció en el concierto del estadio Vélez. Parecía que habían pasado dos vidas desde aquel primer encuentro, pero solo habían transcurrido tres meses.

Cuántas cosas habían sucedido en ese tiempo... Tanto como haber encontrado y haber perdido al amor de su vida. Descubrir lo que era un gran amor para toda la vida. Haber sido marcada a fuego, con un amor que dolía, con un amor verdadero.

Lo recuperaría. Tenía que hacerlo. Iría a buscarlo hasta el fin del mundo. Estaba segura de que lo haría.

Le dolía la panza. Otra vez los nervios. Pero también sentía cosquillas en la boca del estómago. Sentía todo eso junto. Era raro.

Estaba tan emocionada... volver a verlo era increíble. ¡Y en vivo!

Sus ojos, su cuerpo esbelto, su voz. ¿Sonreiría? ¿Lo haría feliz el concierto? ¿Qué sentiría? ¿Estaría deprimido? Claro que no, no podría dar un *show*.

Era probable que estuviera enojado, incluso la odiaría.

Ella sí estaba deprimida. Pero la posibilidad de verlo le producía una increíble sensación.

¡Oh, Dios! ¿Por qué tenía que haber salido todo tan mal? ¿Qué cosa horrible había hecho en su vida para recibir tanto dolor? De repente se sentía terrible.

Se iría temprano a la cama, como solía ocurrir, para luego no conciliar el sueño y terminar durmiéndose a cualquier hora, y en consecuencia, despertarse sintiéndose espantosamente mal.

«Larson, amor, ¿qué pasará conmigo cuando te vea?».

* * *

Encendió el televisor dos horas antes, por las dudas.

En los cortes del programa que estaban transmitiendo, solo pasaban publicidades relativas al concierto. Ahí estaba él, cantando, bailando... ¡Cómo lo amaba!

La tensión iba en aumento a medida que pasaban los minutos. No había podido cenar, apenas le había dado unos mordiscos a una manzana verde.

Se preparó un té de tilo. Eso debía ayudar. Pero antes de llegar al *living* hizo un mal movimiento y se le cayó la taza.

«¡Mierda!». Tenía que limpiarlo, Pipo podría lastimarse.

¿Qué más le sucedería esa noche?

Sin su té, con las manos temblorosas y un repentino síndrome de pie inquieto, se hallaba frente al televisor.

Faltaban dos minutos. Apretó *play* en su control remoto. En la pantalla pusieron una cuenta regresiva... *Cuenta Regresiva* era el nombre del nuevo CD.

60, 59, 58... Lola no podía más.

«¿Puse a grabar? Sí. ¿A ver? Me mato si no graba».

03, 02, 01... Una explosión y aparecieron los cuatro cantando a todo volumen el primer corte del disco.

¡Qué emoción! ¿Por qué la cámara no se quedaba más tiempo con él? Si era el más lindo, el que mejor se movía... Enfocaban una y otra vez al carismático de Brian, pero ella quería ver a Larson, solo a Larson y a ningún otro.

Estaba locamente enamorada de ese chico de los Simple Boys.

«¡Ahí está! Oh, ahora no se lo ve... ¡Ahora sí! ¡Ay, Dios mío!».

Iba a morir de un infarto o de la emoción.

Pasaron los primeros seis temas, y la transmisión hizo un pequeño corte. El mismo que hizo el grupo en el escenario. Tocaba la banda musical, pero ellos se habían ido. Los conductores hablaban sobre las primeras impresiones que había dejado el grupo. Entre tema y tema habían lanzado comentarios a modo de presentación, pero Lola no había prestado atención a ninguno de ellos.

Pasaron otros seis temas, y una nueva intervención de los conductores.

La mujer anunció que en la próxima entrada sería el debut de Larson como solista en el grupo, con un tema de su autoría.

A Lola se le paralizó el corazón. Esa debía ser su canción. ¿Lo sería?

Regresaron del corte.

Las luces se hicieron tenues y enfocaron de lejos a Larson, sentado en una silla alta, con una guitarra. Él solo, iluminado desde arriba. Brillaba.

Habló.

—Para ti. —Y arrancaron los primeros acordes.

La locutora pegó un grito.

—¡Guau! ¿Han oído? Fue con dedicatoria ¡y en español! Increíble. ¡Larson acaba de dedicarle su tema a alguien muy especial! Escuchemos de qué se trata la canción —comentaba eufórica.

Lola estaba a punto de desmayarse.

Escuchó cada frase que Larson entonaba con suma atención.

Sin dudas, era su historia. La historia de ambos. Había incluido las palabras que le había dicho en el motel. Todo estaba allí. Absolutamente todo.

Quería llorar. Quería abrazarlo, besarlo, decirle cuánto lo amaba y que todo había sido una terrible confusión. Quería tenerlo con ella. Lo quería, lo deseaba y lo necesitaba.

Tenía que recuperarse. El lunes iría al médico y al banco. Viajaría a buscarlo. Él no estaría, pero hablaría con su padre. Liam la ayudaría. Claro que la ayudaría. Si habían nacido el uno para el otro.

Algunos bises de las canciones populares del grupo y final del *show*.

Saludos y más saludos. Y chau Larson.

Lola descubrió que no había podido prestar demasiada atención desde que había terminado aquella canción. Su canción. Larson se la había prometido. Y se la había dedicado.

¿Estaría tan enojado como ella creía? Claro que sí. Si no, hubiera vuelto a buscarla, o a pedir explicaciones, algo. La letra lo decía todo. Pensaba que ella lo había reemplazado por Lorenzo. El estúpido de Lorenzo. ¡Cómo lo odiaba!

Quería saber cuál era el título de la canción. Tenía que salir en los créditos de la transmisión. Siempre pasaban, al finalizar, los títulos de los temas y los autores. Había sido la número trece. Esperó, hasta que finalmente aparecieron.

13 — «L.» (Larson Mackenzie).

Era demasiado fuerte. Había nombrado la canción con la primera letra de su nombre. La de ambos.

Volvió a ver la grabación una y otra vez, solo la parte del tema «L». Hasta que le quedó completamente registrado en su mente.

*Te veías tan linda,
con tu vestido blanco
y tus botas texanas.
Te veías tan bella,
con tu boquita color de rosa
y tu sonrisa estupenda.
Eras mía. Eras toda para mí.
Ambos lo queríamos así.*

*Estrillo:
Pero tuviste que irte.
Quería llorar, pero no lo hice.
Quería gritar, pero no lo hice.
Solo te abracé y te dije
que todo saldría bien.
Contaríamos los días
para el reencuentro.
Nos extrañaríamos.
Pero todo estaría bien,
porque nos volveríamos a ver.
Recordar nos haría bien.
Recordarnos nos haría bien.
A ti y a mí,
nos haría bien.*

*Y volví para llevarte
de regreso a mi mundo.
Pero ya me habías reemplazado.
¿O acaso era yo el entrometido?
¿O acaso yo estaba equivocado?*

*Ya no lo veo con mucha claridad.
Si el haberte conocido hizo que
ahora puedas ser feliz,
entonces está bien.
Aunque yo no esté bien
y me esté muriendo por dentro.
Ahora solo tengo tus recuerdos.*

Estrillo:

*Pero tuviste que irte.
Quería llorar, pero no lo hice.
Quería gritar, pero no lo hice.
Solo te abracé y te dije
que todo saldría bien.
Contaríamos los días
para el reencuentro.
Nos extrañaríamos.
Pero todo estaría bien,
porque nos volveríamos a ver.
Recordar nos haría bien.
Recordarnos nos haría bien.
A ti y a mí,
nos haría bien.*

*Pero no fue así...
No fue así...*

Baker estaba eufórico.

—¡La cambiaste! ¡Cambiaste la letra! ¡Pillo! —le gritaba J. P.

—Sí, solo la segunda parte. Lo siento. Necesitaba hacerlo.

—¡Muy bien, muchacho! Me gusta tu actitud. Además me encantó. Muy melodramática.

—Muy real... —dijo Larson con tristeza profunda.

—¡Anímate, Larson! Ya tengo todo pensado. El disco ya está editado con la versión original, así que sacaremos la versión del tema del concierto, en vivo, por iTunes. Las chicas querrán tenerlo, y...

Pero Larson no lo escuchaba.

Su mundo con Lola se había terminado antes de empezar. Y un malestar profundo lo invadió, al punto que cayó arrodillado en el piso.

Baker, a su lado, se asustó.

—¡Larson! ¿Qué sucede? ¿Que alguien llame a los paramédicos! ¡Por el amor de Dios! ¿Alguien me escucha? ¡Larson, hijo!

* * *

Lola estaba mareada. No se sentía muy bien. Demasiadas emociones la invadían. Se recostó en el sillón, acurrucada, y se quedó dormida.

Cuando despertó, el sol ya entraba por la ventana.

Se sentía realmente muy mal. Se fue a levantar y no pudo. El mareo la volvió a su posición. Le estallaba la cabeza.

Se incorporó, esta vez más lentamente. Intentó ir hasta el baño. Le dolía todo el cuerpo. Se llevó la mano a la frente, estaba demasiado caliente.

Después de ir al baño, fue a acostarse a su cama. Se sentía cada vez peor. Tenía que llamar a un médico. Pero no podría bajar a abrirle, no tenía fuerzas.

Se decidió por Amanda.

—Hola... ¿Mandi?

—¿Lola, sos vos? ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—Sí. No, no estoy bien. Necesito que vengas... Estoy enferma, me siento...

—¿Lola? ¡Lola! —Pero ya no se escuchaba nada del otro lado.

Amanda dejó a Joaquín al cuidado de su madre, que siempre la salvaba. Era una bendición que viviera en la casa de atrás.

Tomó las llaves de emergencia que Lola le había dado una vez y salió como una exhalación.

* * *

Detrás del escenario, Baker tranquilizaba a Larson. Solo esperaba que el incidente no trascendiera a la prensa.

—Qué susto me has dado, Larson. Dicen que fue un bajón de presión. Solo debes descansar. Mañana hay día libre. El lunes hablaremos de regreso a Los Ángeles.

—Como digas.

Baker pensó para sus adentros que aquello no podía continuar así. La primera vez le funcionó. La chica argentina obraba maravillas en él. Pero debía averiguar lo que había sucedido entre ellos. Ya pensaría algo nuevamente. Esos dos tenían que estar juntos.

* * *

Amanda la había encontrado semiinconsciente y volando de fiebre.

En ese momento el médico de la emergencia terminaba de revisar a Lola. Había que trasladarla. Estaba con un cuadro febril extremo y signos de deshidratación.

—Vas a estar bien —le decía Amanda—. Te vamos a llevar a la clínica para hacerte unos estudios.

Su amiga había ido con ella en la ambulancia.

Estaba muy preocupada. Permanecía fuera de la habitación de la clínica, esperando.

Médicos y enfermeras entraban y salían. Hasta que uno se acercó.

—¿Usted es familiar de Lola Montiel?

—No, soy amiga.

—¿Le avisó a alguien? Necesitamos hablar con la familia.

—En este momento yo soy la familia. No está casada —mintió, porque legalmente aún lo estaba—, y su madre no vive en la ciudad.

—En ese caso, debo decirle que su amiga está delicada. No logramos bajarle la fiebre. 41°C es demasiado para alguien de su edad... es demasiado para cualquiera. Estamos tratando de encontrar el agente causante. Los primeros análisis dieron negativo. Ya descartamos a las principales enfermedades. Seguiremos haciendo estudios para afecciones más específicas asociadas con

temperatura corporal extrema. Además, está con un avanzado estado de deshidratación, producido por la alta fiebre padecida en las últimas horas. Y tiene anemia. Pero estos dos últimos cuadros son fácilmente reversibles. Nuestra preocupación ahora es disminuir la fiebre y tratar de encontrar la causa.

—Gracias, doctor —respondió preocupada.

—Ah, y hay otra cosa más. Los análisis indican que está embarazada. ¿Usted lo sabía?

—No... —Estaba azorada por lo que acababa de oír—. Y estoy segura de que ella tampoco.

—El cuadro febril elevado es contraproducente para el embarazo. Si continúa, es muy probable que pierda al bebé.

—Oh... Por favor, no le diga nada. No por ahora.

—Está bien, en su estado, la noticia podría empeorar las cosas. Hasta que no sepamos qué tiene, no le comunicaremos la novedad.

—Gracias.

—Por nada.

—¿Puedo entrar a verla?

—Solo unos minutos. Necesita descansar.

Amanda estaba conmovida. En su fuero íntimo sabía a la perfección lo que le pasaba a Lola. Había enfermado de amor. Por más que los médicos la estudiaran y la examinaran, nada encontrarían.

¡Encima estaba esperando un bebé de Larson!

No iba a dejar que nada malo le pasara, a ninguno de los dos. Ella era la única que podía hacer algo, porque sabía lo que su amiga tenía, y porque conocía su cura.

Se despidió de Lola con una caricia en su mano canalizada con el suero.

Por suerte dormía. Volvería pronto.

Y ojalá que con novedades.

Tenía que hacer algo que había jurado que no se repetiría. Hablar con Marcelo.

Se había portado muy mal con ella en un agasajo que la empresa había realizado para los clientes más importantes.

Pero por su amiga sería hasta capaz de matar.

Lo llamó por teléfono. Atendió enseguida.

—Necesito que nos veamos con urgencia. Es importante.

—¿Qué sucede, querida? Estoy saliendo de jugar al tenis —le dijo lisonjero.

—Es un tema personal de alguien a quien le donaría mi riñón. Es muy urgente y muy importante, ambas cosas por igual.

—Vaya, vaya... Bueno, siendo así, podemos encontrarnos en...

—En mi casa, en una hora. Creo que sabés dónde queda.

—Dame hora y media. Nos vemos ahí, Mandi.

Era insoportable. Pero se lo aguantaría por su amiga. Era la única carta que le quedaba por jugar.

Llegó vistiendo impecablemente, y perfumado.

—Hola, Amanda... Qué raro me siento volviendo al barrio.

—Hola, Marcelo. Pasá. ¿Querés tomar algo?

—No, estoy bien, gracias.

Se sentaron en el pequeño *living*.

Joaquín seguía con su abuela en la casa de atrás.

—Y bueno, te escucho. Sabés que en lo que pueda ayudarte...

—Antes que nada, quería pedirte disculpas. La última vez que nos vimos me comporté un poco grosera.

Amanda no quería que después de lo ocurrido hubiera quedado algún tipo de resquemor, justo en este momento en que debía pedirle un favor.

—Y yo tenía alguna que otra copa de más. Ya quedó olvidado. Soy un hombre de familia y me pusiste en mi lugar. Debería agradecerte.

—Yo...

—De verdad. Quisiera realmente que nunca hubiera pasado. Ojalá puedas olvidarte del incidente.

—Sí, dejémoslo ahí. Olvidado. Bueno, aclarado esto, vayamos al asunto que me tiene preocupada. ¿Viste mi amiga Lola?

—Ajá, recuerdo que te di unas credenciales para un concierto a nombre de ella y alguien más.

—Tiene que ver con eso. Es un poco largo. ¿Tenés tiempo? Necesito contártelo todo.

—El que necesites.

Durante la siguiente hora le hizo un breve resumen de Lola y Larson.

—No puedo creer todo lo que me contás. Podría hacerse una película, y así y todo sería algo inverosímil.

—El asunto ahora es que tengo a mi amiga internada. Los médicos no pueden ayudarla y encima... No estaría contándote esto si no fuera estrictamente necesario... Está embarazada.

—¡No!

Estas dos últimas palabras tocaron los fueros más íntimos de Marcelo. Su mujer también estaba embarazada y a punto de parir.

—Te voy a ayudar. Yo puedo contactarme con Baker. Su asistente me llamó para pedir los datos de tu amiga aquella vez. Como verás, parte de la historia ya la conocía, y me siento en algo responsable porque no me negué a dárselos.

—Con más razón. Te darás cuenta de que el amor viene por igual de ambos lados. Y por esas injustas cosas de la vida están separados.

—Hagamos esto. Yo no tengo encima los datos del tipo este, Baker. Están en mi oficina. Mañana lunes, a primera hora, me encargo de contactarlo. Por temas de la discográfica, sé que los chicos están en México. Te llamo mañana a la tarde con las novedades.

Amanda volvió a la clínica. Todo seguía igual. Se quedaría a acompañar a Lola. En la mañana llamaría a su jefe.

* * *

Por la tarde del lunes no había novedades.

Lola seguía inconsciente. Los médicos que no encontraban nada (Amanda ya sabía que eso ocurriría) y Marcelo que no se comunicaba con ella.

De pronto se acordó de Pipo. Tenía que ir a alimentarlo, o tendrían que seguir lamentando cosas.

El cometido de ubicar a J. P. Baker no fue tarea fácil para Marcelo. Su asistente le dijo que estaba volando a Los Ángeles. Por suerte pudo confirmar que el grupo completo viajaba con él.

Horas más tarde, Marcelo lograba la comunicación con Baker.

—J. P. ¿Cómo estás?

—Bien, y tú ¿qué cuentas?

—Iré al grano. Tengo un temita con uno de tus chicos del grupo. El que tiene algo con la argentina.

—¿Tú también? —Y bajó la voz—. Lo tengo al muchacho como a un muerto vivo.

—De eso quería hablarte. ¿Tienes cinco minutos? No te robaré más.

J. P. apartó a Larson.

—Tengo que comunicarte algo. Pero escúchame bien. Yo quiero ayudarte. Así que creo que deberías prestar atención antes de decir nada.

—¿Qué sucede?

—La chica argentina.

—¿Lola? —Su cara se transformó.

—Sí, ella. Ha padecido algo. No saben qué es. El asunto es... que está internada en una clínica de Buenos Aires.

Larson se puso pálido. No esperaba recibir esa noticia.

—Se me ocurrió que querrías viajar para allá. Yo puedo acompañarte si lo deseas.

—¿Por qué iría? Ella tiene a su esposo.

—Hay algo de la historia que manejas que no es así. Hubo un tremendo malentendido. Pero lo mejor sería que las cosas las arreglaras tú, allá.

—¿Y cómo es que tienes toda esa información?

—Te lo cuento de camino al aeropuerto. ¿Estás listo para irte ahora mismo?

—Vamos —dijo sin dudarle, aunque por dentro mil dudas lo carcomían.

El viaje sería largo. Larson se dio cuenta de que ni siquiera tenía una muda de ropa, y se lo comentó a J. P.

—Ya me encargué de eso. Mi asistente te compró algunas cosas. Es todo de tu talla. No tendrás problemas.

Una vez en el avión privado de Baker, este le relató la conversación con el gerente de la discográfica en Buenos Aires.

—Imagino que lo mejor será que hables con ella. La historia pasó por tres personas y dos idiomas. Tendrás que preguntar los detalles. Pero lo importante está dicho.

—Lo que me importa en este momento es saber si Lola está bien. Estoy asustado. Preferiría que me pasara cualquier cosa a mí. Si ella... —Y se tapó el rostro con ambas manos.

—Estará bien. Tú te encargarás de ello.

—Va a ser el vuelo más largo de mi vida.

—Duerme. Necesitarás estar descansado cuando lleguemos.

—Trataré.

¿Cómo podría dormir? De solo pensar que vería por fin a Lola se le hacía un nudo en el estómago.

Pero estaba enferma. Algo tenía y no sabían qué era. Tenía miedo. Ya la había perdido una vez, no podía imaginar que algo le sucediera.

Se habían prometido pensar cosas lindas cuando los atacara la melancolía. Intentaría hacerlo.

Cerró los ojos y recordó la última tarde en el motel de Corpus Christi.

Y así, entre recuerdos de besos y sonrisas, por fin se durmió.

CUARTA PARTE

Un nuevo arcoíris

Me basta mirarte para saber que con vos me voy a empapar el alma.

Julio Cortázar

*Si nada nos salva de la muerte, al menos
que el amor nos salve de la vida.*

Pablo Neruda

Llegaron a la clínica la noche del martes.

Ya no permitían visitas. Pero lograron que hicieran una excepción.

Amanda los esperaba en la salita de estar del noveno piso, en el que se encontraba Lola. Marcelo le había adelantado las novedades la noche anterior.

Cuando todo pasara, Lola debería hacerle un monumento en el medio de la Plaza de Mayo.

Cuando todo pasara... Sí. Tenía que salir bien.

El encuentro fue raro.

Baker le había caído bien. Y qué Adonis era Larson. Para la mesita de luz. ¡Esta Lola sí que tenía todos los números de la lotería!

Estaba vestido con un jean ajustado, una camiseta negra que remarcaba su cuerpo, y con ese mechoncito de pelo que le caía al costado... ya habría desmayado a todas las enfermeras.

Y entendía la bronca que le había agarrado a Lorenzo. ¡No podría competir nunca con Larson! Hasta le dio un poquito de lástima.

Hablaron. Amanda volvió a darle explicaciones a Larson de lo ocurrido con su visita a la Argentina y aquel encuentro desafortunado. Lo que aquello generó en Lola, y sus consecuencias actuales.

—¿Podré entrar a verla?

—Esa es la idea. No te mandé a buscar a la otra punta del mapa para nada.

—Perdón, yo...

—No me hagas caso. —Sonrió mientras lo tomaba del brazo de manera confianzuda—. Solo bromeaba. Vos sonreíles a las enfermeras y van a permitir hasta que te quedas a dormir.

Dejaron a Baker en la salita y partieron hacia la habitación.

Larson se detuvo en seco.

—¿Es esta? —dijo con una cara de tremendo asombro.

—Sí, ¿qué tiene?

Era la habitación 914.

Larson agarró su cadenita y apretó la medalla.

—No, nada. ¿Entras conmigo?

—Por las dudas. No sea cosa que piense que tiene alucinaciones.

La habitación estaba en penumbras. Lola dormía.

Amanda sabía, por el parte médico de la tarde, que habían logrado estabilizar la temperatura en 38°C. Pero seguía muy alta.

Larson se acercó y quedó conmocionado. Verla ahí, tan indefensa... Tenía ganas de abrazarla fuerte y decirle que se irían pronto de allí.

Tomó su mano. Estaba incandescente.

Con la otra mano acarició su cabello, que caía revuelto sobre la almohada.

Parecía la Bella Durmiente. Era hermosa. ¡Y la amaba tanto! Amaba cada centímetro de su cuerpo y de su alma.

Lo que no se imaginaba era que tendría mucho más para amar aún.

Estuvieron así un rato largo.

Ella en su mundo de ensueño y él a su lado, en silencio.

Hasta que Lola abrió los ojos.

Larson pensó que le estallaría el corazón de la emoción.

—Hola, mi amor, *my sweet love*[17], acá estoy.

Lola abrió los ojos aún más, que se iluminaron como el cielo del alba.

—¿Cómo es...?

—Shhhh... ya estoy aquí. Y no voy a dejar que nada ni nadie nos separe nunca más.

—Larson... yo... —Pero estaba muy débil para hablar.

Le apretó la mano y sonrió. Eso le bastó para ser el hombre más feliz del mundo.

Amanda se retiró contenta. Afuera Baker se ofreció a llevarla a su casa.

La mañana siguiente, el médico comprobaba que la fiebre había descendido un grado más. Además, la había encontrado desayunando. Era lo primero que comía desde que había llegado tres días atrás.

¿Era posible? No. Él era médico y todo tenía que tener una justificación científica. Pero los veía a ellos dos, ella sonriendo, y él mirándola con devoción.

Había electricidad en el ambiente. Conexiones invisibles. Podía sentirlo. Después de todo, además de médico era un hombre. Y lo que pasaba en ese cuarto rompía con todas las reglas de la ciencia.

—Ahora que estás mejorando hay unos estudios que me gustaría hacerte —le dijo a Lola, pero los miraba a los dos.

—¿Más estudios? —contestó ella.

Larson se preocupó.

—Te llevaré ahora, serán solo unos minutos.

—¿Me puede acompañar? —dijo Lola, que no quería separarse ni un segundo de Larson.

—No pensaba lo contrario.

Larson mantenía la preocupación pintada en su rostro. ¿Qué quería ese médico? Si Lola estaba mucho mejor, lo había dicho hacía apenas unos minutos.

—¿Podrás ir caminando? Es en este mismo piso. —Quería animarla a levantarse.

A Lola la avergonzaba que Larson la viera con la bata de la clínica.

—¿Podría cambiarme? Tengo un pijama mío y...

—Sí, sí. —Rio el médico—. Las mujeres y su coquetería.

Los hombres esperaron afuera de la habitación mientras ella se vestía.

Como Amanda no sabía dónde guardaba la ropa de dormir en su casa, le había comprado un pijama y se lo había llevado. El *short* era blanco y la remera rosa con ovejitas blancas y negras.

Cuando Larson la vio, se enterneció. Estaba muy delgada, y con ese pijamita parecía una nena.

La tomó de la mano y siguieron al médico.

Lola no podía creer que andaba por los pasillos de la clínica, en pijama, con sus pantuflas de Tweety y de la mano de su amado.

—Lo tuyo son los animalitos —le dijo al oído—. Aún no me olvido de las cebritas.

Tenía ganas de agarrarla ahí mismo y hacerle el amor. Lola despertaba en él instintos prehistóricos. Pero al mismo tiempo sentía la necesidad de protegerla, de cuidarla de todo y de todos. Quería mimarla y agasajarla. Hacerle regalos. La quería por completo para él.

¿De dónde salía ese espíritu posesivo? Nunca había sido de aferrarse, ni a las cosas ni a las personas.

Pero con Lola era distinto. Con Lola todo era diferente.

Ella se sentía entre algodones. Por fin la vida le volvía a sonreír. Parecía que el corazón se le salía del pecho. Aunque estaba agotada de tantos días de fiebre, gozaba al ver que la felicidad había vuelto a golpear a su puerta. No podía pedir nada más.

Lo que no se imaginaba era que aún había más.

Entraron al consultorio.

La hicieron recostar en una camilla.

Larson se quedó a un costado. Nunca le habían impresionado los temas médicos. Todo lo contrario, si no hubiera sido artista, la medicina sería su vocación.

Pero estaba asustado. ¿Qué era lo que querría constatar el médico?

Llegó otro facultativo y se los presentó.

—Él es el especialista, así que los dejo en buenas manos. Yo estaré afuera por si me necesitan.

El nuevo doctor levantó la parte de arriba del pijama de Lola. Colocó un gel pegajoso y encendió un monitor.

¿Acaso tendría algún problema en el estómago?

«Por Dios, ¡que alguien diga algo!», desesperaba Larson.

Puso un escáner en su panza. Una especie de micrófono conectado a través de un cable al monitor, que el médico movía con la mano, muy suave, de un lado al otro.

Todo era silencio y seriedad.

Al cabo de un rato, Larson no aguantó más.

—¿Está todo bien, doctor?

—Eso creo —dijo sonriendo por fin.

El alma le había vuelto al cuerpo.

En ese instante, el médico movió el monitor hacia ellos. Una especie de puntito se encendía y se apagaba con rapidez.

Luego corrió la bolita del escáner hacia un costado y, de nuevo, un puntito se encendía y se apagaba de la misma forma.

Los miró a ambos con expresión triunfal.

Fue como si un tsunami los hubiera alcanzado a los dos por igual. Estaban comprendiendo lo que ocurría. Larson tomó la mano de Lola, mientras miraban estupefactos la pantalla.

—¡Los dejé sin habla! ¡Felicidades! —dijo el radiólogo.

A Larson se le llenaron los ojos de lágrimas.

¿Era posible? ¿Era cierto? Miró a Lola. Las lágrimas de ella ya corrían por sus mejillas.

La besó con ternura en los labios. Ese acercamiento lo conmocionó aún más. Era la primera vez que besaba a Lola desde que se habían separado en Texas.

—Y hay más —sentenció el médico—. Creo que no se dieron cuenta de algo.

Ellos se miraron.

—Vean. —Y moviendo la pelotita del escáner hacia un lado y hacia el otro, les mostraba dos formitas diferentes—. Son dos, y por ahora marcha todo bien.

Larson se pasó del otro lado de la camilla y abrazó al doctor. Luego fue hacia Lola y la llenó de besos pegajosos, entremezclados con las lágrimas.

Lola reía y lloraba, todo junto.

—¡Debo llamar a mi padre! —dijo de pronto.

A Lola le gustó que en ese momento se acordara de Liam. Que quisiera compartir su desbordante felicidad la enterneció. Y se alegró por ellos, por esa hermosa relación que compartían como padre e hijo. Relación que sería la base para forjar la de Larson con sus propios hijos.

Entonces Lola recordó la conversación que habían mantenido en el tanque de agua aquella tarde en Kingsville, cuando Liam mencionó a sus futuros nietos. Se había vuelto una realidad tangible.

¿Cuándo se habría embarazado? Creía haber olvidado tomar las píldoras una o dos veces, pero no lo recordaba con claridad. Agradecía que a su regreso, debido a todo lo ocurrido, dejó de tomarlas.

Y entendió sus permanentes náuseas, que ella atribuía a los nervios.

Al rato Larson volvió con novedades. La felicidad pintaba su rostro.

—Quiere vernos. Le conté de tu estado, de todo lo que había ocurrido. Me pidió que le prometiéramos que en cuanto estuvieras recuperada iríamos a casa. Pero no te preocupes, nos tomaremos todo el tiempo que sea necesario.

—Hubiera querido esperar a que estuviera del todo bien para contarle. Todavía estoy en un período delicado, y mi estado de salud no es el mejor. ¿Y si algo falla? Liam se pondría muy

triste.

Larson la besó en la frente. Sentía un profundo amor por esa chica. En su estado, se preocupaba por su padre en vez de pensar en ella. Pero todo saldría bien. Lo sabía. De pronto sentía una seguridad que nunca antes había experimentado.

Pensaba en eso mientras miraba embelesado los dos porotitos en la imagen de la ecografía.

Lola había arreglado todo.

Haría trabajo de consultoría, por lo que no era necesario que asistiera a la oficina. El sueldo acordado bajaba considerablemente, pero ¿qué más daba? En este momento era irrelevante. Eso sí, le serviría para mantener los gastos de su departamento, que permanecería cerrado un largo tiempo.

Se llevaría a Pipo. Esperaba que pudiera adaptarse a su nuevo hogar en Kingsville.

Estaba muy emocionada. Había empacado solo la ropa que le entraría cuando la panza creciera. Esperaba no engordar mucho. Todo lo demás quedaría allí.

A las seis en punto sonó el timbre. Era Amanda.

—¡Amiga! —dijo, y la estrechó entre sus brazos—. No sabés lo feliz que estoy.

La sonrisa de Lola iba de oreja a oreja.

—¿Hablaste con tu sobrina?

—Sí, claro que hablé. No podía dilatarlo más.

—¿Y qué dijo?

—Lo tomó con naturalidad. Jamás lo hubiera imaginado. Se puso algo nerviosa cuando lo vio, pero ya en la cena le hablaba como si lo conociera de toda la vida.

—Los chicos son así...

—Larson le dijo que de regalo de cumpleaños la invitaremos allá, y que la llevará a los estudios de Los Ángeles.

—¿Y tu hermano la va a dejar viajar?

—Cumple quince, y es mi ahijada. Claro que la va a dejar.

—¿Y vos cómo estás?

—Me siento rara... dejar todo... así —Y miró a su alrededor.

—No podía ser de otra manera, con el trabajo de Larson, no es lo mismo volar de California a Texas, que a Buenos Aires. No hay ni que pensarlo.

—Ya lo sé, es que... yo quisiera que nazcan acá. —Y mientras lo decía se tocaba su vientre chato.

Amanda lo notó y antes de decirle lo que pensaba, interpuso un comentario en la conversación.

—Desgraciada, mirá tu panza plana como un papel. Tenés dos bebés ahí.

—Que apenas llevan tres meses.

—Yo con Joaco estaba de un mes y me había hinchado como un globo. Por eso me di cuenta de que estaba embarazada.

—Yo no entiendo cómo no me di cuenta de mi embarazo.

—¡Y qué querés! Con los nervios que pasaste... Estabas en otra. Pero volviendo a lo que hablábamos antes... ¿No le dijiste nada de eso? ¿De que querías que nazcan acá?

—Ya voy a tener tiempo. Tenés que verlo... Está embobado. A pesar de que habíamos quedado en que lo mantendríamos en secreto, ayer hizo conferencia con los chicos a través de la compu. Nos ayudó J. P. porque somos dos inútiles de la tecnología. ¿Podés creer que les mostró la ecografía?

—Con *los chicos* te referís al resto de la banda...

—Claro, ellos. Tenías que verlos, todos gritando. En verdad son unos niños grandes.

—Y vos te llevaste al niño más lindo.

—¡Sí! ¡Y al más bueno! ¡Cómo lo quiero! —Suspiró.

Amanda sonrió satisfecha. Su amiga por fin era feliz.

* * *

El sol brillaba y se atrevía a entibiar aquel primero de marzo. Parecía que la primavera quería llegar antes a Kingsville.

A lo lejos, una enorme construcción blanca dejaba entrever que se estaban haciendo los últimos retoques. La casona se había construido en tiempo récord, pronto podrían mudarse y dejar la cabaña.

Lola, con un vestido de florcitas y un chal tejido por Ramona en la espalda, colocaba los platos en la mesa que habían armado afuera para festejar en familia su cumpleaños. Cada tanto chocaba su panza contra el mantel de cuadros rojos y blancos.

Larson y Liam la observaban desde la ventana de la casa. Pipo hacía lo mismo desde el *bow windows* del *living*.

—Se ve hermosa con esa enorme panza. Ella dice que está gorda y fea, pero yo la encuentro irresistible.

El padre de Larson rio.

—Estás bien prendado de Lola, ¿eh, hijo?

—No sabes lo feliz que soy, papá... A veces tengo ganas de estar con ella, pero me acerco y me dice que está muy cansada o que le duele algo... ¿Y sabes qué? ¡No me importa! Me acurruco a su lado y disfruto solo de abrazarla... Es extraño que no me moleste su indiferencia.

—No es indiferencia, es una situación especial para una mujer, y está muy bien que respetes su estado. Recuerda que cuando nazcan los niños, se pondrá peor.

Larson lo miró con cara de resignación.

—Lo sé, lo sé. Seré un pobre padre abandonado por su mujer... ¡pero dichoso! —Rio alegremente.

—El amor es el sentimiento más maravilloso del mundo. Soy muy feliz de que puedas experimentarlo.

Liam tomó del hombro a su hijo y siguieron contemplando a aquella hermosa mujer que pronto haría padre a uno, y abuelo al otro.

Epílogo

— ¡Ay, Mandi! Gracias por ocuparte de todo. El departamento está impecable.

—Amiga, no tenés que agradecer nada. Cuando me avisaste que vendrías a tenerlos a Buenos Aires ¡me emocioné tanto!

—Después de todo, acá Larson va a estar más tranquilo. Nadie sabe que vinimos. Estamos de incógnito —dijo risueña.

—Se instalarán por al menos dos meses...

—Yo creo que sí, tal vez más. La cesárea está programada para dentro de cuatro semanas. Y a los bebés no podré trasladarlos hasta que cumplan un mes. En cuanto el médico lo autorice, nos volvemos al rancho, donde ya tendremos casa nueva. Allá estará Ramona para ayudarnos. Y es probable que contratemos a alguien más. Mientras tanto, mi mamá se va a quedar acá en casa para todo lo que necesitemos.

—Y sí que lo van a necesitar. Ahora... ¡Cuánto viaje! ¿Cómo hacen?

—Por suerte J. P. se está portando de diez. ¡Usamos su avión privado como si fuera un taxi!

—Sí que lo adora a Larson.

—Es el hijo que nunca tuvo. Y con esto de los mellizos anda desorbitado. Ya tenemos regalos hasta que cumplan cinco años.

—Mientras que Liam no se ponga celoso...

—¡Para nada! Dice que gracias a Baker estamos juntos, así que le debe toda la felicidad de su hijo.

—Tu amiga también hizo mucho para que estén juntos...

—Obvio, la felicidad mía te la debo a vos. Así que ambos comparten los créditos. —Y la besó ruidosamente en el cachete.

—¿Y cómo llevás el tema de la prensa? Hasta acá llegó a publicarse una foto tuya y de Larson abrazados, y ahí ya se hablaba de la panza.

—Esa foto nos las sacó un cazarrecompensas. No lo pudimos evitar. Después de eso, Larson decidió dar una conferencia de prensa para que nos dejaran tranquilos. Ahí contó lo nuestro, y que iba a ser padre. ¡Estaba tan contento que disfrutó ver la cara de los periodistas cuando les dio la noticia! Es así, me tengo que acostumbrar a quién es él.

—¡Ay, nena! ¡Pero si son la pareja perfecta! Si consintieran que les sacaran fotos dejarían por

el piso a Brad Pitt y Angelina Jolie. Y cuando nazcan los melli, con lo bellos que van a ser... ¡los destronarían definitivamente!

Lola rio a carcajadas con la ocurrencia de su amiga.

* * *

Primero de junio.

Liam y Larson aparecieron en la habitación de la clínica.

Amanda se impresionó. Liam era tal cual lo había descrito Lola: la versión rubia de Larson. O más bien al revés, porque Larson era el calco de su padre, en su versión morocha.

Y los bebés también habían salido en dos versiones.

Liam cargaba en brazos a Leroy, moreno y bonito como su padre. Y Larson se embobaba con su rubia y peladita Leslie.

Habían encontrado dos hermosos nombres que comenzaran con L. No podían romper con lo que consideraban era el legado de las iniciales iguales. Además, tenían que quedar bien con el apellido Mackenzie.

—¿Dónde está la mamá más hermosa del mundo? —dejó a la bebé en los brazos de Amanda y se sentó a hacerle mimos a Lola.

—Esperando al papá que se va a pavonear con las enfermeras y me deja abandonada —dijo ella haciendo pucheritos.

—No te pongas celosa. Fuimos a presumir de mis maravillosos hijos. Y... no te enojés, nos hemos sacado un par de fotos. Me lo pidió J. P. —se defendió.

Lola negó con la cabeza en señal de desaprobación.

—Lo sé. Pero solo fueron dos o tres. Los mellizos ni se dieron cuenta ¡te lo juro! No puedo ser padre de estas preciosuras y no mandarles fotos a los chicos y a J. P.

—Está bien. Te perdono. Pero solo si me hacés masajitos.

—¡Ven aquí, mimosa! Creo que mi mujer no me dejará abandonado después de todo.

—Chicos, ¡estamos en la clínica! Esperen a volver a su casa —intervino Liam.

Y todos rieron.

El amor de Lola y Larson era así, espontáneo. Como el arcoíris después de la tormenta.

FIN

Nota de la autora

Gracias...

A mi esposo Sergio por alentarme y confiar siempre en mis posibilidades como escritora.

A mis hijos Ludmila y Lisandro por la paciencia cuando me asaltaban los arrebatos de inspiración y no paraba de escribir.

A mis amigas Cecilia y Mariana por ser mis primeras lectoras y críticas.

A Lisbeth por compartir nuestras inquietudes de escritoras novatas.

A todos, les dejo un pensamiento que refleja un poco lo que sentí al escribir este libro...

El espejo no miente; ahí uno va viendo las nuevas arrugas, las bolsas de los ojos... Y sin embargo, a veces, a pesar de los años que se tengan, el espíritu de un cuento o de un poema puede seguir siendo joven. Un poema que tiene alegría, que tiene una cosa vital, lo rejuvenece a uno. Lo mismo sucede muchas veces al escribir una historia de amor, aunque sea inventada: uno vuelve a sentir otra vez una cantidad de sentimientos que creía olvidados.

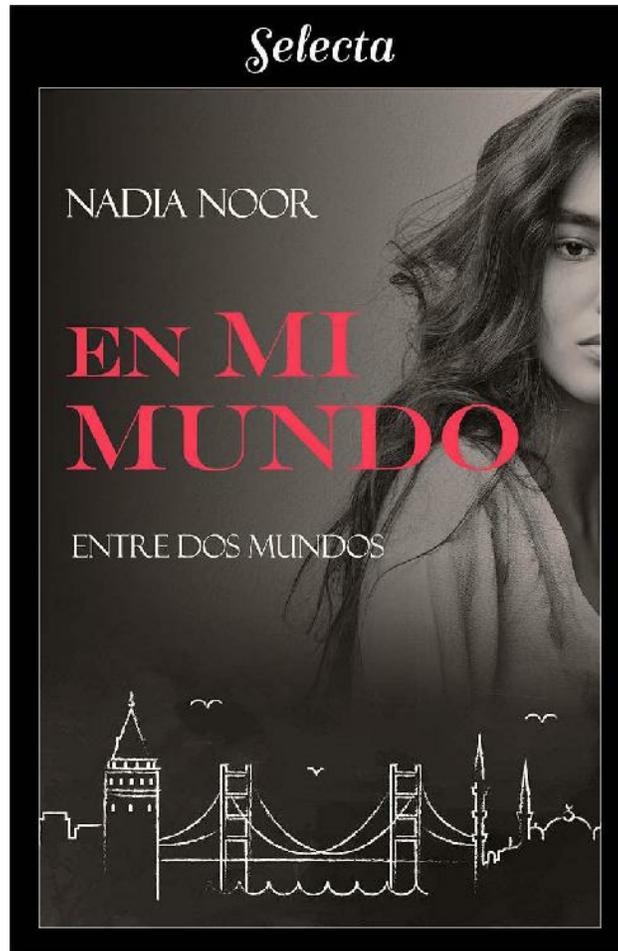
Mario Benedetti

Si te ha gustado
Como el arcoiris después de la tormenta

te recomendamos comenzar a leer

En mi mundo

de *Nadia Noor*



Prólogo

Umay apretaba con fuerza el muñeco de porcelana en sus brazos mirando asustada a su alrededor. Sabía que, de un momento a otro, invadirían su espacio y se lo quitarían. Y no pensaba permitirlo. El sonido estridente de una sirena irrumpió en sus oídos, por lo que, cautelosa, se acercó a la ventana y, oculta bajo la cortina plisada de brocado, echó un vistazo. Observó una ambulancia detenerse delante de la casa y un par de profesionales bajar de forma apresurada del vehículo.

—Planean separarnos —se dirigió al muñeco con voz temblorosa. Se sintió desconcertada ante la serenidad de su bebé, que no compartía sus inquietudes y se limitaba a mirarla sin pestañear. Lo zarandeó por los hombros, lo que provocó que sus ojos de cristal, azules y nítidos, se agitaran—. No tengas miedo, yo te protegeré.

Dicho esto, se introdujo en el interior del armario y se escondió bajo las telas de sus vestidos acogiéndolo en sus brazos al muñeco. Respiraba con dificultad y los demonios, que se explayaban a gusto dentro de su cabeza, le provocaban pavor. Escuchó con el corazón desbocado cómo unos pasos se acercaban al lugar donde se hallaba escondida.

Cuando la puerta del armario se abrió, el halo de luz que penetró en el interior la cegó. Sintió que la estaban atacando, por lo que, dejando al bebé de lado, alargó los brazos y arañó la cara del hombre que quería importunarla.

—Umay, tranquila —le pidió Emir, su exmarido, mientras le aprisionaba las manos entre las suyas tratando de calmarla—. No te haré ningún daño.

Ella siguió defendiéndose empujando y oponiendo resistencia, negándose a abandonar su escondrijo, pero, ante la fuerza de Emir, sucumbió y se dejó arrastrar fuera del armario. El bebé colgaba de cualquier manera de su mano y eso hizo que se preocupara por su bienestar. Dejó de luchar y se sentó en el borde de la cama junto a él aparentando una serenidad que en realidad no sentía. En cuanto tuvo las manos liberadas volvió a poner al muñeco derecho en sus brazos y le rozó la cara en una sentida caricia.

—Umay, escúchame con atención —exigió Emir en cuanto su semblante se relajó. Dejó de contemplar al bebé y centró la atención en su exmarido, que parecía realmente angustiado—. Estás muy enferma, necesitas cuidados médicos. Hemos llamado a la ambulancia, es necesario ingresarte.

El cuerpo de la joven se crispó y su mirada almendrada se endureció ante la perspectiva de separarse de su adorado «hijo». De pronto, la cabeza de Emir se convirtió en una visión horrorosa, una aparición terrorífica capaz de infringirle el mal. Se levantó asustada y, dando pequeños pasos hacia atrás, le dijo con voz entrecortada por el miedo:

—No te acerques a mí. No me hagas daño.

—Umay, no te haré ningún daño, te lo prometo —le aseguró acortando la distancia entre ambos. Su voz calmada la hizo regresar a la realidad y verlo como lo que era, un hombre que se inquietaba por ella—. Te pido que colabores, no quiero que te marches de aquí en contra de tu

voluntad y atada. Haz un esfuerzo, acepta que necesitas ayuda.

—No necesito nada —replicó enfadada dirigiéndole una mirada acusatoria—. Yo solo quiero cuidar de mi bebé, déjame en paz.

—Hace una hora has intentado tirar a la pequeña Elia por el acantilado y has golpeado a Eva con una piedra en la cabeza. ¿Lo recuerdas?

Flashes fugaces de un carrito de bebé que daba vueltas por una pared abrupta y rocosa llegaron a su retina y los gritos de Eva explotaron con fuerza en su cabeza como una montaña de cristales al romperse. Dejó caer el muñeco al suelo y se tapó los oídos para no escuchar más aquellos desgarradores lamentos. De algún modo recordaba haber sido ella el monstruo que había provocado esa desgracia, aunque no era capaz de localizar las razones que la habían empujado a cometer tal atrocidad. Elia era una princesa encantadora de cinco meses a la que ella adoraba. Y Eva, la actual mujer de Emir, era la única amiga que jamás había tenido. Quizás fuese verdad que necesitaba cuidados médicos...

—Lo... lo recuerdo —susurró avergonzada—. Lo siento mucho, no sé qué me pasó. ¿Elia está bien?

—Por suerte, todo ha quedado en un susto. No estamos enfadados contigo, aunque es necesario que te cures. Llamaré al médico, te pondrá un tranquilizante que calmará tus nervios. Después te llevaré a la clínica. ¿Te parece bien?

Asintió sintiéndose como un ratón arrinconado. No era la primera vez que la ingresaban y sabía el infierno que le esperaba, sola y abandonada a su suerte, sin más compañía que la de las enfermeras que la cuidaban. Experimentó el deseo de oponerse, gritar y montar una escena, pero el gran daño que había estado a punto de cometer la contuvo. No era la primera vez que sufría una crisis nerviosa, aunque nunca antes había atentado contra la vida de nadie y, menos, la de una bebé.

—De acuerdo —asintió con voz apagada. Se puso de cuclillas y recogió el muñeco, admirándolo con adoración—. Pero tengo una condición. Que él se venga conmigo.

Emir siguió la trayectoria de su mirada y, comprendiendo que se refería al juguete, asintió de buena gana.

—Claro, me parece bien.

Una vez establecidos los términos del acuerdo, salió de la habitación y regresó acompañado por una enfermera menuda, ataviada con un uniforme almidonado, blanco impoluto. Algo en el cerebro de Umay se torció y visionó a la pacífica sanitaria como un monstruo aterrador que deseaba hacerle daño. La jeringuilla que sostenía en la mano fue el detonante de una de las crisis nerviosas más fuertes que jamás había padecido.

El forcejeo, la alteración y el pinchazo en el brazo la dejaron exhausta y perdió el conocimiento. Lo recobró horas más tarde, cuando tomó conciencia de que se encontraba tumbada en una cama con las manos y las piernas atadas con unas toscas correas de cuero, que le apretaban la piel hundiéndose en su carne.

Capítulo 1

La lluvia golpeaba con furia la hoja de cristal y una sucesión de truenos rompía de forma ruidosa el silencio de la mañana. Umay pegó su cuerpo al marco de la ventana, contemplando ausente las formas sinuosas que las gotas de agua dejaban sobre la superficie lisa del vidrio. Distraída, comenzó a canturrear una canción infantil, recordando con añoranza a su madre. De pronto, una voz estridente se coló en su cerebro y le robó la serenidad recién alcanzada:

—Mujer sin coco, deja de lloriquear esta estúpida cantinela delante de los niños; de lo contrario, los convertirás en unos seres débiles. Cuántas veces he de advertirte que los hombres de verdad y las muchachas obedientes se forman a base de golpes y reglas y no con palabras dulces y caricias.

Una sonora bofetada dio aquella discusión por terminada y el ruido de la mejilla golpeada de su madre, que penetró en la cabeza de Umay, la obligó a alejarse asustada de la ventana. En aquel mismo instante un rayo luminoso alumbró su cuarto oscuro y la joven deseó que la brillante luz que fragmentaba los cielos llegase hasta ella para absorberla y trasportarla a un lugar remoto donde los dolorosos recuerdos de su infancia no pudiesen alcanzarla.

Llevaba años huyendo de las tormentosas evocaciones de su niñez, del trato agresivo que les daba su padre, el gran Hasan Cozcolu, a ella, a su madre y a sus hermanos, que vivían atemorizados, con la cabeza agachada, la boca cerrada y los sentimientos comprimidos.

El eco de voces irascibles y llantos desgarradores resonó en sus oídos, por lo que Umay se los tapó con las palmas de sus manos en un intento de alejar de ella las fantasmas del pasado para, al final, sentarse en el borde de la cama, poseída de unos fuertes temblores. Al intuir que se encontraba a punto de sufrir una crisis nerviosa, pulsó el botón que la comunicaba con la enfermera de guardia. Llevaba ingresada en la clínica psiquiátrica, en su opinión, una eternidad, aunque nadie le precisaba con exactitud cuánto. Se hallaba en un lugar donde el ritmo de la vida lo marcaban los amaneceres y las puestas del sol. No tenía reloj ni disponía de teléfono. Sola y apartada del mundo, vivía confinada dentro de las cuatro paredes que formaban su austero habitáculo. Desconocía la estación del tiempo que atravesaban; si bien distinguía, por el aspecto desnudo de los árboles que formaban un pequeño bosque en los alrededores del centro, que debía de ser otoño. Además, los campos áridos desprovistos de vegetación, el cielo ceniciento cargado de nubes bajas y la persistente lluvia eran indicios más que claros del periodo otoñal. A Umay le gustaba el otoño porque era muy parecido a ella: grisáceo, sin luz, bello pero sin destacar, triste y melancólico. Rehuido por la gente.

Los temblores aumentaron y su cuerpo comenzó a convulsionarse, lo que provocó que su mente se perdiese en una negrura espesa que se fue apoderando de sus ojos. De forma paulatina perdió el contacto con la realidad y se dejó envolver por los letárgicos abrazos de la oscuridad.

Tiempo después, al despertar, se encontraba tumbada en la cama, con las manos y los pies inmovilizados por unas anchas correas de sujeción. Trató de moverse, pero el tensor del cuero la retenía en una posición rígida e incómoda.

«No es la primera vez que te atan y, con seguridad, no será la última», reflexionó con tristeza al tomar conciencia de su situación, aunque el pánico que experimentaba al no poder controlar su cuerpo era igual de aterrador que al principio. Intentó gritar, pero su voz se hallaba perdida en algún lugar lejano y fue superior a sus fuerzas encontrarla. Giró la cabeza y observó un jarrón de agua colocado sobre la mesita de noche. Quería beber, aunque solo fuera un poco, pero sus manos atadas y su garganta agarrotada se lo impedían. Desesperada, trató de soltarse las correas, gritando. Finalmente, exhausta y harta de sentir un dolor lacerante en las muñecas y los tobillos, comprendió que sus tentativas de liberarse no darían resultado. Dejó de resistirse y consoló su impotencia llorando. Era lo único que nunca nadie le había podido arrebatarse. Ni cuando era una niña inocente, ni años después, al haberse convertido en la esposa de un poderoso *agá*. Llorar la hacía libre. Ella y el otoño podían llorar todo lo que quisieran porque a nadie le importaba.

Más calmada, forcejeó paciente con las correas sacando de su interior toda la rabia acumulada. No estaba enfadada con nadie en concreto, aunque sí dolida con el mundo entero. Un mundo infinito, en donde cabían millones de personas de todos los colores, razas, religiones, pensamientos y condiciones; un mundo que, sin embargo, le enseñaba su cara más hostil negándole un pequeño rincón. Un mundo que no la quería.

Pronto anocheció y, de puro agotamiento, se quedó dormida. Perdió la noción del tiempo quedando suspendida en un limbo incomprendido entre los sueños y la realidad. Sabía que en algún momento aquel suplicio acabaría. Abrió los ojos al notar un pinchazo en el brazo.

—Señora Umay, observo que se ha tranquilizado y tiene mejor cara. Le he quitado las correas e inyectado una medicina para que pase una buena noche.

—Hola —saludó en voz apenas audible, reconociendo a la señora Kole, una enfermera mayor, de pelo canoso y comprensivos ojos castaños, que la cuidaba algunas veces—. Agua, por favor.

Se incorporó con dificultad y analizó sus muñecas enrojecidas y los aparatosos moratones que se habían formado en su piel. La enfermera siguió su mirada con gesto impasible y, sacudiendo los hombros en señal de indiferencia, se justificó:

—Se siente dolida y es comprensible, pero no me quedó más remedio que atarla de nuevo, señora. Lamento tener que hacerlo, pero algunas de sus crisis son tan fuertes que debo hacerlo por su seguridad. Esta mañana la dejé tan tranquila en su cuarto admirando la lluvia y, media hora más tarde, al atender su llamada, la encontré en medio de mil demonios. No comprendo por qué se altera con tanta facilidad. Debe de ser consciente de que, si usted no se ayuda a sí misma, nadie podrá ayudarla.

Umay asintió, en parte por no acordarse y, en parte, por sentirse impotente. ¿Y qué si se negaba a que la atasen? ¿Quién la escucharía? ¿Alguna vez, en su miserable vida, la gente se había molestado a tomarla en cuenta? Si muriese al día siguiente, ¿llorarían por ella? ¿Abrigarían pena,

remordimientos? No, suspirarían aliviados porque una Umay muerta dejaría de estorbar. El mundo entero haría su habitual vuelta de veinticuatro horas, feliz de haberse librado de ella.

Desde su ingreso en la clínica psiquiátrica, se había visto sometida a un verdadero calvario, aunque no podía quejarse porque nunca nadie la visitaba. Su suerte no concernía a sus seres queridos, se encontraba prisionera, a merced de los trabajadores de ese centro psiquiátrico. La impotencia era tanta que lo único que deseaba era dejar de existir. Convertirse en una planta simple de fuertes raíces y bonito follaje verde, para ser acariciada todas las mañanas por los acogedores rayos del sol, o en un riachuelo tranquilo, que seguiría su curso sin que nadie le indicase qué dirección debía de tomar.

Las lágrimas de desánimo y rabia que comenzaron a humedecer sus mejillas provocaron que la enfermera se apiadase de su sufrimiento. Se acercó a la mesita de noche y, tras llenar un vaso de agua, se lo entregó. Umay lo cogió con dedos temblorosos, vertiendo parte del líquido transparente sobre su camisa holgada. Mojó los labios para calmar la sequedad de su boca bajo la atenta mirada cargada de lástima de la otra mujer.

—Gracias —musitó al devolverle el vaso vacío—. Ahora me echaré un rato. Las medicinas me han provocado somnolencia. Siento como si un tren de mil toneladas me hubiese pasado por encima.

—Tiene que cenar primero, señora —la intentó disuadir la enfermera, tras comprobar que faltaba menos de un cuarto de hora para que le llevarsen la sopa—. No es bueno acostarse con el estómago vacío. Si desea sanar su mente, necesita un organismo saludable.

Umay no respondió, limitándose a apoyar la cabeza en la superficie dura de la almohada, que olía a un intenso desinfectante hospitalario. La señora Kole la contempló un tiempo en silencio, un tanto entristecida por la suerte de esa mujer tan joven y bonita. Llevaba ingresada dos largos meses en la clínica y su salud tenía unos altibajos bastante irregulares. Los profesionales del centro le tenían lástima, aunque debían mantenerla encerrada en su habitación porque las violentas crisis que sufría podrían poner en peligro a los otros enfermos del centro. La enfermera suspiró resignada y, apagando la luz, dejó a la paciente descansar. Deseó de todo corazón que fuera la última vez que tuviera que atarla y dejarla sin cenar.

Amor, desengaño, pasión e infortunio se conjugan para hacer de esta novela una intrigante, conmovedora, y por sobre todo, apasionada historia de amor.



Lola, una joven y exitosa abogada que trabaja para una importante firma en Buenos Aires, se siente desdichada y abatida. Lorenzo, su esposo y gran amor, la ha engañado y no puede perdonarlo. Pero a pesar de haberlo alejado de su vida, siente que aún lo ama.

Su mejor amiga Amanda, en un intento por sacarla de la depresión, la invita a unas vacaciones en el Caribe. Allí, sorprendentemente, encuentra a Martín, aquel novio de la adolescencia de quien se separó al comenzar la universidad. Él se da

cuenta de que aún le suceden cosas con ella y tratará de reconquistarla.

Cuando Lola acompaña a su sobrina al concierto de su banda favorita, algo inesperado ocurre: conoce a Larson, uno de los integrantes del grupo, con quien tiene un casual y apasionado encuentro. Ambos se sienten profundamente atraídos, pero existe un obstáculo insalvable para ella: la edad. Es diez años mayor que el joven y apuesto cantante.

Al mismo tiempo, Lorenzo regresa de Montevideo para intentar que lo perdone. Está dispuesto a recuperar la relación cueste lo que cueste.

Lola debe afrontar un dilema entre tres hombres: su amor juvenil, un amor imposible y el gran amor para toda la vida que creía perdido. Su futuro dependerá del camino que tome su corazón. ¿Optará por la nostalgia de la juventud, la locura de la pasión o la seguridad que siempre anheló? La búsqueda de la felicidad la llevará por caminos insospechados y cuando por fin crea haber encontrado lo que anhelaba, el destino le juega una mala pasada y Lola podrá perderlo todo, para siempre.

Sabrina Mercado nació el 17 de septiembre de 1973 en Buenos Aires, Argentina. Reside junto a su familia en el barrio porteño de Villa Devoto, su lugar en el mundo. Es Ingeniera en Sistemas de Información, pero luego de trabajar en el campo de la informática por más de veinte años, dejó de lado su profesión para dedicarse a su verdadera pasión, escribir.

El interés por la escritura lo desarrolló desde pequeña, ganando a los doce años de edad su primer concurso literario con el cuento *Historia de una indiecita*. De adolescente su hobby era escribir cuentos y narraciones que en ocasiones daba a conocer a sus amistades, llegando a incursionar en la novela corta. Posteriormente se inclinó por las historias de viajes y algunas de ellas se han publicado de manera aficionada en las secciones de turismo de diarios y revistas.

Desde 2015 se presenta en la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires y ha participado en importantes ferias del libro nacionales y provinciales de Argentina, así como también en eventos literarios de todo el país.

Edición en formato digital: marzo de 2020

© 2020, Sabrina Mercado

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17931-26-1

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Capítulo 8

- [1] Hola.
- [2] Perdón... Hola, mi nombre... mi nombre es Lola.
- [3] Gusto en conocerte, Lola.
- [4] Adiós.
- [5] Bésame.
- [6] ¡Dos minutos!
- [7] ¿Quién eres? ¿Qué estás haciendo aquí?

Capítulo 9

- [8] Nos vemos allí dos horas antes del concierto. L.

Capítulo 12

- [9] Te amo.

Capítulo 13

- [10] Esperamos que pueda viajar. Estaremos esperándola en el aeropuerto. Su estadía, comida y otros menesteres ya están cubiertos. Solo tiene que decidir venir. Atentamente, J. P. Baker, Gerente General de Invisible Music.

Capítulo 14

- [11] El tiempo está loco.
- [12] Nos llevará unos cuarenta minutos llegar al hotel.

[13] ¡Bienvenida! La esperamos mañana a las 12.30 horas en el décimo piso del Hotel Park Hyatt, de Melbourne. Tenga en cuenta que es una sorpresa para Larson.

[14] Feliz cumpleaños.

Capítulo 16

[15] Estoy en una camioneta negra enfrente del hotel. No puedo ir porque veo gente «sospechosa» en el *lobby*. Tal vez son *paparazzi*. ¡Por favor, perdóname! ¿Puedes bajar todo el equipaje... sola? Mi asistente se encargará del *check out* más tarde. Te quiero. L.

[16] Perdón.

Capítulo 33

[17] Mi dulce amor.

Índice

Como el arcoiris después de la tormenta

Nota editorial

Prólogo

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

SEGUNDA PARTE

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

TERCERA PARTE

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

CUARTA PARTE

Capítulo 33

Capítulo 34

Epílogo

Nota de la autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Sabrina Mercado

Créditos

Notas